hbl, stx
F 1234.B668
Militarisom mejicano;
3 9153 00536692 9
Wilbur Cross Library
University of Connecticut
F
1234
B668

EL MILITARISMO MEJICANO

8-D

OBRAS DEL AUTOR

CUENTOS VALENCIANOS.
LA CONDENADA (cuentos).
EN EL PAÍS DEL ARTE (viajes).
ARROZ Y TARTANA (novela).
FLOR DE MAYO (novela).
LA BARRACA (novela).
SÓNNICA LA CORTESANA (novela).
ENTRE NARANJOS (novela).
CAÑAS Y BARRO (novela).
LA CATEDRAL (novela).
EL INTRUSO (novela).
LA BODEGA (novela).
LA HORDA (novela).
LA MAJA DESNUDA (novela).
ORIENTE (viajes).
SANGRE Y ARENA (novela).
LOS MUERTOS MANDAN (novela).
LUNA BENAMOR (novelas).
LOS ARGONAUTAS (novela).
LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS (novela).
MARE NOSTRUM (novela).
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER (novela).

NOVELAS EN PREPARACIÓN

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE.
LA CIUDAD DE TODO EL MUNDO.
EL PARAÍSO DE LAS MUJERES.
CAMALEÓN CITY.
LA DIOSA DE LAS DOS CARAS.
LOS PRIMEROS HOMBRES BLANCOS.
LA VOLUNTAD DE VIVIR.
Á LOS PIES DE VENUS.
LA CASA DE TODOS.
LA COLINA ROJA.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

EL MILITARISMO MEJICANO

ESTUDIOS PUBLICADOS EN LOS PRINCIPALES DIARIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

4.000

PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, 33.—VALENCIA

F
1234
B66

Es propiedad.—Reservados todos los derechos de reproducción, traducción y adaptación.

Copyright 1920, by V. Blasco Ibáñez.

OBRAS TRADUCIDAS DEL AUTOR

TERRES MAUDITES.—Traducción de G. Hérelle. París.

FLEUR DE MAI.—Traducción de G. Hérelle. París.

BOUE ET ROSEAUX.—Traducción de Maurice Bixio. París.

CONTES ESPAGNOLS.—Traducción de G. Menetrier. París.

DANS L'OMBRE DE LA CATHÉDRALE.—Traducción de G. Hérelle. París.

TERRAS MALDITAS.—Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.

A CATHEDRAL.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

DIE KATHEDRALE.—Traducción de Josy Priems. Zurich.

FLOR DE MAYO.—Traducción de Josy Priems. Zurich.

ERDFLUCH.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

SCHILFUND SCHLAMM.—Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.

DER EINDRINGLING.—Traducción de J. Broutá. Berlín.

DE VLOEK.—Traducción del Dr. A. A. Fokker. Haarlem.

WAAR ORANJEBOOMEN BLOEIEN.—Traducción del doctor A. A. Fokker. Amsterdam.

CHALUPA.—Traducción de A. Pikhart. Praga.

MARNÁ CHLOUBA.—Traducción de A. Pikhart. Praga.

AH, IL PANE!...—Traducción de F. Gelormini. Palermo.

HVAD EN MAND HAR AT GOVE.—Traducción de Johanne Allen. Copenhague.

VINNYI SKLAD.—Traducción de M. Watson. Petersburgo

BODEGA.—Traducción de K. G. Petersburgo.

PROKLIATAC POLE.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

SOBOR.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

GELEZNODOROGNOY ZAIAZ.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

DUOYÑOY VISTREL.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

NALOGUIZA OBNAGNENAIA.—Traducción de M. Watson. Petersburgo.

ARÈNES SANGLANTES.—Traducción de G. Hérelle. París.

LA HORDE.—Traducción de G. Hérelle. París.

A CORTEZAN DE SAGUNTO.—Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.

O INTRUSO.—Traducción de Carvalho. Lisboa.

MISERAVEIS.—Traducción de Vasco Valdéz. Lisboa.

L'INTRUS.—Traducción de Renée Lafont. París.

A ADEGA.—Traducción de E. Sousa Costa. Lisboa-Río Janeiro.

SUR LES ORANGERS.—Traducción de G. Menetrier. París.

LES MORTS COMMANDENT.—Traducción de Berta Delaunay. París.

SONNICA.—Traducción de Frances Douglas. Nueva York.

THE BLOOD OF THE ARENA.—Traducción de Frances Douglas. Chicago.

THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Traducción de Mrs. W. A. Gillespie. Londres.

BLOOD AND SAND.—Traducción de Mrs. W. A. Gillespie. Londres.

OBRAS COMPLETAS DE BLASCO IBÁÑEZ (en ruso). Edición en 16 volúmenes, con un retrato del autor.—Traducción de Taitiana Herzenstein y otros. Moscou.

SANGUE E ARENA.—Traducción de Ida Mango. Nápoles

ORIENTE.—Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.

DIE HETARE VON SAGUNT.—Traducción de W. Leydhecker. Berlín.

BLOED EN ZAND.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam.

LES QUATRE CAVALIERS DE L'APOCALYPSE.—Traducción de G. Hérelle. París.

THE MATADOR.—Edición inglesa Nelson. Londres.

DE VERSCHIJNIG DER VIER RUITERS.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam

WIJN EN LIEFDE.—Traducción de M. Van Raalte. Amsterdam.

I QUATTRO CAVALIERI DELL' APOCALISSE.—Traducción de Ida Mango. Milán.

THE FOUR HORSEMEN OF THE APOCALYPSE.—Traducción de Charlotte Brewster Jordan (200 ediciones). Nueva York.

THE CABIN.—Traducción del Dr. Francis Haffkine-Snow. Nueva York.

LUNA BENAMOR.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Boston.

THE DEAD COMMAND.—Traducción de Frances Douglas. Nueva York.

BLOOD AND SAND.—Introduction by Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

THE SHADOW OF THE CATHEDRAL.—Introduction by William Dean Howells. Nueva York.

OUR SEA *(Mare nostrum)*.—Traducción de Charlotte Brewster Jordan. Nueva York.

THE FRUIT OF THE VINE.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

WOOMAN TRIUMPHANT.—Traducción de Hayward Keniston. Nueva York.

THE DEAD COMMAND.—Traducción del Dr. Isaac Goldberg. Nueva York.

AL LECTOR

Considero oportuno dar una explicación sobre el origen de este libro.

En Marzo y Abril del presente año estuve en Méjico. Cuando llegué á dicho país todo parecía tranquilo. Don Venustiano Carranza era siempre «el primer jefe», el maestro de los revolucionarios triunfantes. Se discutía á sus ministros y allegados, pero su personalidad parecía flotar como algo inaccesible por encima de críticas y odios. Á las pocas semanas, el Estado de Sonora se sublevó contra Carranza, el general Obregón le siguió, declarándose en abierta rebeldía, y la revolución fué desarrollándose con una rapidez y un éxito irresistible que sólo pueden verse en Méjico, país de revoluciones.

Cuando salí de la República, á principios de Mayo, el presidente Carranza era ya casi un vencido y preparaba su retirada á Veracruz. Al llegar á Nueva York, supe que había escapado á toda prisa de la capital y andaba vagabundo por las montañas con unos cuantos fieles.

Yo fuí á Méjico con el propósito de estudiar de cerca este país tan interesante por su historia pasada y sus revueltas presentes. Estos estudios son para una novela que se titulará *El águila y la serpiente*, novela que empezaré á escribir muy pronto.

De no ocurrir la reciente revolución, no habría publicado en los diarios de los Estados Unidos mis opiniones sobre Méjico. Hace años que no ejerzo el periodismo militante. Además, mi interés de novelista era guardar impresiones y notas para mi obra futura, sin desflorarlas en un trabajo periodístico.

Pero hay que darse cuenta de la situación, para comprender cómo no pude resistirme á las invitaciones de la prensa norteamericana.

La comunicación entre los Estados Unidos y Méjico estaba casi suspendida; circu-

laban por Nueva York las más disparatadas y contradictorias noticias; era indudable que el presidente Carranza había sido derribado del poder y andaba fugitivo por lugares desiertos... Y en estos momentos de incertidumbre, de mentiras sensacionales y de informaciones disparatadas, llegué yo á Nueva York.

Los noticieros de los periódicos se conmovieron ante esta feliz casualidad que les brindaba el destino.

—¡Una revolución en Méjico, y Blasco Ibáñez que llega de allá, á tiempo para contarla!...

Cayeron sobre mí los noticieros á docenas, casi á centenares. Yo soy algo conocido en los Estados Unidos, como tal vez sepa el lector; hasta puedo decir, sin miedo á que me tengan por inmodesto, que gozo allá de cierta popularidad. Además, los *reporters*—mujeres en su mayoría—me aprecian por mi carácter franco y llano, por la facilidad con que les recibí y les escuché siempre, y por esto me apodaron en sus *interviews* desde el primer momento de mi viaje á la gran República «Ibáñez el Accesible».

Total, que apenas llegado á Nueva York, no hice mas que hablar y hablar de Méjico ante hombres y mujeres que me escuchaban con la cabeza baja, tomando notas.

En la misma noche empezaron á publicarse *interviews* acerca de mis impresiones sobre la revolución de Méjico. Estos trabajos estaban hechos de buena fe, pero plagados de errores y afirmando muchas veces lo contrario de lo que yo había dicho. Era natural que resultasen así, por desconocer sus autores la historia de Méjico, los antecedentes políticos de dicho país, sus condiciones etnológicas, su idioma, etc. ¿Cómo podría yo hacer rectificar á cien periódicos, á mil periódicos, á todos los que se publican en los Estados Unidos?...

Entonces fué cuando el representante de un grupo periodístico, en el que figuran los primeros diarios de la enorme República de la Unión, vino á verme y me dijo:

—¿Por qué no escribe usted artículos con su firma, en vez de aceptar entrevistas con *reporters?*... Así dirá usted lo que quiera decir, sin miedo á errores y falsas interpretaciones.

Me resistí al principio. El novelista de-

seaba guardar la virginidad de sus impresiones para el libro. Luego pensé que los artículos de periódico son muy distintos á los capítulos de una novela, y por más que dijese en ellos, siempre quedaría mucho nuevo y completamente inédito para *El águila y la serpiente.*

Aparte de esto, como conocedor de los males que causa el burdo militarismo surgido de la revolución, supuse que podría prestar un gran servicio al verdadero pueblo mejicano denunciando cuanto antes las demasías de estos tiranuelos de pistola y haciendo ver cómo la revuelta que acababa de derribar á Carranza no tenía más alcance moral que el de un movimiento militarista y personalísimo.

La tribuna que me ofrecían para hablar no podía ser más alta, ni los oyentes más numerosos. Mis artículos fueron apareciendo en el *New York Times,* en el *Chicago Tribune,* en todos los diarios más importantes de los Estados Unidos. En cada población, grande ó pequeña, era el periódico más popular de la localidad el que había adquirido el derecho de publicar mis artículos. Éstos los escribía yo en el curso

de la mañana y la tarde, y eran telegrafiados al anochecer á todos los extremos de la inmensa República, para que los publicasen los diarios á la mañana siguiente. Me habría gustado recibir como retribución de mis escritos la décima parte de lo que costó transmitirlos telegráficamente.

Ignoro todavía la cifra exacta de los periódicos que publicaron mis artículos. Fueron muchos centenares, que representan cuarenta ó cincuenta millones de lectores.

Tan honda impresión produjeron, que mi editor de Nueva York, en vista de las peticiones del público, ha creído necesario presentarlos en volumen aparte, teniendo que vencer para esto mi falta de voluntad.

Yo he considerado siempre el trabajo periodístico como «flor de un día», que no merece ver prolongada en un libro su existencia, circunstancial y efímera. He coleccionado en volúmenes mis cuentos (no todos) y algunos artículos literarios (muy contados). Nunca consideré dignos de ser reunidos bajo una cubierta editorial mis trabajos sobre política, sociología, historia, etc. He sido periodista durante quince años, y escribí un artículo ó dos todos los

días. Imagínese el lector que me distingue con su benevolencia de qué peligro se ha librado por mi falta de fervor coleccionista... Si yo fuese de los autores que creen defraudar á la posteridad cuando olvidan juntar en un volumen hasta las cartas enviadas á los amigos, á estas horas existirían treinta ó cuarenta libros de artículos de Blasco Ibáñez, pues llevo producidos miles y miles, completamente olvidados y que no sabría encontrar ahora, aunque me lo propusiese.

Pero de los presentes artículos sobre la última revolución de Méjico se ha publicado un volumen en Nueva York, y es necesario, ya que existe una edición inglesa, que exista igualmente una edición española, ó sea la original. Además, juzgo conveniente que el público conozca mis artículos tal como yo los escribí.

Muchos diarios de la América que habla español los han publicado traduciéndolos del inglés.

Algunas de estas traducciones están hechas indudablemente de buena fe, pero muy á la ligera, con la rapidez que exigen casi siempre las premuras del periodismo,

é interpretan defectuosamente mi pensamiento, si es que no lo desfiguran.

Otros diarios, los de Méjico, han traducido mis artículos á su gusto, suprimiendo las verdades que por demasiado «verdaderas» no les conviene que sean repetidas, y haciéndome decir á veces lo contrario de lo que escribí.

Para terminar con estas falsas interpretaciones, involuntarias ó intencionadas, accedo por primera vez á convertir en libro una colección de artículos de diario.

* * *

Conozco bien los defectos de este volumen.

El lector notará muchas repeticiones y hasta alguna que otra contradicción. Sus diversas partes no son verdaderos capítulos componentes de un libro armónico; son artículos de periódico, escritos bajo la inspiración de la última noticia y que reflejan la nerviosidad del momento.

Podría haberlos retocado, añadiendo y quitando, hasta hacer con todos ellos un libro homogéneo, pero muchos habrían dicho entonces que me rectificaba á mí mis-

mo, desfigurando por miedo ó por interés lo que afirmé de primera intención en la prensa de los Estados Unidos.

Los dejo tal como los escribí y se los entregué á mis traductores. Hasta me abstengo de corregir los descuidos literarios, propios de un trabajo hecho con rapidez periodística y destinado á publicarse en otro idioma.

Tal como aparecen, con toda la espontaneidad de su vertiginoso nacimiento, el lector encontrará seguramente en ellos un medio de orientarse sólo con que recuerde las circunstancias en que los escribí y los sucesos que se desarrollaron en el curso de su publicación.

Esta publicación en los periódicos de los Estados Unidos duró unos veinte días. Cuando escribí los primeros artículos aún vivía Carranza y andaba perseguido por los montes, pero con rumbo á los Estados donde tenía muchos partidarios y podía formalizar su resistencia. Entre el artículo VI y el VII llegó la noticia de que Carranza había sido asesinado y sus asesinos pretendían hacer creer á la opinión que se trataba de un suicidio. En los restantes ar-

tículos, al quedar triunfante el militarismo, digo de él y del porvenir de Méjico lo que debo decir.

No creo dar al lector una noticia sorprendente al revelarle que mis artículos levantaron en la prensa de Méjico un clamoreo de insultos y calumnias fáciles, de esas que se hallan al alcance de cualquier simple (1).

---

(1) Lo que han dicho en Méjico y fuera de Méjico contra mí á causa de estos artículos no exige grandes fatigas cerebrales. Lo puede inventar cualquiera.

Unos afirman que estoy subvencionado por los Estados Unidos, lo que no niego. Recibo dinero de los Estados Unidos, y además de Inglaterra, de Francia y hasta de la misma España, siendo algunos años estas remuneraciones verdaderamente considerables, como yo no las pude soñar nunca de joven.

Pero el que me paga en todos los países es un personaje llamado PÚBLICO, el cual se muestra tan bondadoso, que no me retira su subvención á pesar de que más de una vez le critico y escribo contra sus gustos.

Como el público de lengua inglesa es el más numeroso de la tierra, la subvención de los Estados Unidos resulta la más considerable; tanto, que es para mí en algunas ocasiones motivo de asombro, especialmente cuando recibo dinero á cambio de críticas independientes y algo rudas, que allá prefieren á las vilezas de la adulación. Los verdaderamente fuertes son así.

Reconozco que estoy subvencionado. No hablemos más de ello. Pero esta subvención inspira á los mismos que me atacan más envidia que cólera. Además, son miles de miles los que desearían obtenerla y muy contados los que la consiguen. ¡Ojalá yo la conserve siempre!...

Otros han dicho que escribí estos artículos porque el gobierno mejicano no quiso darme «una cantidad enorme» á cambio de la novela que pienso escribir. ¡Como si yo, para publicar un libro, necesitase que me ayudara un gobierno, lo mismo que cualquier principiante que imprime un tomo de poesías!... Sé muy bien, como lo saben muchos, que los gobiernos mejicanos actuales no

Resulta natural en todos los países de la tierra que una parte de la opinión se indigne contra un visitante que ha visto los defectos nacionales y los dice públicamente. Cuanto mayor es la verdad, más doloroso resulta el choque y más ruidoso el clamoreo.

En Méjico debía esta protesta adoptar

---

pueden dar nada, después de los diez años de rapiña anárquica que han hecho sufrir á su país. Todo lo han robado ó lo han destrozado los gobernantes y sus amigos.

El gobierno de Porfirio Díaz fué rico; indudablemente volverán á serlo los gobiernos mejicanos del porvenir, cuando se haya perdido la memoria de esta falsa é ineficaz revolución; pero los del presente no poseen ni con mucho lo que necesitan para contentar á los de dentro de casa, y este es el principal motivo de tan continuas revueltas.

Todas estas invenciones ni me lastiman ni me sorprenden. No tienen ni siquiera el mérito de la novedad. Son copiadas de Europa y las conozco hace tiempo.

De muchacho tuve el honor de intervenir por primera vez en los asuntos de Francia, cuando el proceso Dreyfus, combatiendo como un principiante al lado de Zola, Clemenceau y tantos otros. Bien sabido es que los que luchamos entonces contra los errores del militarismo y la influencia del clericalismo estábamos pagados por los millonarios judíos.

Durante la pasada guerra, los germanófilos de algunos países me acusaron de estar á sueldo de Francia. ¡Como si yo, republicano toda mi vida, hijo espiritual de la Revolución francesa y nacido á orillas del mar latino, necesitase recibir dinero para defender la causa de la República y sus aliados!

Ahora, porque ataco á una horda de matones faltos de escrúpulos, que ejercen una tiranía militarista sobre un país que habla español, estoy subvencionado por los Estados Unidos.

Pueden continuar los que tal dicen... No por esto dejaré de seguir mi camino.

fórzosamente mayores caracteres de vehemencia, por la especial situación de sus periódicos. Todos ellos dependen más ó menos directamente del que manda. Hasta los hay que fingen hacer oposición por orden del gobierno, para que los enemigos no digan que en Méjico nadie puede hablar. Yo he visto á todos los diarios venerando al «primer jefe»; y hoy de seguro que, sin haber cambiado de título ni de director, execran al «nefasto y ladrón Carranza».

Es verdad que no pueden hacer otra cosa. Hay que vivir. Si no fuesen así, no existirían. Y por esto, de todas las iras que provoqué en mi vida á causa de mi afán por decir verdades, la que menos me ha impresionado es la de los periodistas de Méjico. Hasta tengo la seguridad de que, hablando á solas con ellos, no habría entre nosotros la menor disensión. ¡Si las cosas más escandalosas que yo relato en mis artículos me las han contado ellos mismos, ó las he leído en sus periódicos cuando estaban de mal humor contra el ministro de Hacienda ú otro ministro, á causa de la tardanza en recibir la subvención—los que cobraban subvención—, ó de la negativa de

concesiones y otros favores para los que pican más alto!... Que todos los ataques de que yo sea objeto en el resto de mi existencia me impresionen tanto como los de estos simpáticos y escépticos periodistas.

Más me conmueve la protesta ingenua de cierto público de vista corta y opiniones simples, que, al hablar de mí, dice con amargura:

—¡Ingrato! Le dimos serenatas, le dimos banquetes, y nos ha pagado hablando mal de Méjico.

Para estas gentes sencillas, hablar mal de Méjico es criticar la pobreza en que vive por culpa de las incesantes revoluciones; censurar á los generalotes que prolongan la tiranía de un militarismo zafio; dolerse de que la anarquía mejicana no ofrezca remedio; en resumen, repetir con la pluma lo mismo que ellos murmuran y lamentan en voz baja en sus conversaciones particulares.

Pero á mí me impresiona, como he dicho, la queja de este público ingenuo, la falta de lógica verdaderamente pueril de sus acusaciones de ingratitud, y por eso mismo me detengo á contestarle.

Parten de una equivocación fundamental esas gentes buenas y sencillas al apreciar mi conducta como escritor. Ellos, como los habitantes de otras repúblicas americanas, están acostumbrados á ver de tarde en tarde un poeta que pasa, un trovador que va de Texas al cabo de Hornos entonando himnos á la belleza de cada país en que se hospeda, afirmando que en él quiere ser enterrado por ser el más hermoso del mundo y dedicando finalmente una oda al presidente y á todos los que gobiernan.

Admiro á estos bardos optimistas que pagan en armoniosos versos la hospitalidad que reciben, pero no pertenezco á su clase.

Agradezco mucho las atenciones de que fuí objeto en Méjico, pero ni yo las solicité, ni creo que me las concedieron con el objeto de comprar mi opinión y que encontrase inmejorable todo lo del país. Suponer lo contrario sería ofensivo para el pueblo mejicano, más aún que para mí. En la vida social, ¿qué persona decente se compromete á mentir porque en una reunión le han dado una taza de té ó de chocolate?...

Tampoco soy de esos malhumorados

que, por perversidad ó por un deseo de falsa independencia, acostumbran invariablemente á devolver mal por bien. En otros países de la América de lengua española he sido recibido con iguales ó mayores honores que en Méjico, y sus habitantes saben que aprovecho todas las ocasiones para expresar mi optimismo acerca de ellos. Esto se debe á que en dichos pueblos, aunque existan defectos, como en todas partes, no ocurre nada extraordinariamente malo, y es fácil mostrarse benévolo y encontrar cosas dignas de alabanza. ¡Pero en el pobre Méjico, que hace diez años ignora la paz y no sabe cuándo volverá á conocerla!...

Yo podía, á imitación de cualquier versificador errante, haber dicho que Méjico es un país perfecto, ahito de riquezas, que la revolución ha hecho felices á los mejicanos, que nunca ha habido allí tanta prosperidad, que sus gobernantes son los primeros del mundo, sus generales los más valerosos de la tierra y sus masas populares un modelo de civismo y cultura... Nada me hubiese costado decir estos disparates, y hasta es posible que muchos simples, al agradecérmelos como un acto de cortesía,

habrían acabado por aceptarlos como verdades indiscutibles, bajo la influencia de una desorientada vanidad nacional. Pero ¿no es la mayor de las ingratitudes pagar con mentiras una buena acogida, contribuyendo á mantener en el error á los que necesitan que les abran los ojos? ¿No es más noble manifestar el agradecimiento con la advertencia franca, aunque esta advertencia duela en el primer momento, ya que á la larga acaba por ser apreciada como la mejor prueba de amistad?...

Los que vivían en Méjico cerca de mí se dieron exacta cuenta de mis impresiones. Así como fuí avanzando en el examen del país, aumentó mi tristeza, se esfumaron mis optimismos, y empecé á rehuir los banquetes, las manifestaciones de simpatía popular, sabiendo bien que algún día me echaría en cara el vulgo, como una prueba de ingratitud, el haber aceptado tales honores... Tenía la convicción de que mi conciencia me obligaría, más ó menos pronto, á decir la verdad, y que esta verdad dolería mucho. Adivinaba la protesta irracional de los simples.

Pero esta protesta la veía algo lejana

en aquellos momentos, para cuando publicase mi novela *El águila y la serpiente.* No podía adivinar que el triunfo del militarismo, la caída de Carranza y su asesinato adelantasen y extremasen la emisión de mis opiniones, haciéndome escribir esta serie de artículos.

Yo aprecio al pueblo mejicano y deseo su bienestar y su verdadera libertad. Por esto sonrío tristemente cuando veo que se indigna contra el que ha cometido el enorme pecado de denunciar y censurar al militarismo que lo mantiene en perpetua revuelta, en belicosa ignorancia, y que no le permite cristalizar como país moderno, adquiriendo la estabilidad próspera de las naciones en paz.

Conozco el verdadero motivo que excita la ira de muchos. ¡Si yo hubiese publicado mis artículos en España ó en cualquiera otra nación de Europa!... Se reirían seguramente de ellos los generales mejicanos y todos los comparsas civiles que siguen á estos bárbaros para ocupar los empleos oficiales. ¿Qué miedo puede inspirarles Europa, cuyos intereses han atropellado tantas veces durante la pasada guerra europea?...

Pero mis artículos han aparecido en los Estados Unidos, han sido leídos por muchos millones de norteamericanos, y la opinión general de allá los reputó como lo más claro y más sincero que se había dicho sobre la situación actual de Méjico. Esto es lo que ha irritado verdaderamente á los que tienen interés en que las cosas de su país continúen como hasta el presente.

Pues bien; no me arrepiento de ello, y hasta confieso que si accedí á escribir los artículos, fué porque iban á aparecer en los Estados Unidos. En otro país no hubiesen causado perjuicio alguno al militarismo mejicano, y yo—lo declaro con toda franqueza—deseo hacer á éste todo el daño que pueda.

La salvación de Méjico estriba en que se libre para siempre del despotismo de los generales de machete y se vea gobernado por hombres civiles. Desgraciadamente, no parece que el país pueda realizar esto por sí mismo. Á lo menos, no se ve todavía que sea capaz de conseguirlo por sus propias fuerzas. Diez años de revolución han roto todos los vínculos de la disciplina social. La gran mayoría que desea la paz está

disgregada, carece de unidad y de fuerza; sólo sabe quejarse, y casi siempre en voz baja. Una minoría insolente de macheteros, dividida en diversos grupos antagónicos que se combaten por conseguir el poder, domina al país por el terror.

Estos militares—llamémosles así—, que hacen vivir todavía á Méjico una existencia medioeval, buscan casi siempre el apoyo de los Estados Unidos cuando están en la oposición y preparan una revuelta. Unas veces han sido los negociantes norteamericanos los que, por conveniencias financieras, les han facilitado armas y dinero. Otras veces les ha ayudado el mismo gobierno de Wáshington, por torpeza y por ignorancia.

Gobernantes ideólogos, algo distanciados de la realidad, han creído de buena fe que los ignorantes caudillos de Méjico son verdaderos revolucionarios como los de otros países, guiados por un ideal generoso, y les han proporcionado armamentos y empréstitos, creyendo servir con ello á la causa de la humanidad, cuando no hacían mas que contribuir al atraso, la incertidumbre y la ruina de una nación digna de mejor suerte.

Hasta se ha visto á un Wilson apoyando al bandido Villa con toda buena fe, por creerle un Mesías de la democracia. Á causa de todo esto me siento satisfecho de haber dicho la verdad en los Estados Unidos.

Si consigo que los norteamericanos no den más armas ni más dinero al militarismo mejicano, conoceré la alegría del que ha hecho una buena acción.

Me parece justo que todas las potencias ricas de la tierra apoyen y protejan á Méjico cuando éste se halle gobernado por hombres civiles y se vea realmente libre de los caudillos que ahora lo explotan por turno.

Pero mientras esté tiranizado por el militarismo, lo mejor será crear el vacío alrededor de ese militarismo, para que no pueda nutrirse con fuerzas exteriores y acabe por caerse, abandonando su presa lo mismo que un parásito muerto.

* * *

Otro argumento emplean algunos contra mí á causa de estos artículos.

Recuerdan lo que dije en los primeros días de mi llegada á Méjico, y al compa-

rarlo con lo que he escrito después, me tachan de inconsecuente.

Es cierto; he sido inconsecuente, como todos somos inconsecuentes en nuestra vida cuando los hechos se encargan de demostrar que estábamos equivocados.

Fuí á Méjico por instigación de varios mejicanos orgullosos de los progresos revolucionarios de su país y por invitación del presidente Carranza, deseoso de que los extranjeros se diesen cuenta de la estabilidad de su gobierno.

—Va usted á ver un verdadero pueblo —me decían los mejicanos en Nueva York—. Se acabaron las revoluciones. El país desea vivir en paz. Presenciará usted la elección del nuevo presidente, y se asombrará de las costumbres cívicas que en poco tiempo ha adquirido nuestra nación.

Llegué á Méjico: ¡hermosas impresiones las primeras! El país es bello y de un pasado histórico muy interesante para un artista.

Además, había un motivo exterior para creer en las nuevas costumbres cívicas de Méjico. Los candidatos solicitaban el voto del pueblo pacíficamente, por me-

dio de una propaganda hecha con anuncios electorales, reuniones públicas, periódicos, etc.

Todas las gentes repetían lo mismo, como si hubiesen recibido una consigna:

—Sería criminal intentar una nueva revolución. El país está cansado de revoluciones. Significaría traicionar á la patria, justificar una intervención del extranjero. Que las elecciones se verifiquen en paz, y aceptemos al que triunfe.

Y yo, con la espontaneidad propia de un carácter algo vehemente, protestaba al recordar lo mucho malo que había oído contra los mejicanos.

—¡Pero este pueblo es admirable!... ¡Pero el pobre Méjico es un gran calumniado!...

En países como éste, sólo se debe manifestar una opinión después de consumados los hechos; y aun así, se pueden sufrir sorpresas.

Cuando aún faltaba algún tiempo para las elecciones, cuando sólo empezaba á iniciarse la campaña electoral... surgió la revolución.

Yo no puedo creer que esos que intentan tildarme de inconsecuencia lo hagan

de buena fe. Sería mostrarse demasiado olvidadizos, demasiado inconscientes ó demasiado estúpidos. Y como ellos no lo son, me inclino á creer que fingen serlo porque así les conviene.

Se comprende que un hombre sea tachado de inconsecuente cuando pasa de una opinión á otra sin que en el intermedio de este cambio haya ocurrido nada extraordinario capaz de justificar su transformación.

Pero entre los primeros días de mi llegada á Méjico y los artículos que escribí después sobre este país al volver á Nueva York, creo que ocurrieron unas cuantas cositas. Los candidatos á la presidencia se sublevaron sin esperar las elecciones; surgió la revolución que todos habían tildado de «criminal», «antipatriótica» y «favorable á una intervención del extranjero»; las gentes de cuyos labios había oído yo grandes elogios al «primer jefe» se levantaron en armas contra este primer jefe: hubo incendios de trenes, explosiones de dinamita en las vías, matanzas de prisioneros, fusilamientos, etc., como en toda revolución mejicana que se respeta. Carranza tuvo que

huir, abandonando el poder; Carranza fué asesinado durante su sueño por los mismos leales que se habían ofrecido para escoltarle... Y todavía en los momentos presentes sigue la revuelta, el desorden, cinco ó seis partidos diferentes en armas, y nadie sabe cuándo terminará esta anarquía, pues don Venustiano, á pesar de sus defectos, era «alguien», era una personalidad de maestro, mientras que ahora sus antiguos discípulos, autores ó aprovechadores de su asesinato, se consideran todos iguales. Todos creen tener idénticos derechos á la herencia, y transcurrirán años y más años sin que se cansen de derribarse unos á otros, mientras haya aventureros que los sigan.

Me parece que si después de ocurrido todo esto en el transcurso de unas pocas semanas no cambia un hombre de opinión, será porque tiene algo positivo que ganar manteniéndose fiel á su primer modo de ver las cosas.

* * *

Yo estoy donde he estado siempre. Al escribir estos artículos contra los verdade-

ros enemigos de Méjico, ó sea los generales, me mantuve dentro de las creencias de toda mi vida.

He combatido con saña al militarismo alemán, enemigo de la tranquilidad del mundo; ¿por qué iba yo á respetar al militarismo mejicano, ese militarismo zafio y feroz, de generales de pistola, que se ha formado en la guerra civil, matando á mejicanos, y no tiene, como el otro, la excusa de una tradición victoriosa?...

Como verdadero revolucionario que sólo he conocido tristezas y persecuciones, desgracias y derrotas, no puedo transigir con esos farsantes de la revolución, que destrozaron para nada un rico país, y cuyos jefes, en unos cuantos años, han amasado fortunas escandalosas é inexplicables. ¿Por qué he de apoyar yo á los ladrones de una revolución?... ¿Porque hablan español?... Entonces tendría que ser panegirista por el mismo motivo de todos los delincuentes de España y de las veinte naciones americanas que hablan nuestra lengua.

Como español, también debo ser enemigo de los bandoleros de la falsa revolución mejicana. Villa, Obregón, González,

etcétera, etc., han fusilado españoles á centenares. Cuando estuve en Méjico hubo pobres compatriotas míos que, por error, me insultaron en sus cartas, imaginándose que yo iba á defender á tales individuos, que son enemigos de España por tradición y por brutalidad nativa. Méjico es el único país hispanoamericano cuyas revoluciones empiezan por matanzas de extranjeros. Y como allá la mayoría de los extranjeros son españoles que tienen mostrador y cajón con dinero, su exterminio á tiros ó en la horca figura siempre como el primer acto inevitable de toda revuelta.

Nada digo de la época de Porfirio Díaz: entonces se respetaba á los extranjeros. Pero algún día, cuando las naciones presenten su lista de reclamaciones contra Méjico por las fechorías estúpidas de sus diez años de revolución incoherente, nuestra nación presentará también la suya, sin ningún fin interesado, simplemente para que consten los males sufridos por España, y entonces se conocerán los cientos y cientos de españoles que han sido asesinados.

Yo recuerdo las lamentaciones de los numerosos compatriotas que me escribie-

ron dudando de mí ó me hablaron en secreto. Esperaban un vengador y creyeron que yo iba á marchar al lado de sus antiguos asesinos. No; estoy donde debo estar, y ¡ojalá mis palabras pudieran contener toda la cantidad de castigo que deseo!

Como amante del buen nombre y el prestigio de la que llaman América latina, también considero un deber atacar á la revolución mejicana.

En otros tiempos, Méjico era una de las naciones hispanoamericanas que nos honraban. Hoy es un motivo de deshonra para españoles é hispanoamericanos. Por su especial situación junto á los Estados Unidos, esta República es lo primero que ven ciento diez millones de norteamericanos, cuya opinión influye en el resto de la tierra. Es en vano hablarles de naciones prósperas y pacíficas como Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y otras. Lo que ellos ven es Méjico, la tierra más inmediata que habla español, la República de Villa, de Obregón, de los guerrilleros cuya raza no termina nunca, y cuya barbarie aún resulta más terrible, por la fuerza del contraste, al desarrollarse junto á los Estados Unidos.

Como adversario del militarismo, como antiguo revolucionario, como español y como amigo de la América que habla nuestro mismo idioma, creo que es mi deber combatir á los generales que consideran la pobre nación mejicana como una presa conquistada pistola en mano.

Deseo un Méjico verdaderamente moderno, dirigido por hombres civiles y cultos, de los que han viajado y tienen mentalidad de blanco. Yo haré cuanto sepa y pueda en favor de los mejicanos que andan vagabundos por diversos países y los que viven en su propia tierra aterrorizados y deseando pasar inadvertidos.

En una palabra: después de haber visto las cosas de cerca, estoy con el Méjico de las «personas decentes», y personas decentes no quiere decir personas ricas ni gentes reaccionarias, sino simplemente personas decentes, pues se puede ser de ideas muy avanzadas y muy persona decente.

* * *

Ciertos partidarios del militarismo mejicano han encontrado ellos solos, sin necesidad de ayuda ajena, otro argumento

contra mí. Según ellos, mis artículos preparan la intervención de los Estados Unidos en Méjico. Si esto es una broma, reconozco que es broma graciosa. Si lo dicen de buena fe, me confunde el alto concepto que tienen de mí y del poder de mi pluma; pero no puedo agradecérselo, pues resulta ridículo. De querer los Estados Unidos realizar una intervención—asunto sobre el cual hay muchísimo que hablar—, ¿para qué me necesitarían á mí, simple escritor?...

Lo malo es que yo no tengo ni remotamente ese poder mundial que me suponen. ¡Ojalá fuese verdad! Ya habría hecho polvo á estas horas á esos generales de pistola que oprimen á Méjico, exterminan á los extranjeros, deshonran y explotan el nombre de la revolución y consiguen que en los Estados Unidos, en Inglaterra y en Francia—cuyos Bancos fueron robados por los revolucionarios mejicanos—nos desprecien á todos los que hablamos español, creyendo que el pobre Méjico de la revolución y las demás naciones latinoamericanas son la misma cosa.

¡La intervención de los Estados Unidos!... Yo no digo que sea imposible. Des-

pués de la última guerra europea nada hay imposible, y resulta expuesto el papel de profeta. ¡Quién puede adivinar el porvenir, tratándose de una humanidad que desconoce la lógica y procede las más de las veces en abierta rebelión contra el sentido común!...

Pero afirmo que la tal intervención norteamericana no es probable por ahora, y que si Méjico viviese tranquilamente, como otras naciones hispanoamericanas, no podría realizarse jamás.

Este asunto de la intervención no es para tratado aquí, pues necesita de amplio espacio. En mi novela *El águila y la serpiente* encontrará el lector cierto personaje aficionado á hablar con exuberancia de esta materia. Por el momento, lo único que puedo decir es que la tal intervención resulta algo indispensable para la vida de Méjico. Los mejicanos la necesitan más aún que los norteamericanos. ¿Qué haría el Méjico revolucionario sin el fantasma de la intervención? Los malos gobiernos de allá, cuando empiezan á verse desobedecidos sacan á luz el ogro yanqui.

—Si hay revolución contra nosotros

—dicen—, si se cambia el gobierno, nos invadirán los norteamericanos.

Los de la oposición, por su parte, claman á cada momento:

—Ese gobierno fatal está cometiendo tales crímenes, que muy pronto caerá sobre nosotros como un castigo inevitable la intervención americana.

Y unos y otros, los que gobiernan y los que atacan al gobierno, cuando se ven en una situación difícil á causa de sus desaciertos y atentados, se dirigen á las demás naciones hispanoamericanas—á pesar de que nunca las han consultado antes de cometer sus barbaridades revolucionarias—, y les dicen:

—Ayudadnos, defendednos; los yanquis quieren invadirnos, á pesar de que vivimos del modo más inocente y no molestamos á nadie. Nosotros somos la vanguardia de la América latina.

Y mientras tanto, al otro lado de la frontera, el enorme pueblo norteamericano, ocupado en sus negocios grandiosos, sólo se acuerda muy de tarde en tarde de la existencia de Méjico; ignora la tan cacareada intervención, y escucha distraídamente

—cuando escucha—al reducido grupo de políticos que pretende acabar con la anarquía mejicana, alegando que ésta lleva asesinados á más de quinientos ciudadanos norteamericanos.

Tendría mucho gusto en saber qué es lo que hubiese hecho Méjico si Guatemala ó cualquiera otra república de la América Central hubiese asesinado á quinientos mejicanos. ¡Qué de himnos patrióticos y gritos de guerra!... ¡Qué expedición militar mandada por cualquiera de sus Obregones!... ¡Qué serie de fusilamientos é incendios!...

Y los Estados Unidos, el pueblo en estos momentos más poderoso de la tierra—para el cual representa la fuerza de resistencia de Méjico mucho menos que Guatemala comparada con la República mejicana—, todavía no se ha enterado verdaderamente de lo que sus ciudadanos han sufrido y sufren en la nación vecina.

Después de esto aún hablan ciertos mejicanos de «intervención inmediata», de «política agresiva norteamericana», como de algo inminente que va á ocurrir dentro de unas horas.

Pero no se les debe criticar. El día en que se les quite el fantasma de «la intervención», habrán perdido uno de sus medios más seguros de gobernar ó de conseguir el gobierno.

* * *

Yo espero que, á pesar de lo angustiosa que resulta la situación de Méjico, algún día lucirán para él días mejores.

¿Cuándo?... No lo sé; pero el mal no puede durar siempre.

El momento actual predispone al pesimismo.

Carranza, á pesar de sus defectos, era un gobernante que llevaba algunos años en el poder y en torno de su persona se había establecido cierta calma que casi era la paz. Después de su asesinato se ha reanudado el período de anarquía que precedió al triunfo de Carranza. Existen no sé cuántos partidos en armas; la autoridad del presidente accidental Adolfo de la Huerta sólo es efectiva en unos territorios, viéndose desconocida en otros; á los insurrectos que baten el campo desde los tiempos de Carranza se han unido muchos más.

No habrá paz; no puede haberla. Ahora se disputan el gobierno varios generales que se consideran iguales en méritos, y hasta que uno de ellos se coloque sobre los otros—si es que lo consigue—pasará mucho tiempo.

Esta visión pesimista me infunde tristeza. ¡Ojalá me engañe en mis observaciones!... Cuando se trata de la suerte de todo un pueblo, no hay que tener amor propio y debemos desear equivocarnos. Además, ni yo soy profeta ni creo en las profecías. Saco una deducción lógica y sincera de mis observaciones, y me entristece la lobreguez de esa deducción. Repito mi deseo de que el tiempo me desmienta.

El día en que Méjico se haya limpiado de su roña militarista, el día en que esté gobernado por hombres civiles y de espíritu moderno, yo seré el primero en esparcir sus alabanzas.

Pero ahora...

Ahora la situación es lóbrega y sólo inspira pesimismos.

Estos artículos que tanto alboroto han levantado no son mas que ligeros esbozos sobre la actualidad mejicana. Equivalen á

los primeros tiros precursores de un combate, disparos aislados y poco coherentes, que pierden toda importancia al ser comparados con los estrépitos de la artillería gruesa que suenan después.

Mi verdadera visión del Méjico actual —completa, detallada y justificada—la encontrará el lector dentro de pocos meses en otro libro.

Y termino este prólogo para empezar á escribir mi novela *El águila y la serpiente.*

V. B. I.

París.—Julio 1920.

EL MILITARISMO MEJICANO

I

La caída de Carranza

Acabo de regresar de Méjico, donde he permanecido cerca de dos meses. En este breve espacio de tiempo he visto un gobierno que parecía fuerte y destinado á llegar al término de su vida constitucional tranquilamente; he visto surgir una revolución, que en los primeros momentos arrastró una vida lánguida; luego, el triunfo decisivo de esta revolución por la ayuda inesperada de elementos políticos que se mostraban ajenos á ella; y finalmente, la fuga del presidente Carranza, la incertidumbre actual sobre su suerte, y la incertidumbre todavía mayor acerca de lo que será en el porvenir el nuevo gobierno que ahora se está formando.

En realidad, nada tiene de extraordinaria esta rapidez vertiginosa de los sucesos. De todas las

cosas de Méjico, las que marchan más aprisa son las revoluciones.

Yo he ido allá para estudiar y esbozar una novela mejicana: *El águila y la serpiente.* Entre mis estudios preliminares figura una estadística de los gobiernos que ha tenido Méjico desde que se independizó de España. En menos de cien años —á partir de 1821—, estos gobiernos han sido setenta y dos. Ahora, con la caída de Carranza, ya tiene setenta y tres en menos de un siglo. Si se descuentan los treinta años del largo período de Porfirio Díaz, resulta que cada gobierno ha vivido un año, poco más ó menos.

Voy á relatar en una serie de artículos lo que he visto y lo que he oído en Méjico. Voy á dar al público, con anticipación, una pequeña parte de los estudios que hice para *El águila y la serpiente.*

Serán simples visiones de novelista, de observador que desea mantener su independencia. He hablado con Carranza y con sus más encarnizados enemigos. Agradezco las atenciones que todos tuvieron conmigo, pero no soy partidario ni de unos ni de otros. Si alguna predilección siento, es por el pueblo mejicano, eterno víctima de una comedia trágica que nunca acaba; pobre esclavo al que todos quieren redimir, y permanece lo mismo que hace siglos; sempiterno en-

gañado al que se le dedican hermosas frases pero nunca se le dice la verdad; porque la verdad es muchas veces cruel.

* * *

Hablé con el presidente Carranza varias veces con una relativa intimidad, y puedo decir cuál era el pensamiento principal que guió su política en los últimos tiempos.

Sé bien que este personaje no es de los que se dejan sondear. Hombre acostumbrado á la política de un país donde el disimulo resulta una de las mejores virtudes, no es fácil conocer su pensamiento verdadero. Baste decir que don Venustiano, cuando recibe una visita, lo primero que hace instintivamente es colocar su sillón de espaldas á la ventana más próxima. Así queda en la penumbra y su cuerpo no es mas que una silueta negra en la que apenas se marca el rostro como una vaga mancha blanca. Él, en cambio, puede examinar á su gusto el rostro del visitante, que permanece en plena luz frente á la ventana. Además, si algo atrae su atención poderosamente, mira por encima de sus anteojos azulados. Esto hizo sospechar al rústico Pancho Villa que don Venustiano tiene muy buena vista y no necesita de anteojos, y que si los lleva es para ocultar mejor su pensamiento al ocultar su mirada.

No vaya, sin embargo, el lector á imaginarse á Carranza como una especie de tirano astuto y de aspecto terrorífico. Don Venustiano es un antiguo hidalgo del campo, un «ranchero», con las marrullerías de todos los propietarios rústicos y las malicias de los políticos provincianos; pero resulta simpático y tiene nobles ademanes. Algunas veces, á pesar de su aspecto reservado, se muestra locuaz y alegre; «se siente estudiante» —como él dice—, y entonces habla sin reservas, con ingenuidad, y hasta ríe.

Carranza ha caído del poder por empeñarse tenazmente en hacer una política antimilitarista.

Este antiguo caudillo de las tropas revolucionarias, nacido en el campo y más hombre de guerra que muchos de sus generales procedentes de las ciudades, nunca quiso que le llamasen general. Sin duda, por saber que la eterna enfermedad de Méjico es la erupción que sufre de generales, no quiso afligir al pobre enfermo con un grano más.

Todos sus partidarios le llamaban «el primer jefe», pero nunca general. Además, en campaña llevaba un simple uniforme de soldado raso.

Ahora, al ir á dejar la presidencia, intervino más ó menos directamente en los manejos electorales; influyó para que su sucesor fuese un hombre civil.

—El mal de Méjico—me dijo en una entrevista—ha sido y es el militarismo. Sólo muy contados presidentes fueron hombres civiles. Siempre generales, ¡y qué generales!... Es preciso que esto acabe, para bien de Méjico; deseo que me suceda en la presidencia un hombre civil, un hombre moderno y progresivo que mantenga la paz en el país y facilite su desarrollo económico. Hora es ya de que Méjico empiece á vivir como los otros pueblos.

El deseo de Carranza no podía ser más plausible. Pero el modo con que pretendió realizarlo no pudo ser á su vez más absurdo y peligroso. De aquí que su antimilitarismo me parezca muy bien y su caída igualmente muy bien.

Para dar un carácter civil á la presidencia de la República, era necesario haber escogido un hombre eminente, de larga historia y prestigio popular; y Carranza escogió precisamente al más desconocido de los mejicanos, al señor Bonillas, embajador en Wáshington, hombre que ha pasado casi toda su vida fuera del país natal y que formó su familia lejos de él.

* * *

Además, hay que tener en cuenta el modo de gobernar de Carranza en los últimos tiempos.

Sé bien que cuando un partido revoluciona-

rio triunfa en un país como Méjico, las escisiones son inevitables al transcurrir el tiempo. Los triunfadores son muchos, todos quieren recompensa, y el país no produce para contentar á todos. Los primeros puestos son pocos y los que se consideran dignos de ellos se cuentan por docenas.

Hay además algo que es peculiar de Méjico. En casi todos los países se encuentra el revolucionario desinteresado, el revolucionario asceta, que sólo saca de la revolución las satisfacciones ideales del triunfo. Es indudable que en las revoluciones ha habido siempre hombres faltos de vergüenza que sacaron de ellas un provecho egoísta; pero también existen nobles y desinteresados ilusos que se sacrifican por los demás y después de la victoria siguen alimentándose, como santos rojos, con el pan y el agua del entusiasmo.

Yo he buscado entre los mejicanos que ocuparon los primeros puestos después de la revolución caracteres quijotescos, como los hubo en la revolución francesa y como los ha habido en la revolución rusa; héroes desinteresados de los que sólo piensan en el bien de los demás, sin acordarse del bien propio. No los he encontrado. Todos los que he visto son hombres de sentido práctico, que no pierden de vista su conveniencia personal.

Me ha asombrado además ver la cantidad de revolucionarios ricos que hay en Méjico. Tal vez existan algunos revolucionarios pobres—deseo que así sea, pues yo en mi país también he sido revolucionario y pobre—, pero su número resulta tan escaso, que pueden contarse con los dedos de una sola mano y aun tal vez queden algunos dedos sin empleo.

Los más de ellos deben ser hijos de millonarios. Sus afirmaciones de que antes de la revolución eran simples obreros, mercaderes ambulantes, pequeños empleados ó vagabundos sin ocupación, serán mentiras indudablemente para ocultar su poderoso origen, halagando de este modo á las clases populares. Sólo se comprende su riqueza actual por una herencia de sus padres, que los tenían olvidados. De no ser así, resulta imposible explicarse honradamente cómo unos hombres que hace seis ó siete años eran vendedores ambulantes de leche, vendedores de legumbres secas, sombrereros de campesinos, famélicos maestros de escuela rural ó mozos de molino, poseen hoy varios millones de dólares después de haber figurado en una revolución. También resulta difícil de explicar cómo tantas generalas y coronelas, por legítimo matrimonio, que hace media docena de años eran pobres mujeres del pueblo, y tantas amigas de general y

de coronel, lucen valiosísimas alhajas, iguales, exactamente iguales á las que ostentaron en otros tiempos las familias mejicanas que hoy viven lejos de su país.

Pero no insistamos en estos detalles. Baste decir que los hombres salientes de la revolución de Méjico han hecho la revolución para ganar algo, que ellos no comprenden el sacrificio por los demás, y que, pasados los primeros años de desorden, al consolidar Carranza su gobierno, tuvo que restringir el círculo de sus favorecidos, con lo cual se convirtieron en enemigos encarnizados del «primer jefe» todos los que quedaron más allá de la lluvia de sus favores.

Al examinar de cerca el círculo de íntimos que rodeaba á Carranza en su vivienda presidencial, lo primero que llamaba la atención era la juventud de todos ellos. El respetable don Venustiano, con su barba blanca y sus gafas azules, parecía un director de colegio. Generales de veintisiete años y graves ministros de veintinueve ó treinta rodeaban con veneración y gratitud al antiguo «primer jefe».

En realidad, uno de ellos ha gobernado la República mejicana en los últimos tiempos, siendo su verdadero presidente: Juan Barragán, un general de veintisiete años, jefe del Estado Mayor presidencial.

Todos los que tenían pendiente un asunto con el gobierno se decían en seguida:

—Habrá que hablar á Juanito Barragán.

Por su juventud y su carácter llano y amable, era para todos Juanito.

Simple estudiante de Derecho, é hijo de una familia algo acomodada, siguió á don Venustiano al sublevarse éste contra Huerta. El presidente Carranza mostró siempre cierta debilidad por este joven, que le acompañaba á todas partes como un elemento hermoso y decorativo.

Se ha dicho recientemente que Barragán fué fusilado por los revolucionarios de Méjico al huir Carranza. Deseo que la noticia resulte falsa. ¿Para qué matarle?...

Ha sido el Apolo de la revolución. Alto, arrogante, hermoso, aunque de cara algo aniñada, las muchachas de Méjico lo tenían por el hombre más guapo del país y de la tierra entera. Casi gozaba honores de gloria nacional. Su persona deslumbraba con el azul brillante de su uniforme y el oro de cordones y entorchados. Parecía recién salido de una caja de barniz. Cada semana uniforme nuevo. ¡Veintisiete años, una magnífica salud, un carácter alegre, y dueño de Méjico!...

Sus enemigos afirmaban que era suya toda una fila de casas en la avenida principal de la

ciudad. ¡Imposible! No podía quedarle dinero para tales adquisiciones, después de arrojarlo á manos llenas. Durante los últimos años ha sido un verdadero negocio para cantantes y actrices hermosas hacer una jira por Méjico. Gracias al amable jefe de Estado Mayor, se podía salir del país con cien mil ó doscientos mil pesos de ahorros.

Su autoridad se extendía hasta las esferas universitarias. Durante mi visita á Méjico, el gobierno me confió á la Universidad para que me dirigiese en mis excursiones por el país. Esto nada tiene de extraordinario tratándose de un escritor. Pero poco antes de marcharme de Méjico me enteré, por la indiscreción de un funcionario, que cierta bailarina extranjera había sido confiada igualmente á la Universidad durante su excursión por Méjico, un año antes.

Imposible enfadarse. ¡Cosas del simpático Barragán!... Acogía á todos los solicitantes como si estuviese pronto á morir antes que dejar de servirles. Jamás dijo que no á nadie. Era capaz de dar la cabeza de don Venustiano, si se la pedían con verdadero empeño. Y Carranza, sobrio en el vestir, grave en su aspecto, y de morigeradas costumbres, parecía regocijarse, lo mismo que si se contemplase en un espejo, al mirar el elegante uniforme y los dorados de su jefe de Es-

tado Mayor. Otras veces sonreía con una bondad de abuelo al enterarse de sus triunfos amorosos.

Me marché de la ciudad de Méjico sin poder despedirme del Apolo de la revolución.

El señor general don Juan Barragán pasaba el día entero con el teléfono en la oreja, dando órdenes mientras estudiaba el mapa de Méjico. Se habían sublevado ya los partidarios de Obregón, y el más bello de los mejicanos—según voz general de las señoritas casaderas y de las artistas de paso—acababa de entrar en plenas funciones de estratega, disponiendo los movimientos de tropas.

¡Pobre y simpático muchacho! Ahora me explico la rapidez fulminante con que se derrumbó don Venustiano.

* * *

La verdadera causa de la caída de Carranza es haberse empeñado éste en imponer la candidatura presidencial de Bonillas.

De no habérsele ocurrido esta solución, dejando que las elecciones siguiesen su curso y que los generales Obregón y Pablo González se disputasen el sillón presidencial, habría terminado tranquilamente el período de su gobierno, reverenciado como un ídolo por sus antiguos subordinados.

El lector se preguntará tal vez por qué razón Carranza inventó un candidato tan falto de popularidad como el señor Bonillas.

Para contestar esto, debo entrar en el dominio de las suposiciones, ó mejor aún, limitarme á repetir lo que he oído en Méjico.

Como los más tienen una firme convicción de las habilidades tortuosas de Carranza, por ser hombre silencioso y de maquinaciones á largo plazo, se explican del siguiente modo su conducta con Bonillas.

Éste no iba á ser mas que un instrumento en manos de don Venustiano. Lo había escogido por su misma insignificancia, por no tener partido alguno detrás de él ni ser conocido en el país. Todo lo que fuese lo debería á su protector, y no podría «darse la vuelta» contra él.

Esto de «darse la vuelta» es una preocupación en Méjico, muy digna de tenerse en cuenta. Allí, la traición política supone poco, y el amigo de hoy es casi siempre el enemigo de mañana.

El que eleva á alguien está casi seguro de recibir á continuación un puntapié, con el cual el elevado pretende demostrar su dignidad y su independencia.

Con el anónimo señor Bonillas no había miedo ni al puntapié ni á que «se diese la vuelta». Creado por Carranza, seguiría fiel á éste, rodeado

de la escolta de personas que su protector quisiera escogerle como asesores y guardianes.

Los críticos de vista corta ni siquiera suponían en Carranza este propósito, creyendo que la candidatura de Bonillas era una malicia momentánea.

—Conocemos al viejo barbón—decían—. (El «viejo barbón» es Carranza, á causa de su barba blanca.) Ha lanzado la candidatura de Bonillas para irritar simplemente á Obregón. Éste se sublevará, tendremos una nueva guerra, y entonces, al no poder verificarse las elecciones, continuará Carranza en la presidencia por un tiempo indefinido.

Otros de vista más larga, al hacer sus comentarios, se aproximaban, en mi concepto, más á la verdad.

—Carranza—decían—quiere realmente que Bonillas le suceda en la presidencia. Bajo sus indicaciones, y con una Cámara formada de diputados carrancistas, Bonillas se encargará de la reforma constitucional, suprimiendo el artículo que prohibe la reelección de todo presidente. Una vez suprimido este artículo, don Venustiano volverá á la presidencia y se hará reelegir indefinidamente.

El procedimiento no es nuevo. Así hizo Porfirio Díaz. Empezó su carrera sublevándose, para

que ningún presidente fuese reelecto, pero luego que fué presidente se hizo reemplazar por una hechura suya, durante cuya presidencia se reformó la misma constitución impuesta por él, pudiendo luego gobernar treinta años seguidos.

Yo creo que Carranza quiso realmente que su sucesor fuese Bonillas, pero esto no impide el afirmar que don Venustiano ha prestado un triste servicio á su protegido.

De todos los personajes que figuran en la última revolución mejicana, Bonillas es el que me inspira más simpatía, á causa de sus desventuras.

¡Por qué no lo dejaron tranquilo! Su papel ha sido igual al de ciertos personajes simples y buenos que en las comedias pagan las faltas de los demás, y sin querer mezclarse en nada reciben todos los golpes que se pierden.

Vivía tranquilamente en Wáshington, como representante diplomático de la República mejicana. Su puesto casi era á perpetuidad. Si Obregón remplazaba á Carranza, este general le sostendría, por ser ambos de Sonora y conocerse hace mucho tiempo. Fuese cual fuese el presidente electo, iba á respetarlo, como se respeta á un buen señor que sirve á su país lo mejor que puede y vive en el extranjero, lejos de las luchas políticas.

Pero ¡ay! á don Venustiano se le ocurrió fijarse en él, despertando su ambición, alejándole del dulce ambiente de su familia y de la tranquilidad señorial de Wáshington...

Los mejicanos, hace diez meses, no sabían quién era Bonillas. Algunos estaban enterados de que existía un señor de este nombre en la capital de los Estados Unidos, y hasta sospechaban que había hecho grandes cosas por Méjico, aunque no sabían cuáles.

Y de repente, la gente del gobierno lanzaba á la circulación este nombre sin eco, como el de un personaje providencial que iba á salvar al país.

Los vecinos de la ciudad de Méjico son gente graciosa y muestran un ingenio vivo para inventar apodos. Además, las zarzuelas españolas ocupan siempre los escenarios de los teatros de la capital, lo que da á sus públicos la misma gracia de la gente de los barrios bajos de Madrid.

Entre las canciones nacidas en la capital de España que ruedan por los teatros y *music-halls* de todos los países americanos de lengua española, hay una que se ha hecho popularísima. Es la historia de una pastorcita abandonada y vagabunda, que ignora dónde nació y cuáles fueron sus padres, que no puede decir nada de su origen y sólo sabe que su apodo es *Flor de Té*.

El maligno público de Méjico bautizó inmediatamente al candidato de Carranza, venido del extranjero, y que nadie sabía quién era ni adónde podía ir.

«¡Viva Bonillas! ¡Viva *Flor de Té!*»

Y la gente rió desde este momento, sin respeto á las barbas y al gesto de pocos amigos que pone don Venustiano en sus momentos de mal humor.

En el próximo artículo haré el relato de los incidentes trágicómicos á través de los cuales nació, creció y murió la candidatura *Flor de Té,* origen de la revolución.

II

Las desventuras de «Flor de Té»

Bonillas, el candidato sostenido por Carranza para que le sucediese en la presidencia de la República, es un mejicano que ha pasado la mayor parte de su vida fuera de Méjico.

Salido de su país en la adolescencia, anduvo por los territorios del Sur de los Estados Unidos, ejerciendo diversas profesiones para ganar honradamente su pan. Su existencia fué algo accidentada, como la de todo el que necesita cambiar muchas veces de lugar y de oficio. Luego, siendo ya hombre, estudió en el Instituto Tecnológico de Boston la carrera de ingeniero.

Al sublevarse Carranza contra Huerta, volvió Bonillas á su país, figurando entre los revolucionarios.

Su actuación no fué brillante. Ni siquiera llegó á general, que es á lo que llega cualquiera

en Méjico. Se limitó á prestar sus trabajos como ingeniero, marchando entre los civiles que á la cola del ejército revolucionario se ocupaban de los asuntos administrativos.

Después del triunfo de la revolución, Carranza necesitó en Wáshington un representante fiel que le obedeciese ciegamente, y eligió á Bonillas. Éste sabe el inglés mejor que su lengua natal, y se ha educado en los Estados Unidos, condición que le colocó por encima de los demás que solicitaban representar á Méjico en Wáshington. Y en este puesto ha permanecido durante todo el gobierno de Carranza, hasta que á éste se le ocurrió fijarse en él para que fuese su heredero en la presidencia.

Ya conté cómo el pueblo de la capital de Méjico, extrañado ante la candidatura del desconocido Bonillas, le puso un apodo.

En los primeros tiempos fué *Flor de Té*, porque nadie sabía quién era. Después todos sus enemigos pretendieron conocer su pasado, y el pobre señor Bonillas fué algo peor que la pastorcita de la canción española.

¡Qué de mentiras revueltas con verdades no lanzaron los adversarios de su candidatura, coreados por los que se burlaban de ella para molestar á Carranza!...

Bonillas no era Bonillas, ni podía llamarse

mejicano. Su verdadero nombre era Stanford, y además había nacido en los Estados Unidos. Bonillas era el apellido de su madre, única sangre mejicana que existía en su pasado... Y los sostenedores del candidato—todos amigos de Carranza, empleados públicos y militares—tuvieron que publicar la genealogía de los Bonillas á partir del primero, un trabajador que llegó de España cuando Méjico era aún colonia española.

El aspirante á la presidencia no sabía hablar en castellano, según sus enemigos. Los periódicos de oposición publicaban todas las mañanas algunos cuentos sobre Bonillas, en los que aparecía éste chapurreando el español y trastornando de tal modo el orden y el significado de las palabras, que decía verdaderas enormidades para ruborizar á las señoras.

Yo mismo serví de pretexto, indirectamente, para esta falsa propaganda.

Los estudiantes de las universidades de Méjico, cuando llega á su país algún extranjero que goza de popularidad, acostumbran á obsequiarlo con un «gallo». Un «gallo» es una procesión nocturna, mezcla de serenata y de mascarada, que desfila á la luz de las antorchas ante los balcones de la casa que ocupa el obsequiado. Los estudiantes, montados en corceles,

en automóviles cubiertos de flores y banderas ó en camiones convertidos en carrozas alegóricas, cantan, gritan, dedican discursos entusiásticos ó relatos burlescos á la personalidad agasajada, y el público, invitado por la juventud universitaria, se une á esta manifestación, con más carruajes y músicas.

A mí me dieron varios «gallos». El de la capital de Méjico fué enorme, pues figuraron en él más de quince mil personas. La ruidosa procesión nocturna desfiló, con largas detenciones, durante dos horas ante el Hotel Regis, donde vivía yo, ocupando una habitación al lado de la de Bonillas. El candidato á la presidencia no estaba en aquellos momentos en el hotel, evitando el contacto con una muchedumbre juvenil é irreverente, que al verle podía permitirse algunos atrevimientos de palabra. Desfilaron Don Quijote y su escudero, los cuatro jinetes del Apocalipsis y un sinnúmero de muchachas vestidas de españolas; pero nadie se acordó de *Flor de Té*. Estábamos en Méjico y don Venustiano se hallaba cerca. La policía montada caracoleaba además sus corceles entre las carrozas de la procesión.

Días después, los estudiantes de la Universidad de Puebla me dieron otro «gallo». Aquí Carranza estaba lejos. Entre los pelotones de más-

caras á caballo y carrozas con alegorías de España y las repúblicas hispanoamericanas, pasó un simple carruajito tirado por un jaco y sin adorno alguno, que fué, sin embargo, la mayor atracción del desfile.

Lo ocupaba un travieso estudiante vestido con un traje á grandes cuadros, que es la vestimenta con que en España y en todos los teatros de lengua española se representa al inglés, por un convencionalismo tradicional. La careta con que cubría su rostro hacía las delicias de la muchedumbre.

—*¡Flor de Té!...* ¡Viva *Flor de Té!*—gritaban en torno del carruaje.

Y al pasar bajo los balcones de mi hotel, el estudiante se puso de pie para saludarme con un tono nasal y la voz lenta y dificultosa del que no posee el idioma en que pretende hablar.

—Mister Bonillas—dijo la máscara—saluda á mister Ibáñez, cuyas novelas ha leído traducidas al inglés. Dentro de unos meses tal vez llegue á leerlas en español, pues ahora me ocupo en aprender esta lengua.

Y el público reía y aplaudía, creyendo de buena fe que el aspirante á la presidencia de la República mejicana ignora por completo la lengua del país.

Esto no es cierto. Yo he conversado várias

veces con el señor Bonillas durante nuestra permanencia en el mismo hotel, y es un mejicano igual á sus compatriotas y que habla el español lo mismo que todos ellos. Pero ¡cómo evitar las invenciones de los enemigos!...

Éstos revelaban cada día un nuevo secreto sobre el pasado del candidato impuesto por Carranza.

Bonillas era súbdito norteamericano desde muchos años antes.

Bonillas, en sus andanzas por los Estados Unidos, cerca de la frontera mejicana, hasta había sido *scheriff* de un pequeño pueblo.

La familia del candidato tampoco escapó á esta revisión hostil.

Se hizo público que Bonillas está casado con una distinguida señora de nacionalidad inglesa y que pertenece á la religión reformada. Sus hijas también profesan la misma religión y no son católicas. ¡Horror!...

Hay que advertir que los más encarnizados enemigos de Bonillas son hombres sin ideas religiosas de ninguna clase. Algunos hasta se han distinguido durante la revolución por una crueldad innecesaria contra los sacerdotes católicos. Un general de Obregón—que es tal vez su amigo más íntimo—hizo en los primeros tiempos del triunfo revolucionario que varios curas y frailes

barriesen las calles de la capital de Méjico. Además, llenó de sacerdotes varios vagones de ganado y los envió de Méjico á Veracruz, no comiendo nada los presos durante los cuatro ó seis días que duró el viaje.

Pues bien; de muchos de estos enemigos de Bonillas, que no temen ni á Dios ni al diablo, procedieron las primeras protestas:

—¡Qué escándalo para las damas de Méjico, que son todas católicas!... ¡Una protestante ocupando el primer sitio de la República!...

* * *

No crea por esto el lector que el candidato apoyado por Carranza y sus numerosos amigos permanecían quietos ante la propaganda hostil.

En realidad, Bonillas no podía hacer gran cosa. Se limitaba á dejarse llevar por la oportunidad de los acontecimientos y las sugestiones de su protector.

Pero el comité bonillista, compuesto de generales de don Venustiano y senadores y diputados adictos á él, trabajaba como nunca se había visto en Méjico.

Yo confieso que pocas veces he presenciado una propaganda tan enorme y bien organizada como la que difundió el nombre de Bonillas por toda la vecina República.

Cuando llegué á Méjico, pocos días después que el candidato de don Venustiano, no pude dominar mi asombro luego de atravesar el puente internacional que da entrada á la ciudad fronteriza de Nuevo Laredo. Casas bajas de adobes; grupos de hombres con sombreros inconmensurables, anchos como paraguas, tomando el sol inmóviles y graves; calles de profundos baches, sobre los que saltaba el automóvil gimiendo su férrea angustia. Y en este decorado, igual al de hace medio siglo, de un color pardo y monótono, una gran variedad de papeles de todos los colores y tamaños, fijos en las puertas, en las paredes de barro, hasta en las carretas abandonadas en las plazas. Por todas partes el retrato de un hombre, Bonillas, el desconocido de ayer, convertido en Mesías nacional en el transcurso de pocas horas por la voluntad de otro hombre establecido allá lejos, en una ciudad de la meseta mejicana.

Este retrato ostentaba al pie las más halagüeñas promesas: *Democracia, Paz,* etc. No eran menos numerosos los manifiestos, todos altisonantes y de compacta prosa, buenos para imponer un respeto fetichista á la muchedumbre mejicana, cuya mayoría no sabe leer.

Luego, al penetrar en el país, fuí viendo, de estación en estación, cómo la propaganda boni

llista crecía en intensidad. Iba aumentando como un acorde ascendente de orquesta, hasta llegar á la capital de Méjico, donde estallaba con un derroche loco.

Carteles de muchos metros de longitud recomendaban al pueblo en letras enormes que votasen por Bonillas. No había terreno en construcción ó casa vieja que no estuviese cubierto por estos anuncios: «Bonillas representa la muerte del militarismo.» «Si quiere usted que terminen las revoluciones, vote por Bonillas.»

Los ojos del transeunte se fijaban en unas flechas rojas enormes que apuntaban á un punto lejano; y siguiendo esta dirección, se encontraba el nombre de Bonillas unos metros más allá. Al circular de noche por las calles de Méjico, el retrato de Bonillas, iluminado por reflectores, os sonreía desde lo alto de un balcón.

Esta propaganda obsesionante que os cortaba el paso en todas partes debió ser obra de un inteligente en la materia. Muchos decían que los amigos de Bonillas se habían traído de los Estados Unidos un técnico en propagandas electorales, muy ducho en su oficio.

A veces os detenía en la calle un manifiesto fijado en las paredes con gran profusión. El transeunte, aunque no se mezclase en las luchas políticas, se sentía atraído por la novedad del

documento: «Los defectos del ingeniero Bonillas.» «Lo que le falta al ingeniero Bonillas.»

—Ya es hora de que alguien diga algo sobre este hombre tan alabado.

Pero desde las primeras líneas resultaba que los defectos de Bonillas eran no ser un general perturbador como los otros, sino un hombre de paz y de trabajo. Además, lo que faltaba en su historia eran fusilamientos y atropellos, tan abundantes en la historia de sus rivales.

Esta propaganda costosísima y nunca vista en Méjico no podía pagarla Bonillas. La costeaba su comité; pero este comité, compuesto de personajes acostumbrados á vivir del presupuesto, era incapaz de tales sacrificios.

Total, que todos estaban convencidos de que era Carranza el que pagaba los gastos electorales con el dinero del país.

Este sistema de propaganda resultaba al mismo tiempo un medio indirecto de corrupción. Todos los grandes diarios de Méjico—aun aquellos que parecían hostiles á Bonillas—alquilaban planas enteras al comité de este último, creyendo salvar su conciencia con insertar una simple nota al pie diciendo que la plana era pagada por los bonillistas.

El resultado final era que los diarios llevaban en una parte de su texto ligeras indicacio

nes contra el candidato del gobierno, y en el resto de sus páginas retratos de éste y de los suyos, con largos artículos haciendo la apología de su política.

¿Cuánto dinero costó esta propaganda?...

Los partidarios de Obregón y de Pablo González han afirmado que Carranza llevaba gastados dos millones en popularizar á su candidato, y que gastaría mucho más si resultaba conveniente.

La necesidad de este gasto es aún más difícil de probar que los méritos del candidato Bonillas.

Todas las montañas de papel impreso, los cientos de miles de retratos y los kilómetros de anuncios resultaban perfectamente inútiles tratándose de una elección presidencial en Méjico.

Emplear estos procedimientos electorales, buenos para un pueblo moderno que ha llegado á su madurez, en el pobre Méjico, eterno víctima de tiranías de distintos colores, vale tanto como importar máquinas de coser en un país que no conoce los vestidos de tela.

¿Á qué hacer tanta propaganda electoral donde no se ha votado nunca?

Porque el pueblo mejicano no sabe en realidad lo que son elecciones.

En el largo período de Porfirio Díaz, éste se

reelegía siempre. Hasta que surgió el infortunado Madero, nadie había osado protestar.

Antes de Porfirio Díaz, se subía al poder por sublevaciones militares ó por votaciones tan escandalosas que provocaban y justificaban nuevas revueltas. Después del período porfiriano, esta elección de ahora era la primera que iba á verificarse en la tierra mejicana con caracteres modernos, y ya hemos visto en qué ha venido á parar: en otra revolución.

La gran propaganda en favor del candidato Bonillas resultaba ridícula unas veces para los que conocen el país, y otras irónicamente triste.

¡Tanto papel impreso para un pobre pueblo que no sabe leer en su mayor parte, á causa del descuido en que le tuvieron sus gobernantes! ¡Tanta propaganda electoral cuando todo elector sabía que su voluntad no cuenta para nada, y que al final saldría triunfante el candidato del gobierno!...

Para emitir el voto con tranquilidad y seguridad, es necesaria la convicción de que este voto será respetado y servirá de algo.

En Méjico, el que vota sabe que ejercita una función inútil. Siempre será, finalmente, lo que quieran los de arriba. Además, resulta una función peligrosa. Si el que está en el poder se entera de que el que se halla abajo pretende ha-

cerse independiente y tener iniciativas propias, el golpe advertidor no tarda en caer sobre él.

Obregón y González tienen razón en parte cuando pretenden justificar su actitud revolucionaria afirmando que el gobierno había quitado á sus candidaturas toda garantía de seguridad.

Es cierto. Carranza, hombre tenaz, incapaz de retroceder en sus decisiones una vez adoptadas, tenía dispuesto que triunfase Bonillas, y Bonillas sería presidente de Méjico de no haber surgido la revolución.

Todos los Estados que tenían gobernador netamente carrancista habrían votado en masa á Bonillas, como si en ellos no existiese un solo partidario de los otros candidatos.

Pero éstos tampoco son de fiar. Obregón y González no han nacido ayer, ni pueden ofrecerse como virginidades políticas. Tienen una larga historia casi igual á la de don Venustiano, y falta saber lo que harán ahora al organizarse otras elecciones.

¿Qué puede ocurrir en un país donde no ha existido nunca cuerpo electoral como algo permanente y respetado, y donde los que perdieron en las urnas electorales apelaron siempre á las armas?...

De verificarse las elecciones que preparaba Carranza, habría salido triunfante Bonillas en

todos los Estados carrancistas. Pero Obregón, por ejemplo, que disponía del gobierno de Sonora, habría acaparado todos los votos de este Estado, sin dejarle unos cuantos á Bonillas, que también es nacido en el mismo país.

Tal vez en lo futuro existan verdaderas elecciones en Méjico. ¿Por qué no ser optimista?... Pero hasta ahora, cada candidato, allí donde se sentía con las manos libres, ha usurpado la voluntad nacional atribuyéndose todos los votos, mientras sus contrincantes hacían lo mismo contra él en otros lugares.

La candidatura de Bonillas tenía, sin embargo, una fuerza propia, además del apoyo del gobierno.

Esta fuerza era el cansancio de una parte del país, tal vez la parte más digna de lástima: la de los pequeños comerciantes y pequeños propietarios; la clase media más humilde, que viene sufriendo hace diez años los efectos de una revolución que nunca termina.

Yo he oído á esta gente; he visitado ciertas ciudades mejicanas, que pretenden vivir tranquilas, manteniéndose al margen de la revolución continua.

Las elecciones vinieron á perturbar hace pocas semanas la paz naciente á que ya se iban acostumbrando.

—¿Para qué elecciones?—me preguntaban—. Lo mejor sería que continuase don Venustiano. Yo no le aprecio; pero ya que está en el gobierno, mejor es que continúe él y que no venga otro.

Muchos de ellos repiten el cuento árabe del leproso, que tal vez no conozcan algunos de los lectores.

Un buen musulmán se apiada de un leproso que permanece inmóvil en el suelo con las úlceras cubiertas de moscas. Para aliviarle de este tormento, espanta con sus manos á los insectos, pero el paciente se indigna por su oficiosidad y le insulta.

—¿Por qué me tratas como el peor de tus enemigos?... Esas moscas estaban ya repletas de mi jugo y me resultaban tolerables. Ahora vendrán otras á reemplazarlas, furiosamente hambrientas, y empezará de nuevo mi tormento.

Una parte de Méjico estaba resignado á las moscas repletas del carrancismo. No amaba á Carranza, pero aceptaba el sucesor que éste le indicase, por parecerle menos voraz que las moscas del otro lado.

—Ya que se marcha el viejo, aceptemos á ese Bonillas. No ha hecho nada bueno, pero tampoco nada malo... Además, no es general.

Esto de habérselas con un general infunde

miedo á todo mejicano que ha visto revoluciones sin tomar parte en ellas.

* * *

La entrada de Bonillas en Méjico, cuando llegó de Wáshington como candidato del partido «civilista», hizo presentir á muchos la revolución que surgió un mes después.

Nunca entrada de triunfador se preparó con tanto ahinco como la del obscuro ingeniero méjicoamericano convertido en representante diplomático por la revolución y luego en candidato á la presidencia.

Un tren especial cargado de admiradores —muchos de los cuales no le habían visto nunca, pero lo adoraban—salió por orden del gobierno á esperarle en la frontera.

Dos muchachos con grado de general dirigían todos los preparativos, descargando á don Venustiano de esta labor mezquina.

El general Montes (unos treinta años), único tal vez de los caudillos revolucionarios que procede de una escuela militar, fué el presidente del comité civilista encargado de recibir á Bonillas, pronunciando discursos en su nombre.

El general Barragán, jefe del Estado Mayor presidencial, organizó la recepción en la ciudad, requisicionando todos los automóviles libres, re-

concentrando todos los funcionarios y amigos del gobierno, sin perdonar á uno sólo la falta de asistencia.

Yo he oído las protestas de algunos carrancistas de segunda categoría á propósito de esta recepción triunfal.

—Me ordenaron que llenase veinte automóviles con amigos. Firmé como que recibía veinte carruajes, y á la hora de la recepción sólo me enviaron dos. ¿Qué se han hecho los otros, que indudablemente figuran en la cuenta de gastos como pagados?...

Á pesar de estos olvidos insignificantes, la recepción resultó magnífica. Un interminable desfile de automóviles se desarrolló desde la estación hasta el alojamiento del candidato. Vivas á Bonillas, rugidos por la policía vestida de paisano y por todos los empleados humildes; flores arrojadas á granel por las señoritas hijas de los funcionarios; emoción general de esa gran masa innominada que tiene la costumbre de enternecerse cada vez que escucha una música y ve banderas desplegadas, sin necesidad de enterarse antes del motivo de la fiesta.

Pero los partidarios de Obregón también quisieron figurar en el acto. Una porción de generales y coroneles amigos del otro héroe se colocaron al paso de la manifestación.

Hay que saber lo que son los generales mejicanos creados por las revoluciones: muchachos agresivos y medio locos que la guerra civil hizo personajes, y para ir de la sala al comedor de su vivienda creen necesario ceñirse antes una canana cargada de cartuchos y una pistola-ametralladora. En otro artículo titulado *Los generales* describiré este tipo original y peligroso.

Los guerreros amigos de Obregón perturbaron la fiesta bonillista con excesos propios de un colegio en plena embriaguez.

Esparcieron sobre el pavimento puñados de clavos, haciendo estallar los neumáticos de los automóviles; arrojaron materias pegajosas y nauseabundas á los graves señores que ocupaban los carruajes.

Cuando Bonillas y su Estado Mayor salieron al balcón, los obregonistas empezaron á quemar materias fecales de olor demoniaco, que hicieron toser y aun llorar á *Flor de Té* y sus panegiristas.

No fué asunto fácil hablar al público. Los oradores del bonillismo tuvieron que iniciar sus discursos con una mano en la nariz, mientras abanicaban con la otra el aire. Pero como á pesar de esto, el general Cándido Aguilar, yerno de Carranza, empezó á exponer con una oratoria guerrera las ventajas del civilismo y la necesi-

dad de matar el militarismo, sus hostiles compañeros de armas abandonaron la ofensiva de los malos olores para pasar á la ofensiva de las malas palabras.

Á gritos dudaron de la virtud de las madres de todos los bonillistas—señoras á las que no habían visto nunca—, y el candidato y sus entusiastas, cansados ya de oirse llamar hijos de esto ó de aquello, apelaron á la fuerza pública, que no deseaba otra cosa, y acabó por llevarse á la cárcel á todos los alborotadores.

Desde entonces los sucesos se precipitaron.

Obregón, en plena fiebre oratoria, se lanzó por los Estados haciendo propaganda de su candidatura presidencial. Su argumentación no pecaba de confusa: «Si no consigo que me elijan presidente, será porque no quiere don Venustiano. Pero antes de que el viejo barbón falsee las elecciones, me levantaré en armas contra él.»

Y el «viejo barbón», que es de mal genio, respondía á estos retos lanzando la policía contra las reuniones obregonistas, para que apalease á los partidarios del general.

Además, Carranza pilló unas cartas en las que se probaba que Obregón se había puesto de acuerdo con algunos de los jefes de partidas que siempre han estado alzados en armas contra el gobierno. Y basándose en estas cartas, ordenó el

procesamiento de Obregón, le hizo regresar á la capital, é iba ya á meterlo en la cárcel, cuando se escapó.

Yo creo que, en los últimos tiempos, Carranza tuvo especial empeño en molestar incesantemente á su enemigo, para precipitar la revolución que éste venía preparando. Su política fué abortiva.

«Si se han de sublevar contra mí—se dijo—, cuanto antes sea mejor. Así resultarán menos importantes los preparativos.»

Durante la lucha electoral entre Obregón y Carranza, el señor Bonillas, causante involuntario de este duelo político, se mantuvo en segundo término, limitándose á obedecer á Montes, el presidente de su comité, el cual, á su vez, obedecía á don Venustiano.

¡Infortunado candidato! Yo le encontré muchas veces en el hotel, á la hora del almuerzo, rodeado de «entusiastas amigos» que venían á verle de las provincias por primera vez. En otras ocasiones estaba solo con su hijo, un joven estudiante que la mamá y las hermanas habían comisionado sin duda para que acompañase y asistiese á papá en esta aventura.

Aburrido Bonillas de los trabajos electorales, nuevos para él, salía por las tardes á recorrer en automóvil los alrededores de Méjico.

Un grupo de obregonistas de los de á caballo, antiguos guerrilleros, gente dura del campo, intentó raptarlo un anochecer, para tenerle oculto hasta pasadas las elecciones. Se entabló una batalla á tiros de revólver, como en una representación cinematográfica, entre los raptores y la policía que escoltaba á Bonillas en otros carruajes.

Quedó prisionero un general obregonista, antiguo campesino, que apareció «casualmente» en el lugar de la refriega.

—Usted intentaba secuestrar al embajador Bonillas—le dijo el jefe de policía.

—¡Secuestrar yo á ese infeliz!—exclamó el rústico caudillo—. ¿Para qué? ¿Qué puedo hacer con él?... ¡Si fuese don Venustiano!...

Desde entonces perdí de vista á Bonillas. Sus partidarios temblaban por su suerte. El hotel no era lugar seguro, y su comité, con los fondos del gobierno, lo instaló en una casa particular.

El candidato, sereno ante los peligros que abultaban sus correligionarios, mostró siempre gran lealtad y subordinación á Carranza.

—¿Adónde me llevan hoy? ¿Dónde quiere don Venustiano que vaya?...

Primeramente asistió á varias reuniones en la capital, con un público bien amaestrado, de gentes fieles al gobierno. Luego hubo que salir

á las capitales de los Estados, para contrarrestar con su presencia la propaganda de Obregón.

Aquí empezaron sus verdaderos padecimientos y peligros.

El personal de los ferrocarriles parece que es en gran parte amigo de Obregón. Además, los mejicanos no necesitan pertenecer al gremio de ferrocarrileros para cortar una vía férrea. Hacer volar un tren con dinamita ó destruir rápidamente una docena de kilómetros de rieles ha pasado á ser un arte nacional al alcance de todos, después de diez años de revoluciones.

El tren bonillista conoció las más novelescas peripecias al recorrer diversos Estados. En un lugar la locomotora se inmovilizaba á tiempo junto á la vía rota; en otro se hacía atrás, salvándose de caer en un foso; días después era el descarrilamiento completo, muriendo hechos pedazos varios soldados de la escolta del tren. Finalmente, la sublevación militar obregonista le sorprendía cuando andaba haciendo propaganda por el Estado de Jalisco. Los enemigos cortaban la retirada al tren levantando los rieles, y el candidato de Carranza tenía que regresar en automóvil por caminos extraviados.

Después de esto se eclipsó. Estaba en la ciudad de Méjico, pero ¿quién iba á acordarse de él?...

La atención de todos se reconcentró en Carranza y Obregón. Empezaba la guerra. Montes, el presidente de su comité, había pasado á mandar tropas; Cándido Aguilar, su orador belicoso, andaba por Veracruz reclutando gente para su suegro don Venustiano.

Y no se sabe más del señor Bonillas.

Como estaba en la ciudad de Méjico, habrá caído prisionero, indudablemente, de sus enemigos vencedores.

¡Tan dulcemente que vivía en Wáshington antes de que Carranza se fijase en su persona!... ¡Cómo deben haberse acordado él y su familia de aquellos días felices, que parecen lejanísimos y sin embargo transcurrieron hace solamente unos meses!...

Su vida no corre ningún peligro. Los revolucionarios vencedores, al apresarle en Méjico, habrán pensado lo que el general rústico detenido por la policía cuando el intento de secuestro:

—¿Qué podemos hacer con este buen señor?... ¡Si fuese «el viejo»!...

Además, Obregón es paisano suyo; los dos nacieron en Sonora y se conocen hace muchos años.

Yo sé que lo aprecia, aunque su aprecio no resulta muy grato para la vanidad de Bonillas.

Recuerdo lo que me dijo Obregón, con su iro-

nía de soldadote marrullero, al hablar de este rival en la lucha por la presidencia:

—Una excelente persona mi paisano Bonillas. Hombre serio, probo y laborioso. El mundo ha perdido un magnífico tenedor de libros... Si llego á ser presidente de la República, le ofreceré la gerencia de un Banco.

III

El ciudadano Obregón

Conocí personalmente á Obregón dos días antes de que huyese de la capital de Méjico, declarándose en abierta rebeldía contra Carranza.

Al llegar yo al país, este candidato andaba de propaganda electoral por lejanos Estados. Varios amigos míos que son partidarios entusiastas de él tenían empeño en que viese y escuchase á su ídolo.

—Así que vuelva Obregón, arreglaremos un almuerzo ó comida para que ustedes se conozcan.

Obregón, en realidad, no volvió. Lo hizo volver Carranza forzosamente, llamándolo á Méjico para procesarle por complicidad con los insurrectos que de antiguo estaban alzados en armas contra el gobierno.

Fué este un medio eficaz para cortar la propaganda de insultos y amenazas contra Carranza

que venía haciendo Obregón por diversos Estados.

Su forzoso viaje á Méjico conmovió á la gente de la capital, excitando aún más su curiosidad.

—¿Qué va á ocurrir?... ¿Se atreverá «el viejo» á meter en la cárcel «al manco», anulándolo como candidato?... ¿Se lanzará éste á la revolución para no perder su libertad?...

Y cuando muchos se hacían estas preguntas ansiosamente, temiendo las consecuencias de un rompimiento definitivo entre el maestro Carranza y su antiguo discípulo, mis amigos obregonistas me anunciaron la entrevista con su héroe.

—El general le espera á almorzar mañana.

Yo había exigido que el almuerzo fuese en un lugar público, á la vista de todo el mundo, para evitar torcidas interpretaciones. De realizarse en la casa de un amigo, podría significar para muchos una predilección mía por Obregón, y yo no deseaba aparecer como carrancista ni como obregonista.

Mi deseo se vió realizado con creces. El almuerzo fué en el *restaurant* Bac, el establecimiento más céntrico de la capital, y no en cuarto aparte, sino en la sala común, comiendo en una mesa inmediata á la plataforma ocupada por los músicos.

Más publicidad y menos secreto en nuestra

entrevista, eran imposibles. De todas las mesas cercanas podían escuchar lo que hablábamos. Y sin embargo, estas mesas estuvieron desiertas durante nuestro almuerzo.

Obregón era en aquellos momentos un personaje en desgracia, que podía levantarse y podía quedar también para siempre tendido en el suelo. Contaba con entusiastas amigos, pero tenía enfrente al viejo Carranza, tenaz en sus odios y de una energía indomable. Aún no había llegado la hora misteriosa en que la opinión sacude su inercia, yéndose de golpe á un lado ó á otro. Los tímidos se mantenían lejos; los hábiles calculaban aún, sin lograr salir de sus dudas.

El inquieto general era un valor enigmático. Con él se podía ir al ministerio ó al pelotón de fusilamiento. Era preciso esperar para ver claro. Y Obregón no podía contar mas que con los amigos fieles de siempre, contemplándole todavía de lejos los que husmean la hora favorable y son los primeros en correr hacia el futuro vencedor, decidiendo su triunfo.

* * *

Al entrar en el *restaurant* lo reconocí sentado á una mesa con un amigo, al que explicaba las excelencias de cierto *coctail* de su invención.

No vaya á creer el lector por esto que Obre-

gón es un alcohólico. Le tengo por hombre parco en la bebida. Durante el almuerzo, prefirió la cerveza al vino y muchas veces pidió agua. Pero como hombre que ha vivido á campo raso, sufriendo las inclemencias de la Naturaleza y sobrellevando malas noches, le gusta de tarde en tarde el trago aislado, con el único fin de tonificar sus fuerzas.

Igual error sería suponerlo un caudillo mejicano como los que hemos visto aparecer tantas veces en las películas cinematográficas y las revistas de *music-hall:* un personaje de color cobrizo y ojos oblicuos, con pelos duros y agudos como leznas; un indio vestido de general de opereta.

Obregón es blanco, puramente blanco, sin que se adivine en él una sola gota de sangre indígena. Es un español que podría pasearse por Madrid sin que nadie sospechase su procedencia del hemisferio americano.

—Mis abuelos eran de España—me dice—. Ignoro de qué provincia. Otros buscan con ahinco quiénes fueron sus ascendientes ó los inventan. Se suponen de origen noble, afirman descender de duques y marqueses. Yo sólo sé que los míos vinieron de España. Debieron ser pobres gentes empujadas á la emigración por el hambre.

El personaje empieza á diseñarse. Obregón es

un hombre que procura asombrar al que le escucha: unas veces con explosiones de orgullo, otras con empequeñecimientos de una humildad inesperada. Lo que le importa es decir siempre lo que no esperen los demás.

Es todavía joven: no ha pasado de los cuarenta, y su complexión parece recia y sanguínea. Se adivina en él un exceso de vida. Un extravasamiento de la sangre cubre sus carrillos de inflamadas venillas, lo que da un tono rojizo á su cutis moreno.

Su enemigo don Venustiano tiene también un extravasamiento de sangre en el rostro, pero es en la nariz, que aparece surcada de venas rojas, azules y verdes, iguales á las líneas sinuosas de una carta geográfica.

Los hombres de acometividad ofrecen todos una lejana semejanza con una ave ó un cuadrúpedo de presa. Los hay delgados y picudos como águilas; otros melenudos y arrogantes como leones; otros ondulantes y misteriosos como tigres. Obregón, corto de pescuezo, ancho de hombros, con unos ojillos penetrantes y fieros en ciertos momentos, recuerda al jabalí.

Es soltero, vive á lo soldado con un ayudante, antiguo hombre de campo, más rudo que él. Además, le falta un brazo, sólo puede dedicar una mano á su cuidado personal, y de aquí que el lla-

mado «héroe de Celaya» ofrezca un aspecto poco limpio.

Vestido de militar tal vez esté mejor; pero yo vi á un hombre con un sombrero de paja viejo y polvoriento, un pantalón arrugado y corto y una chaqueta algo mugrienta, una de cuyas mangas colgaba flácidamente vacía desde el hombro cortado á cercén.

Obregón parece despreciar todo adorno personal por una tendencia característica. Además, gusta de mostrarse mal vestido para halagar con esto al populacho mejicano, que así lo considera más suyo.

La falta de un brazo sirve para que todo el mundo lo conozca desde lejos y lo salude con entusiasmo.

Es el vencedor de Pancho Villa, el que acabó con su poder militar que casi puso al antiguo ladrón de ganados en el sillón de la presidencia de la República.

De Villa ya apenas se acuerdan en Méjico. Hablan más de él en los Estados Unidos que en su propio país. Hace años, era «el general» por antonomasia, y muchos alababan con entusiasmo sus talentos militares, viendo en él al hombre que se encargaría de exterminar á cuantos extranjeros osasen invadir el suelo nacional. Ahora no es mas que un bandido, y la gente evita men-

cionar su nombre. Aún dará mucho que hablar, pero su hora ha pasado.

Lo venció Obregón en dos tiroteos sangrientos llamados batallas, y esto basta para que actualmente el héroe de moda sea Obregón.

Además, Villa siempre se mantuvo entero, librándose de las balas con una buena suerte insolente, mientras que al «héroe de Celaya» le falta un brazo, uniendo á sus prestigios de héroe la simpatía del mártir.

Me siento á la mesa y empieza el almuerzo, un almuerzo que se prolonga de mediodía á las tres de la tarde.

Don Venustiano, siempre receloso, como gobernante de un país en el que todos pueden «darse la vuelta» y no se sabe con certeza quién es amigo, me habló días después de este almuerzo.

Fuí yo quien le dije francamente que había almorzado con su adversario.

—Sí, lo sé; pero ¿qué demonios tenían que hablar para que durase tantas horas?...

Y me miró fijamente en los ojos, como si pretendiese sondear mi pensamiento.

Obregón, en realidad, no tenía que decirme nada interesante. ¡Pero es un personaje tan digno de estudio!... ¡Resulta tan ameno escuchar horas y horas su facundia animada, pintoresca y alegre!...

Había escogido la mesa cerca de la orquesta para dar órdenes á los músicos. Tenía empeño en demostrarme que no es un soldado ignorante y que ama la música con entusiasmo... música mejicana, pues las otras músicas dicen muy poco para él. Y mientras la orquesta toca el «jarabe» y el «cielito» y las «mañanitas», Obregón habla y habla, sin dejar de engullir los pedazos que le va cortando uno de sus acompañantes, ya que él sólo puede valerse de una mano.

El general tiene una palabra invencible. Yo soy algo hablador, lo confieso, pero me repliego ante él, derrotado como un Villa, y me limito á escucharle.

Me cuenta su juventud. Está seguro de que nació para ser el primero en todas partes. No lo dice, pero lo hace sospechar con modestas insinuaciones. Se dedicaba en Sonora á corredor de garbanzos, y aunque sus ganancias eran humildes, está seguro de que hubiese sido con el tiempo el primer comerciante de Méjico: un gran millonario.

—Pero la revolución me perjudicó—añade con amargura—, pues me dediqué á militar y he llegado á general.

Lo que él no dice es que, á pesar del generalato, ha seguido comerciante. Sus enemigos afirman que además cumplió hace tiempo su deseo

de ser millonario. Es el monopolizador actualmente, según cuentan éstos, de todo el garbanzo que se produce en Méjico, producto que se exporta á España por ser allá de gran consumo. Añaden que los cultivadores tienen que vender sus garbanzos á Obregón al precio que él fija. Por algo se es héroe y se ha perdido un brazo en defensa de la Constitución.

Pero no tengo tiempo de pensar en estas cosas que propalan los enemigos. El general sigue hablando. Ahora relata anécdotas de la revolución y ciertas historias alegres, con un regocijo brutal y francote que recuerda las veladas en torno del fuego del campamento.

Adivino la popularidad de este hombre. Así habla con todos, con las mujeres de la calle, con los trabajadores que encuentra al paso, con los campesinos. Y las gentes simples se enorgullecen de que las trate con esta franqueza, de que las cuente cuentos para hacerlas reir un héroe nacional, el vencedor de Celaya, el antiguo ministro de la Guerra... que además perdió un brazo en un combate que consideran glorioso.

—A usted le habrán dicho que yo soy algo ladrón.

Miro en torno con extrañeza, y me convenzo al fin que es el general el que dice esto y que se dirige á mí.

No sé qué contestar.

—Sí—insiste—; se lo habrán dicho indudablemente. Aquí todos somos un poco ladrones.

Yo hago un gesto de protesta.

—¡Oh, general! ¿Quién puede hacer caso de las murmuraciones?... Puras calumnias.

Obregón no parece oirme y sigue hablando.

—Pero yo no tengo mas que una mano, mientras que mis adversarios tienen dos. Por esto la gente me quiere á mí, porque no puedo robar tanto como los otros.

Alegría general. Obregón celebra su chiste con una risa discreta de muchacho cínico, mientras los dos amigos que nos acompañan saludan la gracia del héroe con interminables carcajadas.

* * *

Este éxito oratorio le enardece. Quiere obsequiarme con nuevos relatos, tal vez para hacer ver que desprecia todo lo que han inventado contra él sus enemigos; tal vez por el placer de asombrarme y desorientarme con el espectáculo de un hombre que se desacredita á sí mismo.

—¿Usted no sabe cómo encontraron la mano que me falta?...

Sí, lo sé; como sabía también lo anterior, lo de ser menos ladrón que los otros por tener sólo un brazo. Pero, para no privar al general del

efecto oratorio que desea, afirmo que ignoro esta historia.

—Usted sabe que perdí en una batalla el brazo que me falta. Me lo arrebató un proyectil de artillería que estalló cerca de mí cuando estaba hablando con mis ayudantes.

»Después de hacerme la primera cura, mis gentes se ocuparon en buscar el brazo por el suelo. Exploraron en todas direcciones, sin encontrar nada. ¿Dónde estaría mi mano con el brazo roto?...

»—Yo la encontraré—dijo uno de mis ayudantes, que me conoce bien—. Ella vendrá sola. Tengo un medio seguro.

»Y sacándose del bolsillo un azteca (un azteca es una moneda de oro de diez dólares), lo levantó sobre su cabeza. Inmediatamente salió del suelo una especie de pájaro de cinco alas. Era mi mano, que, al sentir la vecindad de una moneda de oro, abandonaba su escondite para agarrarla con un impulso arrollador.

Segunda ovación de carcajadas. El hombre de la mano única se ríe de la travesura de su otra mano ausente, y yo río también, ya que su antiguo dueño así lo quiere.

—¿Usted sabe cómo le robaron el reloj al ministro de España?...

¡Ah, maligno! Este cuento no es contra él,

sino contra el otro: contra su enemigo y perseguidor... Pero quiero ignorarlo, para no privarle del placer del relato, y Obregón continúa:

—Acababa de presentar sus credenciales un nuevo ministro de España, y el presidente Carranza quiso obsequiarlo con un gran banquete oficial. Había que hacer bien las cosas. España era la primera nación de Europa que reconocía al gobierno de don Venustiano después de la revolución.

Y escuchando al «héroe» veo imaginariamente el gran comedor del castillo de Chapultepec, que recuerda los tiempos trágicos de Maximiliano, el emperador austriaco de Méjico. Contemplo á don Venustiano de frac, con la barba blanca y la nariz tricolor; enfrente al ministro de España; á los lados Obregón, ministro de la Guerra; Cándido Aguilar, ministro de Relaciones Exteriores; el apuesto Barragán con un uniforme nuevo para la solemnidad... y todos los demás personajes creados por «el primer jefe».

—De pronto—continúa Obregón—, el ministro de España se lleva una mano al chaleco y palidece. «¡Caramba, me han robado el reloj!», grita. Era un reloj antiguo de oro y brillantes, una joya, recuerdo de familia.

»Silencio completo. Me mira á mí, que estoy sentado junto á él. Precisamente es el lado donde

me falta el brazo. Yo no puedo haber robado su reloj. Mira al que está en el lado opuesto. Es Cándido Aguilar, el yerno de don Venustiano. Á éste no le falta un brazo, pero tiene casi paralizada una mano, casualmente la que está del lado del ministro. Tampoco puede ser éste el autor del robo. Y convencido de que no recobrará jamás su alhaja, el diplomático español pasó el resto de la comida murmurando dolorosamente:

»—¡Me han robado mi reloj! ¡me han robado mi reloj! ¡Esto no es un gobierno; esto es una cueva de ladrones!

»Al levantarse de la mesa, don Venustiano se aproxima á él con su aire grave y venerable. «Tome usted y calle de una vez.» Y le entrega su reloj.

»El diplomático no puede contener su asombro. ¡Un hombre que no estaba á su lado, sino enfrente de él!... Y grita con sincera admiración:

»—¡Ah, señor presidente! Por algo le llaman á usted «el primer jefe».

Como ahora se trata de Carranza, las risas suenan más estrepitosas y prolongadas.

* * *

Decididamente, Obregón es un excelente compañero de mesa. Su charla amena resulta inagotable.

Pasa de los cuentos á hablar de sus campañas electorales. Se siente tan orgulloso de sus discursos como de sus batallas victoriosas. El general ha nacido orador, y como todos los que se han instruído á última hora bajo su propia iniciativa, muestra una marcada predilección por las frases sonoras y teatrales que no dicen nada.

Me invita á asistir á uno de sus mítines electorales, para que le oiga hablar al pueblo. Anda en estos momentos preocupado por una gran manifestación que preparan los obreros de Méjico en su honor y á la cabeza de la cual marcharán mil quinientas mujeres, todas las costureras de la capital. Las mujeres muestran una afición puramente espiritual por este soldado francote, que habla con todos como si fuesen sus iguales.

Me expone su programa con frases truncadas y majestuosas. «Democracia»... «respeto á las leyes»... «cumplir las promesas que hizo la revolución y que el primer jefe ha olvidado»... «repartir tierras á los pobres». El principal argumento á favor de su candidatura, el de más peso, se lo calla, pero yo lo leo en sus ojos.

«Además—piensa—, yo hice presidente á don Venustiano; yo le llevé triunfante hasta el sillón presidencial, desde Veracruz á Méjico. Él fué jefe de la nación por mis esfuerzos. Ahora me toca á mí. ¿Hay nada más justo?...»

Como Obregón ha olvidado ya sus chistes y cuentos, para hablar con la gravedad de un futuro hombre de Estado, pasa insensiblemente de la oratoria á la literatura.

El general resulta al fin un colega, un hombre de letras. Ha escrito un libro en el que relata sus campañas. Es esto una costumbre de todos los guerreros ilustres, victoriosos y célebres, á partir de Julio César. ¿Por qué había de privarse el antiguo corredor de garbanzos de escribir también sus *Comentarios?*...

Promete enviarme un ejemplar del libro; pero por si acaso sus peleas con Carranza le impiden cumplir esta promesa, sigue hablando de la obra.

Se expresa con sencillez y modestia. Él sabe que las batallas de Méjico no pueden compararse con las de Europa; sabe también que no es mas que un civil dedicado á militar, el ciudadano Obregón improvisado estratega y que ha tenido alguna suerte.

Yo le escucho con verdadera simpatía. Lo considero en este momento como el hombre de más mérito y mayor atracción que he conocido entre todos los generales mejicanos creados por la revuelta nacional.

Pero de pronto cambia el viento. Los hombres nunca llegan á dejarse conocer verdaderamente. Obregón se atusa el puntiagudo bigote, sonríe

orgulloso de su modestia y se echa atrás en el diván.

—Cuando yo desempeñaba el Ministerio de la Guerra, un día, en un banquete de la presidencia, me buscó el ministro de Holanda, que era militar. «General—me dijo—, ¿de qué arma procede usted? ¿Artillería?... ¿Caballería?...» En vista de mis victorias, me creía un militar profesional, y se quedó asombrado cuando le dije que sólo había sido comerciante de garbanzos en Sonora. No podía aceptar la verdad.

Se detiene unos momentos para paladear la impresión que sus palabras causan en nosotros.

—Otra vez, vino á buscarme el ministro de Alemania. Usted lo conocerá de fama.

¡Vaya si lo conozco! Es el que durante la guerra última aconsejaba á los gobernantes mejicanos contra la Europa aliada, sugiriéndoles la fantástica posibilidad de reconquistar California y Arizona; es el que se presentaba en las ceremonias públicas vestido de gran uniforme prusiano y cubierto de condecoraciones para que lo aplaudiese un populacho pagado ó inconsciente, que silbaba á continuación el sobrio frac negro del representante diplomático de los Estados Unidos.

—Pues bien; el alemán vino á verme, y con su acento cortado y breve de militar acostum-

brado al mando, me dijo: «General, he leído su libro y necesito dos ejemplares; uno es para Su Majestad Imperial Guillermo II y otro para el archivo del Estado Mayor alemán. Allá en Berlín todos se preocupan de usted. Están asombrados de que un civil, sin estudios militares, haya podido realizar unas campañas tan notables y nunca vistas.»

—¿Y usted le dió los libros?

—No; á mí no me gustan los honores. Le dije que si los quería los comprase; y creo que los compró, enviándolos á su país.

¡Ah, farsante alemán!... ¡Así manejabas á Méjico!...

El «héroe» recuerda sin duda mi odio al militarismo germánico, y para mostrarse imparcial salta hasta el Extremo Oriente.

—También el ministro del Japón me pidió permiso para traducir mi libro á su lengua. Mis campañas parece que interesaron mucho á los militares de allá.

—¿Y se ha publicado la traducción?

—No sé; yo no me ocupo de esas cosas.

Un largo silencio. Miro algo desconcertado á este hombre complejo, á pesar de su simpleza primitiva, que en el corto espacio de unos minutos alarma por su malicia ó asombra por su inocencia.

Y sin embargo, es el hombre más popular y temido en estos momentos, el mejicano que más hace hablar de su persona. Unos le aman hasta querer morir por él; otros le detestan y desean su exterminio, recordando los actos bárbaros que ordenó en los primeros tiempos de la revolución triunfante, inspirado sin duda por las genialidades perversas de un carácter desigual.

Tiene para las muchedumbres el encanto de su franqueza algo rústica, de su malicia bonachona á ratos, de su alegría medio salvaje; tiene el prestigio de su valor, que yo reconozco, pero del que dudan sus enemigos; mejor dicho, de su agresividad de jabalí cuando pretenden acorralarlo; y sobre todo esto, tiene... que le falta un brazo.

Perdone el lector que insista sobre la falta del brazo. En Méjico tiene más importancia que en otro país. El pueblo mejicano, que con tanta facilidad toma el fusil y se mata las más de las veces sin saber por qué, es al mismo tiempo un pueblo sentimental y propenso al enternecimiento. Dispone con indiferencia de su propia vida, está pronto á darla por cualquier cosa, y en cambio llora cuando uno de sus héroes amados sufre la menor contrariedad. Los mejicanos del pueblo descienden de aquellos aztecas, magníficos jardineros que cultivaban con amor las

flores y al mismo tiempo les arrancaban el corazón, estando vivos, á unos cuantos millares de prisioneros en cada una de sus fiestas religiosas. Poesía y sangre; sentimentalismo y muerte.

Es lástima que el brazo perdido de Obregón no saliese de su escondrijo al ver el azteca de oro que le mostraba el ayudante, como se afirma en el cuento. ¡Los honores populares que llevaría recibidos!...

Hay precedentes. El general Santa Anna fué un Obregón de su época, aunque este último no haya sido presidente hasta ahora, y el otro, entre sublevaciones y elecciones amañadas, ocupó la presidencia repetidas veces.

El pueblo mejicano odiaba á Santa Anna después de su infausta guerra contra los separatistas que habían constituído la República independiente de Texas, los cuales lo derrotaron, haciéndolo prisionero. Pero en esto, se le ocurrió al gobierno francés del rey Luis Felipe ordenar una expedición marítima contra Méjico á causa de ciertas reclamaciones diplomáticas, y los franceses desembarcaron por unas horas en Veracruz.

Santa Anna corrió á combatirlos, y el último cañonazo de los invasores le hirió en una pierna, que los cirujanos tuvieron que cortarle.

Jamás brilló tan alta y tan pura una popula-

ridad. La pierna de Santa Anna, convenientemente salada, fué conducida de Veracruz á Méjico, con una pompa heroica. El gobierno decretó para el miembro amputado honores de capitán general muerto en campaña, y entre vítores, cañonazos y músicas fué depositado en el centro de la capital, elevándosele un monumento.

Pero hay que temer los cambios de opinión y las cóleras de los pueblos sentimentales. Años después, Santa Anna fué nuevamente desgraciado en sus guerras, y los mejicanos, necesitando descargar su cólera sobre alguien, ya que no tenían á mano al general, echaron abajo el mausoleo dedicado á su pierna heroica. El jamón humano, que ya estaba hecho cecina, fué arrastrado por las calles y arrojado finalmente á un muladar.

* * *

Obregón me habla de un amigo suyo, periodista de gran talento, cuyos artículos son dignos de admiración. Está enfermo, casi moribundo; hace meses que no se mueve de la cama, y se alegraría mucho de verme.

Convenimos el general y yo hacer esta visita juntos. Me marcho al día siguiente para visitar las minas de plata de Pachuca, y estaré dos días fuera de Méjico.

—Cuando usted vuelva aún me encontrará aquí—dice Obregón—. Todo eso de que el viejo quiere procesarme y meterme en la cárcel es música. Nos veremos; le daré mi libro; iremos á ver á mi amigo...

Al regresar yo á Méjico ya no estaba el general. Salió huyendo de la ciudad para no volver hasta ahora, que se ha presentado con aspecto de triunfador.

Hizo bien en huir. Lo de las amenazas del «viejo» no era música.

Si tarda unas horas en irse, el presidente lo mete en la cárcel.

Se lo oí decir al mismo Carranza la última vez que hablé con él.

IV

Más héroes de la revolución

El segundo candidato á la presidencia de la República, don Pablo González, es un personaje que ha permanecido en segundo término, como obscurecido por la vida exuberante y la popularidad agresiva de Obregón.

Yo no he visto de cerca al general González. Es una personalidad que no inspira un deseo vehemente de conocerla, como su contrincante Obregón y otros personajes de las revueltas mejicanas. La figura de don Pablo resulta indecisa; parece escapar á la atención del observador por más que ésta se reconcentre. Los retratos le muestran como un hombre algo subido de color, de cejas y bigote muy negros y poblados y unos lentes obscuros que no dejan ver sus ojos.

Este último detalle ha debido inquietar muchas veces á Pancho Villa, al que le inspiran

tanto recelo los anteojos azulados de don Venustiano.

Son numerosos los que tienen á don Pablo por hombre de gran disimulo, y consideran que usa estos cristales ahumados para evitar que nadie lea en sus ojos sus impresiones. Yo conozco algunos amigos de don Pablo, que juran que éste es un buen hombre. Conozco también á muchísimos enemigos suyos que lo pintan como un falso buen hombre, hipócrita y tortuoso, de una bondad puramente exterior y una historia personal llena de hechos censurables.

Su biografía militar resulta asombrosa.

—Es el general que ha mandado mayores fuerzas en la revolución y ha tenido el honor de no ganar jamás el más pequeño combate.

Así me pintaron á González el presidente Carranza y sus amigos más íntimos, un día que les pregunté sobre la personalidad de este caudillo.

Don Venustiano añadió con una sinceridad que no sé si era verdadera:

—Pero don Pablo es tan serio, tan respetable...

Efectivamente, la profesión más prominente del general González parece haber sido la de hombre serio y bondadoso, aunque sus enemigos afirman que jamás fué una cosa ni otra.

El público, que habla de Obregón familiarmente y llama á secas por sus apellidos á casi

todos los personajes revolucionarios, no puede nombrar á este general sin anteponer á su nombre el tratamiento de *Don*. González es siempre don Pablo, como Carranza es don Venustiano y como Díaz era don Porfirio. Aparte de estos tres *dones*, no hay más en Méjico. Á nadie se le ocurrirá nunca llamar don Álvaro al general Obregón, que se familiariza con todos.

Cuando éste y don Pablo hacían propaganda, cada uno por su lado, bajo el gobierno de Carranza, para obtener la presidencia, se vió un raro movimiento en la opinión. Los conservadores, las personas tranquilas, las gentes de ideas religiosas, tuvieron que escoger un candidato, y todos instintivamente se inclinaron hacia don Pablo.

El tal don Pablo ha tratado con pocos escrúpulos el derecho de propiedad cuando iba al frente de sus tropas; ha fusilado á muchas gentes públicamente, y además sus enemigos le acusan de haber dispuesto otras muertes en secreto. En punto á creencias religiosas, no ha dado muestra hasta ahora de tenerlas determinadas y firmes. Pero todos los prudentes, á quienes inspiran miedo la acometividad y la exuberancia de Obregón, tuvieron empeño en olvidar la historia pasada de don Pablo é hicieron su apología electoral repitiendo siempre lo mismo:

—¡Es un hombre tan serio!... ¡Es un hombre que piensa tanto las cosas antes de hablar!...

Hay gentes que se marchan por instinto con el que no habla, creyendo que el silencio es el signo de toda sabiduría; del mismo modo que hay otros que sólo se sienten cautivados por los que hablan mucho y muy fuerte.

* * *

Don Pablo González, cuentan sus enemigos que en su juventud era mozo de molino con cuarenta pesos mejicanos al mes. Ahora figura como uno de los hombres más ricos de la nación en propiedades rústicas y en dinero.

¿Qué ha hecho para realizar este milagro?... Simplemente ser general.

No ría el lector ni dé á esto una interpretación maliciosa. Ser simple general en Méjico es mucho más, desde el punto de vista pecuniario, que ser generalísimo en Inglaterra, Francia, ó los Estados Unidos.

Se entiende que hablo del general que manda tropas, pues el que no manda á nadie es un pobre diablo que cobra un mezquino sueldo—si es que no se lo quitan por ser sospechoso al gobierno—, y no tiene más esperanza que una nueva revolución para poder tomar el mando de algunas fuerzas.

En Méjico no existe una administración militar como en los otros países, y el jefe de las tropas recibe directamente del gobierno el dinero necesario para su sostenimiento, distribuyéndolo á su gusto. El presidente se guardará muy bien de pedirle explicaciones y aclaraciones sobre los gastos. Estas curiosidades, molestas para un *gentleman,* son contestadas siempre con un levantamiento revolucionario.

De aquí que un general con mando no necesite atentar á la propiedad de los individuos para crearse rentas. Le basta con apropiarse una parte de los dineros del gobierno.

Lo malo es que la mayoría de los generales tienen dos manos, como decía Obregón, y mientras con la una acarician las cajas del gobierno, con la otra—para que no esté ociosa—arañan también las de los particulares.

Todo jefe de cuerpo de ejército recibe al mes una respetable cantidad de miles de pesos para el forraje de su caballería. Se embolsa el dinero, y á continuación da una orden para que los caballos salgan á pastar en los campos de los particulares. Esto del forraje es para los pueblos de Europa, donde la caballada militar no puede comer gratuitamente en los terrenos de los civiles sin que éstos griten como si les robasen.

Además de los caballos, hay los hombres. Los

ejércitos mejicanos se triplican y cuadruplican cuando figuran sobre el papel en la Tesorería del Ministerio de la Guerra; luego se empequeñecen cuando llega el momento de entregar los sueldos.

El general que asegura tener á sus órdenes diez batallones no tiene en realidad mas que diez esqueletos de batallón, y á su vez, el coronel hace lo mismo con su unidad y el capitán con su compañía. Todos comen raciones y cobran pagas por individuos que no existen.

Ni esto es de ahora, ni debe imputarse únicamente á los gobiernos surgidos de la revolución. Esto ha sido siempre en Méjico, desde los primeros tiempos de la República, y constituye un vicio nacional que nadie se atrevió á desarraigar.

El mismo don Porfirio Díaz, con su carácter autoritario y sus treinta años de dominación, en los que no existió otra voluntad que la suya, tuvo, sin embargo, que transigir con este abuso y no se atrevió nunca á modificarlo, á pesar de que, indudablemente, lo conocía.

Yo, hasta que estuve en Méjico, no pude explicarme la rapidez fulminante con que fué batido y arrojado del poder el viejo Díaz.

Tenía un ejército, un verdadero ejército moderno, igual en organización á los de las nacio-

nes más poderosas. Sus regimientos estaban bien uniformados, equipados y organizados; sus oficiales iban á ejercitarse prácticamente en las mejores escuelas de Europa. Es más: ciertas bandas de música de sus cuerpos distinguidos hacían viajes al viejo continente para figurar con éxito en los concursos más famosos. Los caudillos de don Porfirio eran profesionales de la guerra, militares de oficio que habían estudiado en las escuelas y sabían muchísimo más que todos los guerrilleros improvisados á los que la revolución dió título de general.

Y sin embargo, bastó que el romántico Madero pasase del apostolado á la acción y se lanzara al campo con unas muchedumbres sin disciplina tan ignorantes de la guerra como él, que no sabía nada, para que todo el ejército federal se declarase vencido al poco tiempo.

La nación aceptaba de buena fe que el ejército mejicano se componía de cien mil hombres. Los vecinos de la capital veían que eran muy pocos los soldados de la guarnición, pero se consolaban diciendo:

—Es en Guadalajara donde está el principal núcleo de fuerzas.

Y los de Guadalajara declaraban á su vez que este núcleo estaba en Puebla, y los de Puebla en Veracruz, y así sucesivamente se iban engañando

unos á otros, creyendo en la realidad de un ejército fantasma que sólo existía verdaderamente en el bolsillo de los generales encargados de mandarlo.

El único que conoció la verdad exactamente fué tal vez el viejo Díaz. Pero él no creía en la posibilidad de una sublevación del pueblo; él no pudo imaginarse nunca que Madero, al que tenía por un señorito loco, llegara á hacer una revolución. Lo único que él temía era que los generales se sublevasen—como él se había sublevado de joven contra los presidentes de entonces—, y para evitarlo se hizo el ciego voluntariamente, dejándolos robar.

De los cien mil hombres que durante años y años figuraron en el presupuesto del Ministerio de la Guerra, los generales de don Porfirio más reputados como excelentes estrategas sólo pudieron sacar á campaña en el momento de la revolución unos catorce mil, aparte de los cuerpos de desecho que quedaron guarneciendo las ciudades. Únicamente así se comprende la rapidez con que fué vencido Díaz y el triste papel que desempeñó su ejército tan cuidado, tan mimado, tan bien pagado durante treinta años, cuando tuvo que hacer frente á unas muchedumbres desorganizadas.

Don Pablo González es, como ya dijimos, el

general de la revolución que ha mandado fuerzas más numerosas lo mismo en la guerra que en la paz. De aquí que sus enemigos se entretengan haciendo cálculos fantásticos sobre las montañas de forraje que lleva devoradas y los miles de soldados paridos por su imaginación.

Estas suposiciones—que bien pudieran ser inexactas, aunque justificadas en parte por la enorme é inexplicable fortuna de don Pablo—nada tienen de extraordinarias. ¿A qué personaje no le han imputado algún robo en Méjico?... El pueblo mejicano, amigo de generalizaciones, comprende á todos en el mismo juicio, para terminar más pronto, y tacha de ladrones á cuantos han pasado por el gobierno.

El venerable Carranza no ha escapado á esta imputación, y hasta figura como el primer jefe de los que se apropian lo ajeno.

Los burlones de la capital hace tiempo que sustituyeron la palabra «robo» con la de «carranceo», y se entretenían en corrillos y cafés conjugando el verbo robar en la siguiente forma:

«Yo carranceo... tú carranceas... él carrancea.»

Debo decir que considero esta afirmación calumniosa é hija del apasionamiento político. Don Venustiano es, de todos los hombres de su partido, el que procede de una situación social más

acomodada. Nunca fué enormemente rico, pero jamás ha sido pobre. Antes de lanzarse á la revolución era un propietario rural, un «ranchero», con buenos campos y ganados.

Carranza tiene defectos, pero no creo que figure entre éstos un exagerado amor al dinero. Lo que él ama es el poder, la dirección de los hombres, ser el primero allá donde esté.

Esta pasión dominante no deja tiempo para amontonar riquezas, pero hace que un hombre que se cree honrado tolere y proteja muchas veces los robos de otros.

Don Venustiano necesitaba tener contentos á los que le seguían. Ansió reunir en torno de su persona á todos los que eran capaces de servirle como hombres de pelea, y él, tan altivo, tuvo que aguantar sus insolencias y halagar sus vicios.

A su sombra se ha robado mucho; esto es indiscutible. Algunas veces, el antiguo «ranchero» se encolerizaba, recordando sus indignaciones de otro tiempo cuando un cuatrero le había robado una vaca ó un caballo. Hablaba de fusilar á los ladrones de la nación, pero al poco rato desistía de ello, pensando que corría el peligro de quedarse casi solo, y acababa por transigir con los delincuentes.

Si Carranza se hubiese empeñado en respetar

con exactitud las prescripciones de la moral, estaría fuera del poder hace mucho tiempo, ó tal vez no habría llegado á la presidencia.

En Méjico me contaron una anécdota de sus primeros tiempos de gobernante, cuando acababa de entrar vencedor en la capital.

Un representante diplomático fué á saludarle oficiosamente en su palacio de la Presidencia, dejando en el patio un hermoso automóvil americano que acababa de comprar.

Al salir de la visita, el diplomático buscó inútilmente su flamante vehículo. Los soldados de la Guardia presidencial le sacaron de dudas. Un caudillo de los más fieles al presidente y de los más temibles había montado en el vehículo, dando órdenes al *chauffeur*.

Creyendo el diplomático en una equivocación, hizo saber lo ocurrido al presidente, y éste envió uno de sus ayudantes al cuartel en que vivía el general para estar más en contacto con un regimiento compuesto de guerrilleros de su provincia que lo obedecían ciegamente.

El enviado de Carranza no pudo ser peor recibido.

—Dígale usted al viejo—contestó el rústico caudillo—que el automóvil me gusta y me lo guardo. Para eso hemos hecho la revolución; para eso lo hemos nombrado presidente... Ade-

más, si no está conforme, que venga en persona á quitarme el carruaje y lo recibiré á balazos.

Don Venustiano, que es hombre de empuje, al escuchar á su ayudante bufó de cólera y mostró deseos de ir en persona á exigir el automóvil. Luego se acarició la blanca y rizosa barba, pensando en que era presidente de la República.

Y dió orden para que comprasen otro automóvil igual y lo entregaran al diplomático.

* * *

Don Pablo González ha sido el que decidió la caída del presidente Carranza. Éste, en realidad, lo favoreció en toda ocasión, dándole los mejores puestos del ejército. Pero el eterno general con mando activo de tropas quiso ser presidente, y como Carranza se empeñó, con su característica tenacidad, en imponer la candidatura de Bonillas, don Pablo ha acabado por declararse su enemigo.

Mientras yo estuve en Méjico—aun mucho después de haberse colocado Obregón en actitud rebelde—, don Pablo observaba una conducta nebulosa.

Nadie creyó nunca que González fuese capaz de sublevarse, y esto sirvió para que á nadie se le ocurriese igualmente que podría muy bien secundar la sublevación de otro.

Don Pablo no es de los que dan el primer golpe. Eso resulta impropio de personas serias y prudentes; eso queda para los Obregones. Pero es hombre que da muy bien el segundo golpe, cuando el enemigo está desorientado y menos lo espera. Don Pablo sabe escoger su hora.

Sin la intervención revolucionaria de este morigerado y prudente caudillo, Carranza estaría todavía en estos momentos en su palacio de la ciudad de Méjico, dando órdenes á sus generales fieles para combatir á Obregón y sus partidarios.

La historia de la reciente revolución, que todavía no ha terminado, puede resumirse del siguiente modo: Carranza intentó imponer á su candidato Bonillas en todo Méjico y dominar á Sonora, donde estaba el centro del obregonismo.

En Sonora se preparaba un movimiento contra él; pero antes que los preparativos se terminasen, Carranza hostigó á Sonora, atropellando sus derechos de Estado autónomo, para de este modo acelerar la rebeldía y que estallase prematuramente.

Sonora acabó por sublevarse y Carranza sorprendió á su vez á Obregón, intentando meterlo en la cárcel cuando éste parecía más convencido de que le respetarían.

Obregón huyó y sus partidarios militares em-

pezaron á sublevarse, pero con un visible desconcierto, con una indiscutible falta de unidad, espontáneamente, cada uno por su lado, como lo hace todo partido poderoso que experimenta cierta desorientación ante un ataque inesperado del enemigo y tiene que atacar á su vez antes de tiempo.

Mientras tanto, Carranza juntaba numerosas fuerzas en torno á la capital, enviaba á su yerno Cándido Aguilar á reunir nuevas tropas en Veracruz, intentaba crearse un último refugio en caso de desgracia en esta plaza fuerte, como lo consiguió hace algunos años al ser arrojado de Méjico por Villa y Zapata.

Yo no afirmo que Carranza hubiese acabado por triunfar. Es casi seguro que al final hubiese triunfado Obregón, por ser esta una revuelta puramente militarista y sentir la mayoría de los oficiales una gran simpatía por su antiguo ministro de la Guerra.

Pero la campaña no empezó muy bien para Obregón. Los encuentros entre las tropas del gobierno y los insurrectos fueron sin efecto decisivo. Es indudable que la lucha entre Carranza y su antiguo ministro de la Guerra, más que una revolución iba á resultar una guerra larga, de meses y tal vez de años.

Pero en esto intervino inesperadamente el

serio y prudente don Pablo, como uno de esos personajes olvidados desde el primer acto, que surgen en el último para decir la palabra decisiva del drama.

Como golpe inesperado y en mitad de la frente, no fué despreciable el que le dió á Carranza este bondadoso señor.

El presidente estaba reuniendo junto á la capital todos los miles de hombres de que podía disponer, pero dió la casualidad que los cuerpos militares reunidos habían estado todos bajo el mando de don Pablo. ¿Qué tropas mejicanas son las que no ha mandado este señor en su larga y remuneradora vida militar?...

El general González salió una noche de Méjico, cuando don Venustiano sólo tenía su pensamiento puesto en Obregón, y sublevó la mayor parte de dichas fuerzas.

Parece que el acto de sublevarse deba ser forzosamente lo mismo con un caudillo que con otro, y sin embargo no es cierto. La gravedad de la sublevación depende mucho del nombre del jefe. Sublevarse con Obregón representaba la certeza de morir fusilado si se caía prisionero de Carranza. Sublevarse con don Pablo era de menos gravedad, casi un acto distinguido de vida social, un juego de salón. Y los batallones reunidos por Carranza siguieron sin dificultad á don Pa-

blo. ¡Un hombre tan serio, tan prudente, tan incapaz de malas palabras!...

Sonora está muy lejos de la ciudad de Méjico; los otros Estados por donde andaba Obregón también están muy lejanos. Total, que había mucha tierra de por medio y eran precisos largo tiempo y muchos combates para que la insurrección llegase hasta la capital.

Pero el prudente y mesurado don Pablo, sublevándose casi al pie de la cama de Carranza, dió un golpe inesperado de teatro que deshizo en unas cuantas horas todas las precauciones del gobierno.

Cuando don Venustiano intentó retirarse á Veracruz, ya no pudo. Don Pablo ocupaba el camino. Además, Puebla domina esta ruta y precisamente es la única ciudad donde González tiene verdaderamente partidarios.

Puebla es reaccionaria y religiosa por tradición, y simpatiza con don Pablo á falta de otro personaje más á su gusto. Yo vi en las cercanías de las iglesias de Puebla numerosos carteles que decían: «Si desea usted el respeto de las creencias religiosas y la paz, vote por don Pablo González.»

Gracias á la bonachona iniciativa de este hombre excelente en apariencia, Carranza, que se consideraba aún poderoso, tuvo que escapar

horas después, y anda ahora errante por las montañas.

Estos milagros no son nuevos en la vida de González. Hace medio año nada más, se propuso acabar con el rebelde Zapata y lo consiguió. Él no ha ganado nunca una batalla, pero, según afirman sus enemigos, para deshacerse con prontitud y limpieza de un hombre que le estorbe, ó cuya muerte le convenga, no tiene rival.

Hasta los mayores partidarios del gobierno, que forzosamente debían odiar á Zapata, protestaron de la manera innoble que empleó don Pablo para acabar con él. Según cuentan muchos, hizo que un guerrillero de su confianza se incorporase á Zapata con algunos hombres. Zapata, receloso de esta adhesión, exigió á su nuevo adepto que hiciese algo sonado contra las tropas gubernamentales. Don Pablo, entonces, arregló las cosas para que uno de los destacamentos que estaban á sus órdenes fuese sorprendido por el guerrillero. Y éste fusiló á todos los soldados que quedaron con vida después de la sorpresa, para que Zapata se convenciese de que se unía á él de buena fe. Después de esto, Zapata tuvo confianza en el agente de don Pablo, hasta que éste lo condujo á una emboscada, donde lo acribillaron á balazos.

El heroico caudillo González pudo ostentar

desde entonces en su historia la muerte de Zapata, que ningún otro general había logrado conseguir.

¡Hombre muy serio! ¡Hombre muy prudente! ¡Un amigo á toda prueba!... Ahora, después de la caída de don Venustiano, él y Obregón marchan juntos momentáneamente.

Pero Obregón, hombre de frases, es muy posible que haya dedicado ésta á su camarada:

—Este don Pablo es de una bondad que mete miedo.

* * *

Uno de los espectáculos más graciosos en los meses anteriores á la actual revolución fué la manía de civilismo que les entró á todos los militares.

La candidatura del «civilismo» la representaba Bonillas, aunque sus dos principales propagandistas eran dos generales: Cándido Aguilar y Montes.

Los otros candidatos, Obregón y González, no quisieron ser menos hombres civiles que el pacífico Bonillas.

—Aquí no hay militares ni militarismo—clamaba tribuniciamente Obregón—. Los militares de oficio se acabaron en Méjico con la caída de don Porfirio. Nosotros somos hombres del pueblo,

simples ciudadanos que tomamos las armas para defender la causa de la revolución. Ahora, al quedar la revolución triunfante, devolvemos esas armas y somos unos hombres como los demás.

Y don Pablo, que habla poco, como hombre que no quiere comprometerse, se limitaba á añadir:

—Digo lo mismo.

Es más: el impetuoso Obregón, antiguo ministro de la Guerra, pidió á Carranza que le diese de baja en el ejército, y fingía enfadarse cuando alguien le llamaba «general». No quería ser mas que el ciudadano Obregón, acaparador de garbanzos en Sonora.

Pero en esto no le siguió don Pablo. Él quiso continuar siendo general, aunque convencido de que nunca mandaría bastantes tropas para su gusto. Y ya que no podía hacerse llamar el ciudadano González, propietario y rentista, procuró compaginar su uniforme de general con el más exagerado pacifismo.

Casi gastó tanto dinero en retratos suyos como gastó el gobierno en retratos de Bonillas. En todos los pueblos de Méjico ostentaban las paredes la efigie de don Pablo, con sus cejas pobladísimas, su recio bigote, una mirada inquietante, que por primera vez se mostraba libre de los lentes ahumados, y al pie una palabra en

latín, para que le entendiesen mejor los pobres mestizos que no saben leer: *Pax*.

En uno de los principales teatros de Méjico, los autores de una revista en la que aparecía Bonillas vestido de pastorcita-*Flor de Té* y Obregón hablaba de sus garbanzos y su firme voluntad de ocupar la presidencia aunque fuese á garrotazos, don Pablo se presentaba al final del modo más cómico. Iba con uniforme de campaña; su aspecto era amenazante; los lentes negros y el bigote enorme le daban un aire feroz. Avanzaba lentamente tirando de un enorme cañón, y al llegar á las candilejas murmuraba con una voz fosca, igual al rugido de una fiera hambrienta: «¡Yo soy pacifista!»

«Civilismo», «paz», todo mentira. El ciudadano Obregón fué siempre general, y el general González, el hombre de la *Pax*, ha repetido una vez más el golpe traicionero que constituye su mejor habilidad.

Carranza, su antiguo jefe y maestro, iba á dar la presidencia á otro, y los dos volvieron á ser militares, entendiéndose momentáneamente, sin perjuicio de hacerse la guerra mañana.

Y Méjico ha tenido una revolución más, como si no llevase bastantes en su historia.

V

Los familiares de Carranza

De todos los hombres que rodearon á Carranza en los últimos años—lo mismo los que han permanecido fieles que los que se insurreccionaron haciéndole caer de la presidencia—, él es, indudablemente, el de mejor origen social.

Cuando los actuales generales y ministros vivían como humildes obreros, pequeños comerciantes, abogados faltos de pleitos ó simplemente vagos sin profesión determinada, Carranza era senador de la República y después gobernador del Estado de Coahuila. Como un personaje silencioso que presentía su futura grandeza, don Venustiano vivió largos años en el séquito del general Díaz, séquito que llegó á convertirse en una verdadera corte.

Hay que ver los retratos de Porfirio Díaz en

los diversos períodos de su existencia. En los primeros aparece como un indio de cráneo piramidal, pelos duros y aspecto rústico. Sucesivamente, este personaje se va modificando así como se desarrollan los treinta años de su presidencia. Al final, el indio se había vuelto blanco. Usaba siempre un sobrio y elegante uniforme, y según murmuraban las gentes curiosas y noveleras, se entregaba á las sabias manipulaciones de especialistas de París que animaban el color de sus labios y blanqueaban sus mejillas.

Igual transformación que su persona experimentó la sociedad que le rodeaba. Las fiestas palaciegas en tiempo de Porfirio Díaz fueron solemnidades tan importantes y vistosas como las de algunas cortes de monarcas europeos. Una aristocracia mejicana se formó en torno de él. La diplomacia se hacía lenguas de sus bailes, reputándolos los primeros de América. Yo he conocido en París al dueño de un *restaurant* famoso, que dirigió por algún tiempo la cocina de don Porfirio.

—Un verdadero soberano—me dijo—. Yo creo que, después de Napoleón III, ningún jefe de Estado ha sabido dar comidas tan bien y con tanta solemnidad.

El paso por esta corte republicana influyó en Carranza, como en tantos otros personajes polí-

ticos que Díaz convirtió en una especie de barones de su Imperio.

Don Venustiano es un hombre de campo, un «ranchero», pero á pesar de tal origen tiene un aspecto de señor, unas maneras naturales y distinguidas á la vez, que demuestran que está habituado á vivir en buena sociedad.

Viste en todo tiempo de negro y desde las primeras horas de la mañana usa el *chaquet;* pero aunque esto le da cierto aspecto de magistrado ó de profesor, resulta más distinguido que todos los jóvenes que le rodean, los cuales adoptan las últimas modas de Londres con una exageración y una desarmonía de colores verdaderamente criolla.

El físico de don Venustiano contribuye á este buen efecto. Es majestuosamente grande, es membrudo y fuerte á pesar de sus años, y sobre todo es blanco, puramente blanco. Sus antecesores españoles fueron vascongados, y él conserva la salud ruda é inconmovible, así como la tenacidad silenciosa que caracteriza á esta raza.

Hay en su rostro, como ya dije, un detalle algo grotesco: la nariz hinchada y surcada de venas multicolores; pero á distancia esto no se ve, parece borrarlo la majestad de su barba blanca y rizada, así como su corpulencia vigorosa de guerrero viejo. Recuerda á los conquistadores

que hace tres siglos, después de apoderarse de Méjico, se despojaron de la coraza para dedicarse á la explotación de minas y cultivos.

Este señor del *chaquet* negro, cuando la revolución le hizo salir al campo y mandar hombres, resultó un magnífico estratega á estilo mejicano. Nunca ha querido que le llamasen general, pero los muchachos á los que él hizo generales solicitaban su consejo y seguían sus indicaciones. Yo les he oído relatar á muchos de ellos las habilidades militares del que llamaban «el primer jefe». En plena noche, cuando todos dormían mejor, les hacía levantar el campo entre reniegos y juramentos é ir á situarse en otro lugar. Era que había olido una operación del enemigo...

Y efectivamente, el enemigo llegaba; pero en vez de sorprender á Carranza, era sorprendido por éste.

Como todos los hombres nacidos en el campo, que han hecho largos viajes á caballo conduciendo rebaños, sabe leer en las estrellas, entiende los murmullos del viento, y los altibajos de la tierra no guardan secretos para él.

Lo que es, como hombre de combate y de montaña, lo está demostrando en los momentos que escribo estas líneas. Traicionado por todos sus antiguos amigos, rodeado de fuerzas enemi-

gas, cortado el camino de su retirada á Veracruz, desbandadas las tropas que aún le quedaban fieles, otro se hubiese entregado fatalistamente á su destino. Pero la principal virtud de Carranza es la tenacidad, una tenacidad vencedora del tiempo y del espacio, y despreciadora del destino. Es casi seguro que sus enemigos, infinitamente más numerosos, acabarán por prenderle. Pero también es posible que este guerrero á estilo mejicano, que conoce como nadie su país, consiga entrar en el Estado de Coahuila, su tierra natal, donde tiene numerosos partidarios. En tal caso, la revolución presente se convertiría en una larga guerra civil.

De todos modos, así caiga prisionero ó consiga libertarse del cerco que han establecido sus perseguidores, hay que reconocer que Carranza se defiende contra la desgracia de un modo heroico.

Este hombre de sesenta y cuatro años, seguido de un puñado de fieles, cabalga días enteros, sin sentir el cansancio de la edad; entabla combates de uno contra cien; le matan el caballo y monta inmediatamente en otro, manteniéndose impávido ante las nubes de balas que le envían sus antiguos soldados, y transcurren los días sin que sus enemigos consigan alcanzarle.

Por grandes que hayan sido sus errores, hay

que reconocer en Carranza á un hombre extraordinario como tipo de energía y tenacidad.

* * *

Lo que pudiéramos llamar la corte de Carranza, el grupo de sus íntimos, tenía un aspecto familiar. Era algo así como la tertulia de un gobernador de provincia que llega á ser presidente de la República y conserva sus antiguos hábitos.

Después del joven y apuesto general Barragán, el personaje al que trataba con más intimidad don Venustiano era el intendente de sus palacios, llamado don Pancho Serna.

Este don Pancho, como casi todos los personajes de la época revolucionaria, procede de humildísimo origen. Tenía un *restaurant* popular en las afueras de Méjico, y don Venustiano lo convirtió de pronto en gobernador del palacio Nacional, del castillo de Chapultepec y del palacio situado en el castillo de San Juan de Ulúa, en Veracruz.

El antiguo «restaurantero», hombre jovial, acostumbrado á halagar á los parroquianos, conserva su buen humor, pero modificando su aspecto, para estar á la altura del nuevo cargo. Al altar de la cama se pone el *chaquet;* su alta dignidad le veda vestirse de otro modo. Lo único que varía con frecuencia es el chaleco: de seda,

de terciopelo, con mosaicos de colores y cruzado siempre por una rica cadena de reloj.

Cuentan que, en vida de la señora de Carranza, su fortuna sólo brilló á medias. La presidenta no le quería y le designaba con nombres feos, por imaginarse que se plegaba demasiado á las órdenes del «primer jefe». Carranza, hombre fuerte á pesar de sus sesenta y cuatro años, no ha querido renunciar todavía á la mejor de las dulzuras de la existencia.

Pero al morir dicha señora, hace unos ocho meses, don Pancho quedó dueño absoluto de los palacios presidenciales y de la confianza del presidente.

El antiguo dueño de *restaurant* se sentaba á la mesa presidencial, por solemne que fuese el banquete, y hay que reconocer que no era un personaje discordante entre los invitados, pues no hacía mas que sonreir, dando la razón á todo el mundo con movimientos de cabeza.

Luego, por un instinto profesional, como si aún estuviese en su antiguo establecimiento, procuraba enterarse de si los convidados habían quedado satisfechos.

Recuerdo que, al final de un almuerzo con el presidente Carranza en el castillo de Chapultepec, me llevó aparte don Pancho para preguntarme qué me había parecido el *menu*, con la ansiedad

de un artista que duda de su obra ante un crítico llegado de muy lejos.

—Magnífico, don Pancho. No dan á comer mejor en un *restaurant* del bulevar.

¡La sonrisa seráfica del intendente! En aquel momento debí ser para él el hombre más simpático de la tierra.

Luego me enseñó los salones de Chapultepec, amueblados en tiempo del emperador Maximiliano. Por ser instalación de una monarquía breve como un soplo, no tienen nada de notable. Sólo hay algunas porcelanas y muebles, regalos de Napoleón III.

Pero don Pancho no ha salido nunca de Méjico—lo mismo que Carranza—, y me preguntó con aire de duda si los palacios de Europa tenían salones tan hermosos como los de Chapultepec.

—Lo que yo deseo más es ir á Madrid, ver sus museos, admirar los cuadros del célebre pintor Velasco.

Don Pancho me habló repetidas veces de este pintor desconocido con grandes extremos de entusiasmo. ¿Quién demonio sería este Velasco?... Y sólo pasado algún tiempo pude adivinar que se refería á Velázquez.

Sin embargo, resulta indiscutible que el intendente de don Venustiano es persona de gustos

artísticos. Todos me hablaron del palacio que se está edificando en el paseo más hermoso de la ciudad, un palacio de estilo colonial y amplias proporciones. Misterios son estos que sólo se ven en Méjico. Hace seis años no era mas que el pobre dueño de un *restaurant* popular, y ahora es propietario de un palacio artístico situado en un lugar que equivale al Central Park de Nueva York.

Sus enemigos dijeron hace tiempo que el presidente le había dado el monopolio de la comida que se sirve en todos los trenes de Méjico.

Aunque este privilegio está en concordancia con su antigua profesión, no resultó cierto.

Carranza, según cuentan, dispuso de dicho negocio para premiar con él los trabajos literarios de cierta señorita que es su escritora favorita: una dactilógrafa ó antigua telegrafista—no recuerdo bien—que desde el principio de la revolución lo siguió á todas partes.

Esta mujer de letras es la que ha inventado y desarrollado en varios volúmenes la llamada «doctrina Carranza».

Monroe tuvo su doctrina. ¿Por qué no la había de tener don Venustiano?...

Así como Obregón ha escrito sus campañas, queriendo ser autor clásico además de estratega, Carranza se metió en el campo del Derecho inter-

nacional, para quedar ante la Historia con otros laureles que los de un simple presidente.

Pero él no escribe; fué la señorita la encargada de plumear, y el viejo corregía su texto, le hacía indicaciones, le sugería ideas.

El mundo se ha empeñado en no conocer la tal doctrina, pero su redactora lleva sacados muy buenos provechos de ella. Se le han concedido subvenciones para que propague por toda la América de lengua española la filosofía carrancista y además el privilegio de dar á comer á su gusto á los viajeros de Méjico que se quedan en el vagón.

¡Ay, querida señorita!... Recuerdo mis dos días de viaje desde la frontera norteamericana á la ciudad de Méjico. Para simplificar las cosas toda la comida es en latas, y estas latas están clasificadas como los vinos generosos, pues se las aprecia en relación con su antigüedad. Toda una semana me duró la intoxicación y el desarreglo del estómago.

Buena será la doctrina Carranza, pero no hay derecho para hacerla pagar tan cara.

* * *

En Méjico nadie se asombra de que se pueda hacer una gran fortuna á toda prisa. Es más: parece que, últimamente, los «negocios» esca-

seaban, y si los había, eran únicamente para los allegados al gobierno.

—Lo que usted debía haber visto—me dijeron muchos—eran los primeros tiempos de la revolución. ¡Qué modo de hacer dinero!

No sólo se hacía dinero dentro de Méjico, sino que podía hacerse en los Estados Unidos con asuntos de dicho país.

Hay mejicano que ha podido reunir muy cerca de un millón de dólares sin salir de Nueva York.

El mejor momento fué lo que pudiéramos llamar «la segunda época de la revolución», cuando Villa, Zapata y otros dominaban en el Norte de la República y Carranza en el Sur. Además, había una tercera división territorial: la del Yucatán, donde el general Alvarado, enviado de Carranza, ejercía de dictador socialista por su propia cuenta, y atacado de una fiebre grafómana, legislaba sobre todo lo divino y humano, escribiendo centenares de decretos diariamente.

Cuentan que en aquella época existían tres agencias en Nueva York, tres centros dirigidos por mejicanos que se consideraban influyentes, los unos con Villa, los otros con Carranza y los otros con Alvarado. Yo no creo que ninguno de estos tres caudillos llevase parte en los productos de dichas agencias; pero, por compañerismo

político, hacían lo que les pedían sus directores.

El propietario expulsado de Méjico por la revolución, cuando empezaba á encontrar duro el pasearse por el Broadway sin recibir renta alguna, se dirigía á la agencia que representaba la parte del país donde estaban sus propiedades.

La confiscación de bienes ha sido el arma terrible de la revolución mejicana. Algunas de estas confiscaciones las sufrieron los enemigos del régimen triunfante, pero las más hicieron víctimas á simples particulares que no se habían mezclado para nada en la política y cuyo único delito consistía en ser propietarios. «Era conveniente resolver el problema social, repartiendo las tierras de los ricos á los pobres.» Y los que proclamaron ésto empezaron por quitarles las tierras á los ricos; pero han transcurrido años y todavía poseen muy pocas los pobres.

Quedaron cautivas las propiedades en manos de los empleados públicos ó en poder de muchos generales, que, por ser hombres de campo, conocían perfectamente su valor. Los propietarios, para rescatarlas, acudían á las tres agencias de Nueva York, donde después de regatear por miles de dólares recobraban su propiedad y conseguían un permiso para volver al país.

Además, ¡qué de comisiones, qué de arre-

glos secretos entre el Ministerio de Hacienda de allá y muchos negociantes de los Estados Unidos, que valían á los intermediarios enormes corretajes!...

Yo conozco, y todo Méjico conoce, á un señor que hace seis años era lo que llaman allá un «pelado», y hoy posee un verdadero palacio en Nueva York y media docena de automóviles.

Esta ascensión fué tan rápida, tan inesperada, tan insolente, que el mismo don Venustiano no pudo menos que fijarse en ella, y llamó al tal individuo para que se presentase en Mejico y diera explicaciones sobre su misteriosa prosperidad.

El «viejo» estaba indignado, y habló de enviar á presidio á todos los ladrones, de fusilarlos si era preciso. Pero el otro aclaró las cosas con gran calma.

—Usted, señor presidente, no ha salido de Méjico. Usted no ha estado en los Estados Unidos, y por eso no puede explicarse cómo en pocos años he conseguido amasar una fortuna. Yo tengo amigos en Nueva York que me empujan. Aquel es un país donde va uno al teatro y su vecino de asiento es un millonario, que le toma á usted simpatía y le hace rico en unas semanas.

Y tanto dijo, que don Venustiano quedó dudando si Nueva York es una ciudad donde todos

son ricos y donde basta pasearse un rato por el Broadway para darle con el pie á un paquete de papeles que suele ser un millón de dólares en billetes de Banco.

* * *

Otro personaje del carrancismo gobernante era el ministro del Interior, Aguirre Berlanga. Este abogado provinciano ocupó dicho puesto de confianza largo tiempo, sin que nadie atinase la razón, sólo por un designio inexplicable del presidente.

El principal mérito de su historia política es haber sido el sostenedor más ardiente del germanofilismo en Méjico.

Todos los hombres del gobierno fueron germanófilos, pero Aguirre Berlanga resultó superior á ellos, única superioridad que ha tenido en su vida.

Este abogado pedantuelo, como ministro del Interior, era el encargado de conceder subvenciones á los periódicos, y bien sabido es que en Méjico una parte de la prensa vive del auxilio del gobierno y cambia de opiniones con la misma rapidez que el país cambia de gobernantes.

Durante los años de la guerra, el ministro del Interior dedicó todo su dinero y toda su influencia á crear y apoyar periódicos germanó-

filos y á perseguir á los contados diarios que defendían el derecho de los aliados.

Yo, en mi viaje por Méjico, encontré á muchos que habían sido partidarios de la causa de la libertad mundial; pero eran escritores, profesores, gentes que ejercen carreras intelectuales y viven alejadas de la política.

Los personajes políticos y los generales, todos fueron germanófilos.

Hubo una sola excepción: don Pablo González. Este señor tiene la vista larga, y adivinó el triunfo de los aliados, mientras sus torpes compañeros que se llaman revolucionarios y socialistas se entusiasmaban hablando de los méritos y las glorias de Guillermo II.

Carranza, que no ha viajado, que sólo conoce las cosas de Europa de oídas, y que además sufría la influencia del intrigante y osado ministro de Alemania en Méjico, procedió torpemente y con doblez en todo lo referente á la guerra. Pretendió disculpar sus actos con una neutralidad especial que no fué mas que un medio disfrazado de favorecer á los alemanes.

Muchos recuerdan aún su proposición á las demás naciones que se mantenían en la neutralidad, comprometiéndolas á no facilitar víveres ni artículos de ninguna clase á los dos bandos contendientes. Como los alemanes, por tener cerrado

el mar, estaban imposibilitados de buscar nada en países lejanos, esta proposición, lógicamente, sólo podía servir para quitarles recursos á los aliados.

Pero no insistamos en esto, pues Carranza es hoy un caído y no hay por qué recordar su pasado germanofilismo.

Lo inexplicable para muchos fué que mantuviese en el Ministerio del Interior hasta el último momento á Aguirre Berlanga.

Este servidor germánico es un joven que habla escuchándose y puede disertar horas y horas sobre cualquier cuestión, barbarizando con igual competencia sobre todas ellas. Su inoportunidad, su falta de tacto, su impertinente ignorancia y el ambiente de antipatía que le acompaña á todas partes son proverbiales en Méjico.

La Cámara de Diputados estaba compuesta, en su gran mayoría, de amigos de Carranza. Pues bien; cuando el presidente tenía interés en que se aprobase una ley, bastaba que la defendiese el ministro del Interior, para que todos votasen en contra. Cuando la mayoría carrancista estaba más compacta, bastaba que hablase este señor, para que se dividiese en grupos.

Y sin embargo, don Venustiano, que sonreía desde el fondo de su barba y le brillaban los ojos

con malicia cuando alguien le hablaba de su ministro del Interior, lo sostuvo siempre.

Era un caso de vanidad personal. Los grandes autoritarios, los hombres que aman el poder, se complacen en rodearse de nulidades, que les sirven como un espejo para contemplar su propia grandeza. Se dicen á sí mismos: «Cuán poderoso soy, que he conseguido hacer un personaje de un tonto.»

Carranza pensaba sin duda como el César que hizo cónsul á su caballo.

Yo le debo una atención digna de agradecimiento. Me invitó á un almuerzo con los hombres más eminentes de su gobierno, con sus amigos de mayor significación intelectual, y tuvo el cuidado de no incluir entre ellos al ministro del Interior. Tal vez pensó que me sería molesto el sentarme á la mesa con este representante de los intereses alemanes que amañó todas las intrigas contra los aliados de Europa. Tal vez quiso evitar que me riese de un ministro suyo, presintiendo las necedades que podía decir durante el almuerzo con su tono doctoral.

En estos días me he preguntado muchas veces qué será de Aguirre Berlanga, dónde se habrá escondido, ó si, por un impulso noble, siguió á su protector en la desgracia.

Otras veces me río al recordar la popularidad

algo rara de que gozaba. Cuando alguien quería ponderar la estupidez de un individuo, decía invariablemente:

—Es más imbécil que el ministro del Interior.

Y no necesitaba añadir más. Todo quedaba dicho.

* * *

El pueblo de Méjico está cansado indudablemente de tantas revoluciones.

Siempre cree que la última será la definitiva y no volverá á repetirse. Pero como á los pocos meses, ó á los pocos años, la revolución reaparece, ha acabado por acostumbrarse en parte á esta situación anormal, como ciertos enfermos se acostumbran á su enfermedad.

Á veces, hasta se burla de su propia desgracia. La encuentra chistosa y procura extraer de ella la gracia que pueda tener.

Todos los cuentos irónicos sobre Méjico y sus actuales directores los han inventado los mismos mejicanos; no los que viven lejos del país, en una larga emigración, sino los que se han quedado dentro de él, viendo los sucesos y los hombres de cerca.

Yo he hecho una observación sobre los personajes políticos de Méjico. Son muy pocos los que al hablar de otro personaje del campo contrario

duden de su moralidad. Á impulsos del apasionamiento de partido, podrán dudar del valor personal del adversario, de su seriedad para cumplir la palabra empeñada, hasta de la fidelidad de su esposa ó del pasado de su madre.

—Lo considero un canalla—terminan diciendo—, pero debo reconocer que en cuestiones de dinero es muy honrado, y á pesar de lo que murmura la gente, vive pobre.

Á su vez, el del partido contrario dice lo mismo de su enemigo.

Parece existir un convenio tácito entre todos para dudar de cuanto se quiera, menos de la probidad en asuntos de dinero. Todos se esfuerzan vehementemente por demostrar que en la política de Méjico no hay un solo ladrón.

Y, en cambio, el pueblo que está abajo, el que lleva años y años sufriendo las revoluciones y ve derrumbarse su patria en vez de progresar, éste es de un escepticismo cruel y sonríe cuando le hablan de «desinterés» y de «patriotismo».

Hay unos doscientos mil mejicanos que viven de hacer la guerra civil, de tomar parte en revoluciones, y se nutren de los despojos de los gobiernos que mueren, así como de los dulces bautismales de los gobiernos que nacen. Esos hablan de buena fe de que «hay que salvar la Libertad» ó de que «han violado á la Constitución». (La

pobre Constitución es la persona que ha sido violada más veces en Méjico.)

Pero el resto del país—millones de personas—calla, con un silencio reflexivo, ó habla para decir:

—¡La Constitución! ¡la Libertad!... Pretextos para apoderarse del gobierno y comer. Todos son lo mismo. ¡Todos ladrones!

Y en esta generalización ofensiva comprenden á todos los personajes políticos, sin perdonar hasta los que han muerto de un modo trágico.

El pueblo mejicano, que tiene cierto instinto literario y gran imaginación, sabe inventar historias ingeniosas é interesantes para vengarse de los que están arriba. Su crítica cruel no respeta ni á la muerte. ¡El pobre pueblo ha sufrido tanto y tiene tantas cosas de qué vengarse!...

La historia de lo que le ocurrió á don Jesús Carranza después de muerto es un cuento cruel, pero interesante y gracioso.

Este hermano de don Venustiano tuvo un final trágico. Cuando Carranza estaba bloqueado en Veracruz por las tropas de Zapata y Villa, envió á su hermano á una expedición en el Sur de Méjico.

La misma escolta facilitada por don Venustiano para que lo guardase se sublevó y le hizo

prisionero. Estas bromitas nada tienen de extraordinarias en las revoluciones mejicanas. Nadie sabe con certeza con quién puede contar, y si el amigo, al abrazarle, le dará una cuchillada por la espalda.

Don Jesús, con todo su Estado Mayor, quedó prisionero de uno de los cabecillas enemigos de don Venustiano, y aquí empieza una situación dramática. El guerrillero telegrafió al presidente exponiéndole una serie de exigencias políticas que equivalían á su abdicación y lo amenazó con que si no las aceptaba fusilaría á su hermano.

El altivo y tenaz Carranza no contestó, y entonces el guerrillero fué fusilando, como una advertencia, á todo el Estado Mayor de don Jesús. Nuevo telegrama, que despreció igualmente el presidente, y el hijo de don Jesús, sobrino de don Venustiano, fué fusilado á su vez. Un último telegrama, que no logró conmover la férrea voluntad de don Venustiano, y don Jesús fué fusilado también horas antes de que llegasen las tropas carrancistas enviadas para libertarle.

Esta trágica historia sólo conmovió á los partidarios del presidente. Hubo pequeños pueblos que tomaron el nombre de Jesús Carranza, pero que seguramente se habrán desbautizado á estas horas, después de la caída de don Venustiano.

Mientras los amigos del gobierno lloraban al

mártir, el pueblo, gran novelista anónimo, forjaba su historia.

Hay que advertir que, al principio de la revolución, mientras don Venustiano hacía la guerra á los partidarios de Huerta en determinados territorios, don Jesús mandaba también una división cerca de la frontera de los Estados Unidos.

Yo no vi sus operaciones militares, pero la gente en Méjico las relata diciendo que este Carranza fué un verdadero Napoleón para despoblar los «ranchos» y llevarse los ganados. No había animal cornudo que se le escapase. Todos caían prisioneros ante su empuje vencedor. En unas cuantas de estas batallas limpió de ganados los territorios sometidos á su autoridad. Luego hacía pasar la frontera á los miles y miles de prisioneros, entregándolos generosamente á los comerciantes de los Estados Unidos á cambio de unos simples retazos de papel salidos de los Bancos.

Y aquí empieza el cuento mejicano.

Cuando don Jesús murió, fué directamente al infierno. ¿Á qué otro lugar podía ir?... En aquellos días había guerra, no solamente en Méjico, sino en la mayor parte de Europa, y... figúrense ustedes si sería grande la entrada de huéspedes en el infierno. ¡Qué de incendiarios de ciudades! ¡qué de asesinos! ¡qué de ladrones!...

El demonio, que lo sabe todo, se enteró de la llegada de don Jesús y quiso conocerle. Como tiene cuernos y el pie hendido, le interesaba ver de cerca á este perseguidor invencible de los animales cornudos y con pezuñas.

—¿Dónde está Jesús Carranza?—gritó desde lo alto de su trono negro.

Silencio absoluto. El aludido no quería dejarse ver, alarmado por tanto interés. Como constaba de miles y miles de condenados la última remesa infernal, se encogió humildemente, ocultándose detrás de sus camaradas de suerte.

Varios diablos pequeños, obedeciendo las órdenes de su amo, pasaban gritando entre los grupos, como pasan los *bell-boys* de los hoteles de Nueva York cuando tienen que dar un mensaje.

—¡Mister Carranza!... ¡Mister Carranza!

Otra vez un silencio interminable, y el demonio se enfadó por esta falta de respeto. Luego, llamando á uno de los diablillos más hábiles, le dijo:

—Conviértete en vaca.

Inmediatamente sonó un mugido, y una vaca hermosa, de color de fuego, empezó á correr entre los grupos.

Pero alguien corrió más que ella. Por encima de los condenados saltó un hombre con la vio-

lencia de un proyectil y se agarró jadeante de codicia al rabo del animal; luego á los cuernos.

—No te escaparás... no te escaparás—rugía—. Es inútil. Mía eres.

Así descubrió el demonio á don Jesús Carranza.

VI

La situación de Méjico

Cuando se habla de Méjico y las cosas absurdas que ocurren en él, son muchos los que se imaginan una nación medio salvaje, que sólo sabe vivir entregándose á la violencia y desconoce los deberes que debe observar todo pueblo civilizado.

El que tal piense se equivoca por completo. Este error nada tiene de extraordinario. Las naciones, por más ilustradas que sean, ignoran siempre la verdadera naturaleza de la nación vecina. Una obligación de todos los pueblos parece que sea desconocerse y calumniarse. Encuentro natural que Méjico sea mal conocido. Los mejicanos—incluso los que viven en las alturas del gobierno—conocen igualmente mal á los demás países.

Puede afirmarse que Méjico es una nación ci-

vilizada, como cualquiera otra nación de la América que habla español, pero extraordinariamente desgraciada.

Su historia en los últimos cincuenta años puede resumirse del siguiente modo: los que pretendieron darle una fisonomía moderna no supieron ó no desearon completar su obra; los que vinieron después de ellos no sólo no completaron esta civilización, sino que, por fanatismo político, destruyeron gran parte de la obra anterior.

Yo no he admirado jamás al general Porfirio Díaz. Era simplemente un tirano. El orden que mantuvo durante treinta años fué producto de una serie de fusilamientos sin testigos y de atentados á la libertad individual. En esos treinta años mató tal vez más gente, de un modo sordo y oculto, que ha muerto después en todas las batallas sucesivas de la revolución. Además, pudiendo conseguir con su poder dictatorial que la instrucción pública diese un gran paso en un pueblo de analfabetos, prefirió mantenerlo en la ignorancia.

Esto es cierto en lo que se refiere al orden espiritual y político de Méjico. Pero en el orden material, justo será reconocer que la nación mejicana no ha tenido un solo gobernante que pueda compararse con don Porfirio.

Todo lo que de notable existe en Méjico con un carácter moderno es obra del general Díaz. Los grandes edificios de las ciudades, las obras de sanidad, los ferrocarriles, los puertos, los establecimientos de enseñanza para las clases acomodadas, todo es de su época. Asombra ver lo que se construyó ó se dejó á medio concluir en la época de este tirano. Mantuvo dormido el espíritu de un pueblo, pero supo dar á éste las apariencias de una nación.

Además, hay que reconocerle otro mérito. Méjico es un país que ha heredado de los indios una tendencia á odiar al extranjero, á huir de él con una retractibilidad irresistible, ó á hostilizarle, si es que puede. Díaz, por el contrario, reconoció que su país sería más grande y civilizado cuanto más estuviese en contacto con el resto del mundo.

Su glorioso antecesor, Benito Juárez—por el que todo hombre de ideas republicanas siente interés y simpatía—, tuvo un grave defecto. Como era indio, por un irresistible impulso de raza sintió desconfianza ante todo extranjero y procuró evitar su presencia. Temiendo para su patria la influencia exterior después de la aventura imperial de Maximiliano, procuró mantener el aislamiento geográfico en que vivía. Las playas siguieron siendo playas sin puerto alguno,

y al Norte de la República continuó existiendo un desierto, separación casi infranqueable entre los Estados Unidos y la meseta en que está el centro de la vida de Méjico.

Porfirio Díaz hizo lo contrario. Creó puertos que pusieron á su nación en un contacto más continuo con Europa; tendió varias líneas férreas que la unieron con la vecina República de la Unión. Se preocupó de aumentar la riqueza del país, favoreciendo el establecimiento de nuevas industrias, fomentando la minería, apoyando directamente el descubrimiento de los pozos de petróleo, gran acontecimiento ocurrido en los últimos años de su mando.

En este período, Méjico no tuvo libertad, pero tuvo paz y riqueza.

Un grupo de hombres inteligentes, que el público apodó por sorna los «científicos», y acabaron por adoptar este título, se puso á las órdenes del antiguo guerrillero convertido en dictador, colaborando con él. Hubo ministro que desempeñó el ministerio treinta años seguidos. El pueblo, como era natural, consideró muy larga esta tutela, pues tal duración apenas si se encuentra en los anales de las monarquías absolutas. Y sobrevino la revolución; y todo el país—unos por anhelo de libertad, otros por el deseo de ver algo nuevo después de tan larga inercia—se

lanzó, como en otro tiempo, en las aventuras revolucionarias.

Hoy, después de diez años, los observadores empiezan á darse cuenta de que la llamada revolución mejicana ha servido de muy poco. Bajo Carranza no existió más libertad que bajo don Porfirio, y en cambio faltaron totalmente la paz y la prosperidad.

Los gobiernos revolucionarios no han hecho nada nuevo materialmente. Todo lo que hoy existe existía ya bajo el gobierno de Díaz; pero ahora está más viejo, casi arruinado, como un edificio que se desmorona falto de alguien que lo cuide y recomponga los desperfectos que causan los años.

Además, el país no ha ganado en moralidad. En tiempo del general Díaz, el pueblo se quejaba, lo mismo que ahora, de la falta de honradez de sus gobernantes y llamaba ladrones á los «científicos», como después ha llamado á los revolucionarios.

Tal vez el pueblo tuviese razón. Yo no he visto de cerca á los hombres dirigentes de dicha época, pero parece que una fatalidad pesa sobre el pobre Méjico en lo que se refiere á la avidez de dinero que sienten sus gobernantes.

Si realmente los «científicos» fueron ladrones, se distinguieron de los de ahora por una

condición digna de aprecio. Eran ladrones constructores, mientras que los de ahora han sido ladrones destructores. Los primeros no arrebataron el dinero á la propiedad individual, sino que se enriquecieron con las comisiones recibidas sobre grandes obras públicas, de utilidad para el país.

Además, su engrandecimiento fué lento. Emplearon treinta años en hacerse ricos; no tenían prisa; pudieron robar prudente y dignamente, pues su gobierno era de vida larga.

Los ladrones de ahora han sido de tiro rápido, ladrones ametralladoras, que tenían sus años contados y necesitaban enriquecerse pronto.

* * *

Hay que ver el cuadro que ofrece Méjico actualmente. De los antiguos ferrocarriles sólo quedan las vías. El gobierno de Carranza se apoderó de ellos sin pagar nada á las empresas propietarias, y ha venido explotándolos varios años, embolsándose el dinero, sin renovar el material. Quedan unos cuantos centenares de vagones viejísimos y unas cuantas locomotoras remendadas y asmáticas, que sirven unas veces para conducir viajeros que no tengan prisa y otras para que los insurrectos puedan entretener su habilidad portentosa de dinamiteros de trenes. Los vago-

nes *pullman* son del dominio de la chinche, y la electricidad, rebelde á funcionar, es sustituída con frecuencia por la luz de un par de bujías.

Muchas de las estaciones son una simple casilla de madera que está al lado de unas ruinas negras: la antigua estación incendiada hace algunos años por los revolucionarios.

Un poco más allá hay docenas de esqueletos de vagones con los hierros hollinados y retorcidos, como si aún se estremeciesen recordando la explosión que los mató.

Los puertos tienen cada vez menos tráfico, y en ciudades que fueron prósperas, como Veracruz, los cargadores esperan tomando el sol y con los brazos cruzados.

Esta tierra mejicana, una de las más feraces del planeta, ya que puede dar hasta tres cosechas por año, apenas si da para el mantenimiento del país. La agricultura, en vez de crecer, ha retrocedido. El ganadero deja de serlo, pues no quiere criar reses para que las vendan ó las coman los revolucionarios. El cultivador se ve abandonado de pronto por sus jornaleros. Éstos creen que es mejor que labrar el suelo tomar una carabina é irse unas veces con Villa, otras con Carranza y ahora con Obregón.

Las únicas industrias exportadoras de este país son las minas, que se trabajan poco, el hene-

quén, producto del suelo de Yucatán, y los pozos de petróleo de Tampico. Como éstas son las únicas riquezas existentes, cargan la mano sobre ellas los gobernantes. Especialmente los petroleros—en su mayoría americanos—han venido pagando á Carranza en concepto de varios impuestos el 40 por 100 de su producción diaria. Cierto general lugarteniente de Obregón reconoce en un escrito suyo que el impuesto que pagan los petroleros es formidable. Si dejasen de pagarlo por un trimestre, el gobierno de Méjico no podría seguir viviendo económicamente, pues este es el único ingreso con que cuenta, sano y positivo.

Además, el pueblo está agobiado por toda clase de contribuciones, y el Ministerio de Hacienda, no contento con esto, cada dos años organiza un robo escandaloso, nunca visto en ningún pueblo, y del cual hablaré después.

Es realmente triste el contraste que se ofrece en Méjico al observador entre lo que es el país y lo que podría ser de hallarse medianamente gobernado.

El campesino, con su sombrero de paja enorme como un paraguas y envuelto en su poncho rojo, permanece en cuclillas con aire pensativo, aunque tal vez no piensa. Horas después, si volvéis á pasar por allí, lo encontraréis en la

misma posición. No se ha movido, no ha hecho nada. Tal vez comió una tortilla de maíz, que constituye todo su alimento. Y este hombre sufre hambre material y anemia moral sentado sobre uno de los tronos más ricos de la tierra. El suelo que le sustenta guarda plata, guarda oro, guarda petróleo, y su superficie puede dar el 90 por 100 de los productos agrícolas de toda la tierra.

No le creáis un perezoso, no le creáis uno de esos soñadores incapaces de acción. El trabajador mejicano es inteligente y activo cuando se le facilitan los medios de trabajar bien y con provecho.

Ese hombre no es mas que un desengañado, un fatalista que se entrega á su desgracia. Lleva diez años derramando su sangre, de combate en combate, siempre por la libertad, y aún no ha visto la libertad. Los que gobiernan su aldea y su provincia tienen los mismos vicios que los que las gobernaban en tiempo del general Díaz. Á este iletrado le hicieron creer que todo cuanto existía en Méjico iba á repartirse; y ha visto cómo les confiscaban los bienes á los ricos, pero no ha visto todavía que los repartan entre los pobres. Á los ricos que lo eran por herencia y por tradición han sucedido ahora otros ricos improvisados, que él conoció antes como compañeros de miseria.

¡Todo mentira! Y los mejicanos, pensando en esto, ó permanecen impasibles dejando que transcurran los sucesos, ó se pasan al partido de los aventureros que cambiaron rápidamente de posición social. Desean en este último caso que surja una revolución todos los años, que nadie permanezca mucho tiempo en el poder, que se sucedan los gobiernos, para que así lleguen á gozar todos por turno las dulzuras y las ventajas del mando.

* * *

Imagínense los norteamericanos que un día el gobierno de Wáshington lanza un papel-moneda declarándolo de curso forzoso. Todos lo aceptan. Después, el gobierno, por si alguien pudiera tener dudas, declara repetidas veces que la deuda que representa este papel es sagrada, y que se pagará religiosamente cuando llegue el tiempo oportuno. Luego, de repente, el mismo gobierno decreta un día que el papel no vale nada, que no reconoce el compromiso que figura en él, que no pagará ni un céntimo á su presentación, y todo el país queda arruinado.

¿Verdad que parece esto imposible? ¿No es natural imaginarse que en ningún país de la tierra puede verse esto?...

Pues así ha ocurrido en Méjico por dos veces.

El gobierno de Carranza hizo en diferentes épocas dos emisiones de papel, que él mismo lanzó á la circulación y él mismo se negó después á reconocer; robo financiero, más irritante que los que cometen los jefes de partida en los campos y que arruinó á gran parte del país.

Ultimamente, pocas semanas antes de la revolución que lo ha derribado, el gobierno lanzó un tercer papel, aunque sin atreverse á declararlo de curso forzoso, y nadie quiso tomarlo, convencido de que al final no valdría nada.

El hombre de Carranza para todos los asuntos financieros ha sido el abogado Luis Cabrera.

Me abstengo de hacer su descripción, pues Cabrera ha estado varias veces en los Estados Unidos y son muchos los que le han visto. Además, los que no le conocen personalmente lo conocen de sobra por sus extraordinarias combinaciones financieras, que han servido para arruinar á muchos negociantes americanos.

Cabrera tiene una notable cultura literaria y escribe bien. Él era la pluma de don Venustiano. Cuando éste quería herir hondamente á un adversario en un documento gubernamental, mandaba llamar á su ministro de Hacienda. Muchas de las cosas malas decretadas por Carranza las ha firmado éste, pero en realidad fueron de Cabrera.

El credo político-económico del ministro de

Hacienda se resumía en pocas palabras: «El dinero hay que sacarlo de donde esté», máxima sabia que se enseña en todos los presidios y se repite en todos los antros donde se reunen los ladrones.

Siguiendo esta máxima, y otra que le es también favorita, «La revolución es la revolución», Cabrera ha realizado los atropellos más inauditos. El más notable fué enviar tropas á los Bancos extranjeros de Méjico, para tomar por asalto las cuevas donde están las cajas de valores y llevarse el metálico que guardaban dichos establecimientos. Eso no lo ha hecho jamás ningún ministro de Hacienda de ningún país. Nadie podrá disputar á Cabrera tal originalidad.

Durante cuatro años ha ejercido junto á Carranza un poder sin límites de astuto consejero, de sugeridor de soluciones en los momentos difíciles.

Cabrera tiene talento literario. Hubiera sido un buen profesor de crítica, pero la revolución mejicana, por su falta de lógica y su escasez de hombres, hizo de él un ministro de Hacienda.

Sus habilidades de escritor las empleó muchas veces en engañar al país, haciéndole creer que bajo el mando de don Venustiano todos vivían en la mayor abundancia.

Pretendió demostrar que había un superávit

en los ingresos; pero este superávit lo consiguió sin pagar á los tenedores de la Deuda mejicana, que representan miles de millones, y no han cobrado intereses en muchos años; sin pagar numerosos servicios públicos, sin dar un céntimo á los maestros, que el gobierno confió á los Ayuntamientos, y cansados de no cobrar cerraron las puertas de sus escuelas.

Cabrera, que es un ironista un tanto cínico, ha debido reirse muchas veces á solas releyendo las hermosas invenciones salidas de su pluma para distraer al pueblo mejicano y engañar á los capitalistas extranjeros. Su propósito era conseguir un empréstito, sin el cual no puede seguir viviendo el gobierno de Méjico, sea cual sea.

Como el lector habrá adivinado ya, el pueblo odiaba á Cabrera; primeramente, por ser la representación de los impuestos cada vez más numerosos y más pesados; después, por las muchas cosas que se cuentan acerca de su valor moral y de los grandes negocios particulares realizados al amparo del Ministerio.

Él mismo tenía conciencia de esta impopularidad cuando decía irónicamente: «Gozo el honor de ser considerado como el primero y el más distinguido de los ladrones de Méjico.»

¡Qué de negocios no se han contado de él! ¡Qué de millones y millones no se han supuesto

entrados en la caja particular de este eterno ministro de Hacienda de don Venustiano!...

Justo es reconocer que supo hacer frente con cierta gallardía á los ataques de sus enemigos. Este abogado es hombre pacífico. Aunque hizo la guerra en el ejército de Carranza, marchó siempre á retaguardia, como Bonillas, figurando en el bagaje administrativo.

Esto no impide que tenga en su vida cierta fatalidad trágica, como casi todos los mejicanos mezclados en la revolución. Dos de sus hermanos murieron fusilados. Luis Cabrera, indudablemente estaría fusilado á estas horas si el pueblo de Méjico lo hubiese pillado en el momento de la fuga de Carranza.

Pero astuto como una rata marinera, que presiente con anticipación cuándo va á naufragar el buque, parece que escapó algunos días antes, abandonando á don Venustiano.

Este hombre, en tiempo de paz, cuando se sentía defendido por la fuerza que tiene todo gobierno, era de una audacia y un aplomo desconcertantes. Á los enemigos que le acusaban de poseer una gran fortuna hecha en el Ministerio les contestó con una escritura pública en la que se comprometía á entregar todos sus bienes á aquel que lograse descubrirlos. Él no tenía nada; era pobre como un asceta del desierto.

Tal audacia causó al principio cierta impresión, pero luego provocó carcajadas, y las gentes maliciosas dijeron en público:

—Es cierto; por más que se busque, en Méjico no se encontrará nada suyo. Pero es porque todo lo que recoge lo guarda en Barcelona.

Y dijeron en Barcelona porque Cabrera residió allá largo tiempo antes de ser ministro.

Esta declaración teatral de Cabrera y su ineficacia para convencer al público trae á mi memoria una anécdota que me contaron en Méjico.

Otro ministro joven, que tuvo que abandonar su puesto, fué acusado igualmente de hacer dinero con su cargo, y se defendió enérgicamente de tal imputación en un acto público.

—Yo soy pobre, señores—dijo á los oyentes—; yo no he ganado ningún dinero en el gobierno. Juro por Dios y mi conciencia que me comprometo á dar en veneno á mis hijos todo el dinero que haya podido robar.

El dramático juramento conmovió al público. Se hizo un profundo silencio de emoción. Todos parecían convencidos. Pero de pronto, una voz burlona deshizo el efecto:

—Es que los hijos no son suyos.

Y la emoción fué seguida de una carcajada general.

* * *

Lo más terrible en la historia de Méjico, la principal causa, á mi juicio, de su anormal situación, es que este país ha sido gobernado siempre por generales; mejor dicho, por rústicos jinetes, expertos en la ciencia del machete, que se improvisaron generales.

Ha habido algunos gobiernos de hombres civiles, pero contadísimos y muy esparcidos, como islas perdidas en el Océano.

Los gobiernos nacieron casi siempre de revoluciones, y el gobernante fué por regla general el guerrillero más atrevido ó el que con mayor astucia supo conducir y explotar á sus camaradas.

Por esto el propósito de Carranza de acabar para siempre con el militarismo, pasando la presidencia á un sucesor puramente civil, era beneficioso y acertado. Lo detestable fué el hombre escogido por él, falto de popularidad, traído del extranjero, y los procedimientos violentos que empleó para hacerlo triunfar.

—¿Es que acaso—preguntará el lector—no hay en Méjico personas ilustradas capaces de constituir un gobierno puramente civil, como el de los demás países?

Indudablemente que las hay, y tal vez existen en mayor número que en otras repúblicas de América.

Pero Méjico se diferencia mucho de algunas de éstas en lo que se refiere á composición étnica. En las repúblicas hispanoamericanas más progresivas domina el elemento blanco y éste tiene la dirección de los negocios públicos. En Méjico son tantos los indígenas y tan pocos los blancos, que bien puede decirse que éstos resultan esclavos de los otros, gracias á las revoluciones.

Hay menos de dos millones de blancos frente á trece ó catorce millones de gente cobriza, entre indios y mestizos. El indio verdaderamente puro es pasivo y representa un papel de comparsa. El temible es el mestizo, que parece haber heredado todos los apetitos y las malas pasiones de las dos razas de que procede, sin ninguna de sus virtudes.

De las familias puramente blancas salen por regla general los hombres de estudio, los intelectuales, los que proporcionan un prestigio moral á su país. Hay que declarar que Méjico es una de las repúblicas hispanoamericanas que ha dado más personalidades eminentes á la literatura española. Además, el pueblo de las ciudades generalmente tiene grandes disposiciones para las artes. Es músico por instinto, ama mucho la poesía y muestra veneración por la ciencia.

Pero en general, las clases ilustradas, ó mejor dicho, los blancos, consiguieron pocas veces ver

á uno de los suyos en la presidencia de la República.

El hombre ilustrado en Méjico puede ser un profesor insigne, un gran abogado, un gran médico; puede dirigir un periódico, puede ser diputado ó senador, puede llegar hasta á ministro; pero muy rara vez consigue llegar á jefe del Estado.

Para conquistar la presidencia de la República hay que haber sido hombre de caballo y machete. Y como éstos, por regla general, tienen la tez cobriza, casi puede decirse que es preciso para llegar á presidente contar con un origen indio.

Un Clemenceau, un Lloyd George, ú otro político insigne del mundo viejo, de haber nacido mejicano, habría llegado cuando más á ser ministro de Instrucción pública en un país de pocas escuelas, pues á esto es á lo que pudieron llegar muchos hombres eminentes que tuvo Méjico en otros tiempos.

Yo creo imposible, mientras la república mejicana sea como es actualmente, que pueda subsistir allí un gobierno formado por hombres puramente civiles.

Personajes de valía no faltan. Los hay á docenas dentro de Méjico, pero arrinconados en sus casas, huyendo de mezclarse directamente en la

política ó sirviendo en empleos secundarios á los macheteros triunfantes. Los hay también vagabundos por el extranjero, deseando volver á su patria y presintiendo al mismo tiempo que su esfuerzo tal vez resulte inútil.

Supongamos que se pudiese formar un gobierno de hombres ilustres y pacíficos sin necesidad de una revolución, lo que sería milagroso. (Mi suposición es á base de que la subida de estos gobernantes sea pacíficamente, pues de ser por una revolución, los que ocuparían el gobierno no serían ellos, sino los generales que hubiesen preparado el movimiento revolucionario.)

Ya tenemos á los hombres civiles en el poder. Para sostenerse en él y realizar algo bueno, necesitarían un ejército nacional en que apoyarse. Lo primero que tendrían que hacer sería suprimir los antiguos abusos, la excesiva familiaridad con que todos los funcionarios tratan el dinero del país, desde el ministro al último recaudador; perseguir á los ladrones, purificar los centros administrativos. Esto crearía muchos descontentos, y ya se sabe lo que hacen en Méjico los descontentos del gobierno: se sublevan contra él, pues siempre hay allá gente dispuesta á seguir al que se subleva.

Un ejército tendría que defender de los ataques de los revoltosos al gobierno de los hombres

civiles é ilustres, y ese ejército estaría seguramente mandado por alguien; un general cualquiera, el general Martínez ó el general Pérez. Pues bien; este general debería estar fabricado con una pasta distinta á la de todos los generales mejicanos que han existido hasta ahora. De no ser así, seguramente que procedería con la lógica que han procedido todos los «caudillos ilustres» de Méjico desde los tiempos de la Independencia.

—Yo soy el que sostengo á este gobierno con mi espada. Lo natural es, pues, echar abajo al gobierno y colocarme yo en su lugar. No quiero que abusen de mí.

Y el gobierno de los hombres puros, de los hombres salvadores, no duraría un año.

El militarismo tiene más fuerza en el Méjico actual que tuvo hace poco tiempo en la Alemania de Guillermo II. Es un militarismo sin uniforme, un militarismo de chaqueta; compuesto de generales, coroneles y comandantes que van de paisano, se hacen llamar «ciudadanos», recuerdan que fueron simples particulares antes de la revolución de 1914, pero forman una casta aparte, tienen sus ídolos y quieren imponerlos al país, para que ocupen el gobierno.

Algunos diarios extranjeros han aceptado la idea de que la caída de Carranza significa un movimiento regenerador.

Pronto oiremos palabras sonoras. El militarismo mejicano tiene mucho de literario y ampuloso. Los triunfadores hablarán de «democracia que ahora empieza á vivir», de una nueva existencia de Méjico, del inmediato cumplimiento de las promesas de la revolución, etc., etc. ¡Mentiras! ¡Palabras nada más!...

La presente revolución puede definirse del siguiente modo: ha sido la sublevación de dos generales que aspiraban á la presidencia contra un presidente enérgico y testarudo que pretendió imponer violentamente la candidatura de un hombre civil.

No há habido más. La prueba está en que si Carranza hubiese desistido de imponer á Bonillas, no habría surgido la revolución.

Méjico no puede esperar nada nuevo; ni los que se sienten molestados por el estado de perpetuo desorden en que vive este país, digno de mejor suerte, deben tener ninguna ilusión de remedio inmediato.

Carranza era malo como gobernante; pero los que le han vencido son discípulos suyos y ni siquiera poseen su vigorosa y tenaz personalidad.

Es un disparate soñar cosas nuevas con hombres tan gastados como Obregón y don Pablo González. Equivale á querer confeccionar un traje con una tela que se deshiciese de puro apolillada.

Los dos son bien conocidos y no pueden ofrecer sorpresas. De don Pablo, unos se ríen por creer en su insignificancia, y otros tienen miedo á su enigmática bondad.

Obregón es un impulsivo, un original. Sus mismos amigos, que le ven bien en todas partes, como si sirviese para todo, no están convencidos de que haya nacido para jefe de Estado.

Además, en la capital, la gente se acuerda aún de sus hazañas cuando entró vencedor, luego de batir á Villa. Una de sus bromas más ingeniosas fué convocar á todo el alto comercio de la ciudad en un teatro, rodear el edificio de soldados y ametralladoras, y hacer saber luego á los reunidos que si no le entregaban tantos millones para sus tropas, los fusilaría á la salida.

Otra vez, en vista de que el comercio no le daba más dinero, se llevó presos á los dueños de los establecimientos más ricos de la ciudad—en su mayor parte extranjeros—y los hizo barrer las calles. Procedimiento seguro. Á las pocas horas, uno tras otro fueron entregando la escoba, fatigados y avergonzados de este trabajo, y regatearon con Obregón el precio de su rescate.

Un hombre así debe ser delicioso en la presidencia de la República. Cualquiera siente deseos de irse á vivir allá.

* * *

El único personaje nuevo que ha producido esta revolución es Adolfo de la Huerta, el gobernador de Sonora. Yo no lo conozco personalmente, pero tengo amigos que lo son suyos y me han hablado de él.

Es un joven culto y entusiasta, sincero en sus ideas, y que no parece contaminado aún por la política á estilo mejicano. Su actitud frente á Carranza fué noble y valerosa. Se atrevió á sublevarse el primero, corriendo el mayor peligro, y en los momentos preliminares parecía que la suerte iba á serle adversa.

Además ha viajado, ha vivido en el extranjero, lo que es muy de apreciar en un país donde los gobernantes suelen no haber pasado nunca las fronteras. Fué cónsul algún tiempo en Nueva York. Antes de que iniciase esta revolución, sus amigos sólo sabían de él que amaba mucho las artes, con especialidad la música, y se dedicaba fervorosamente al cultivo de su voz: una bonita voz de tenor.

Este hombre representa lo que una virgen perdida en medio de comadres marrulleras, avinagradas y astutas, que pretenden rejuvenecerse con su contacto.

Tal vez acabe mal.

—Entonces, ¿no hay remedio para Méjico? —preguntará el lector.

Sí; lo habrá. No sé aún cuál puede ser, pero lo habrá. Yo soy optimista. En el mundo todo acaba por arreglarse. Se arregla bien ó mal, pero todo se arregla.

La vida es más fuerte que las barbaridades y los errores de los hombres, y unas veces de un modo suave, otras de un modo doloroso, siempre termina por restablecer el ritmo ordenado y progresivo, sin el cual no es posible la existencia.

VII

Los generales

Creo necesario empezar este artículo con un cuento.

Dicen que en la segunda década del siglo XIX, cuando el rey Fernando VII destruyó en España el régimen constitucional, para restablecer la monarquía absoluta, había en Madrid un cómico muy malo, rematadamente malo. El público, no pudiendo tolerar su falta de condiciones artísticas, intentaba arrojarle patatas á la escena; pero él, que era hombre listo, al presentir la tormenta, le salía al encuentro.

—¡Viva el rey absoluto!—gritaba con entusiasmo—. ¡Mueran los liberales!

Y la calma y el silencio se restablecían instantáneamente. ¿Quién osaba atacar á un hombre que profería tales gritos? Se hubiese interpretado como una traición al rey.

Algo semejante han hecho contra mí algunos que tienen un interés egoísta en sostener al actual gobierno mejicano; y lo mismo harán en el porvenir muchos, muchísimos, todos los que juzguen conveniente para su carrera defender á dichos gobernantes, atrayéndose de tal modo su gratitud.

—¡Ataca á la América latina!—gritan como el cómico—. ¡Desacredita á los que hablan su lengua y son de su misma civilización!...

Yo tengo un largo pasado literario que me defiende sobradamente de estos clamores pueriles. En los últimos veinte años he escrito bastante en defensa de las naciones hispanoamericanas, y he hablado en muchos países de lo que ha sido y es la civilización de origen hispánico en el nuevo mundo.

Y no he hablado solamente ante públicos de lengua española, pues esto representa convencer á los ya convencidos, sino que he ido propagando mis ideas por naciones de diversos idiomas. He dado conferencias sobre la civilización hispanoamericana en muchísimas ciudades de los Estados Unidos. Hasta las he dado en Méjico, donde resulta peligrosísimo, pues allá—exceptuando á una minoría ilustrada—todavía el vulgo, influenciado por una perversa educación, diviniza al azteca antropófago sacador de

corazones, atribuyéndole todas las virtudes históricas, y execra al español, que implantó en el país la civilización cristiana.

Es cosa habitual en los que se sienten culpables y no saben qué responder embrollar las cosas y desfigurar el pensamiento ajeno. Conmigo no sirve eso. Yo digo lo que pienso, y es inútil inventar lo que no he dicho ni diré nunca.

Una cosa es la llamada América latina—dentro de la cual está Méjico nación—, y otra la turba de aventureros de pistola que vive explotando y deshonrando al pobre pueblo mejicano. Defenderé siempre la independencia y la dignidad de las naciones que hablan mi idioma nativo y tienen algo de mi sangre; pero el hecho de que una turba de guerrilleros que pesan mortalmente sobre el infeliz Méjico empleen para expresar sus egoísmos y sus ambiciones el mismo idioma que yo, no es motivo para que los defienda.

He combatido en mis obras el militarismo alemán, juzgándolo fatal para el mundo. ¿Por qué voy á transigir con el militarismo mejicano, más grotesco é irracional que el germánico?...

Por lo mismo que soy español y amo la llamada América latina, he creído necesario combatir á ese militarismo de pistola que nos hace un daño horrible á todos los de nuestra raza. Si el Méjico de Obregón, de Villa y tantos otros

estuviese en el último extremo del continente americano, allá por la Tierra del Fuego, aún podría uno vivir sin ocuparse de él. Pero está junto á los Estados Unidos—la nación más poderosa de la tierra en estos momentos—, ha perjudicado con sus rapacidades revolucionarias á Inglaterra, á Francia y á otros países que dirigen la opinión del mundo, y esto repercute en desprestigio de todos los que por nuestro origen nos sentimos en relación de simpatía con ese pueblo desgraciado.

En otro artículo hablaré de lo que perjudica el estado anormal de la nación mejicana al crédito moral de los españoles—por ser los mejicanos de lengua española—y á las naciones más importantes de América que hablan el mismo idioma.

La humanidad no sabe geografía, y en sus juicios sobre los pueblos generaliza de un modo peligroso. Para las más de las gentes, el pobre Méjico, con sus diez años de revolución sin finalidad, es igual á otras naciones progresivas, tranquilas y de espíritu moderno como Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, etc. ¡Todas están en la llamada América latina!

Hay que decir la verdad, para que acaben estas confusiones lamentables.

¡La verdad!... Nada tan peligroso y tan antipático para algunos hombres.

Hace pocos días encontré á un mejicano que me dió en otro tiempo algunos de los datos que he empleado en mis artículos. Hay que advertir que yo no he inventado nada en estos artículos, pues no son una novela. Todo cuanto digo en ellos, anécdotas, murmuraciones, historias de robos, todo me lo han proporcionado los mismos mejicanos.

—Muy mal—me dijo—. Sus artículos le causan á Méjico un daño horrible.

—Entendámonos: ¿á Méjico ó á los que dominan y explotan al pobre Méjico? Porque le advierto que si perjudican á éstos, eso es lo que yo busco... Además, ¿no es verdad todo lo que cuento?

Iba á decirme que no era verdad: se lo adiviné en la expresión de su rostro. Luego debió acordarse de que él mismo me había comunicado mucho de lo dicho por mí, y contestó penosamente:

—Sí que es verdad; pero—añadió con energía—las verdades no son casi nunca buenas. Deben guardarse para entre los amigos, y no lanzarse al público.

Después de una pausa reflexiva, siguió diciendo, como si acabase de hacer un gran descubrimiento:

—Esos artículos debió usted haberlos escrito

para España. Nada nos importa lo que diga el público de allá. ¡Pero publicarlos en los Estados Unidos!...

Ya lo sabe el lector. La verdad sobre los asuntos actuales de Méjico no es artículo de exportación para los Estados Unidos.

Aquí sólo debe enviarse lo contrario de la verdad.

Y el que no haga esto, es un enemigo de Méjico.

* * *

No intento comparar el militarismo alemán con el mejicano. El alemán parece que murió ó que agoniza, y el mejicano está en plena juventud y aún dará mucho que hacer.

El militarismo alemán se basaba en la tradición, en la jerarquía, en el orden, y además ostentaba como origen las victorias de 1870. El militarismo mejicano se funda en el desorden, en la improvisación, fruto de la audacia, en la insurrección, medio seguro de subir, y sólo cuenta en su historia una serie de guerras civiles, de fusilamientos de mejicanos, de destrucciones de pueblos y ferrocarriles nacionales, estando aún por ver de lo que sería capaz en punto á inteligencia y pericia profesional si tuviese que defender su país de una agresión extranjera.

Los generales alemanes habían creado un emperador para siempre, que se perpetuaba por herencia de padre á hijo. Los generales mejicanos crean un emperador republicano de vez en cuando, á imagen de sus deseos y ambiciones; ayer Carranza, «el primer jefe», «el respetado maestro», sin perjuicio de derribarlo y de «suicidarlo»; hoy Obregón, el caudillo familiar que á todos adula y halaga; mañana otro—sea el que sea—, siempre que prometa dar lo que su antecesor no ha podido dar, por ser más los que piden que los recursos de la nación.

Hace algunos años no había en Méjico otros generales que los del ejército regular, militares de profesión iguales á los de los otros países.

Ahora hay generales creados por Carranza, generales hechos por Villa, generales que fabricó Zapata y generales de Félix Díaz.

¿Quién no es general allá?... Cuando yo, durante mi permanencia en Méjico, veía á un simple coronel, casi me inspiraba desprecio.

«Qué hombre será éste—me decía—, que ni siquiera ha llegado á general de brigada.»

Otra diferencia entre el militarismo europeo y el de Méjico. En el viejo mundo, el general habla de su espada y jura por su espada. El general mejicano, improvisado por la revolución, ignora la espada; no la ha tenido nunca. Él sólo conoce

el revólver, y caso de jurar, sólo puede decir teatralmente: «Lo juro por mi pistola.»

Generales y coroneles son jóvenes en su mayoría, escandalosamente jóvenes, y conservan en gran parte la agresividad y la travesura belicosa de los tiempos de la escuela primaria. Fueron empleaditos en la época de Porfirio Díaz, simples obreros ó vagabundos de mala cabeza que se alistaron en la revolución y consiguieron la pequeña águila dorada, insignia de su grado. Los de más alto origen fueron simples estudiantes. Y revueltos con estos generales de procedencia urbana figuran los generales de origen «ranchero», los rústicos iletrados, que escuchan á sus camaradas de la ciudad con verdadero deleite, estremeciéndose ante las palabras «libertad», «democracia», «reparto de bienes», que no comprenden bien, pero despiertan en ellos un escalofrío sagrado.

Todos estos generales se enorgullecen de su humilde extracción, la recuerdan como un título de honor; son generales socialistas, y algunos hasta imitan á los bolcheviques. Pero que los «camaradas» de más baja graduación se guarden bien de insubordinarse, pues en tal caso el «ciudadano general» dispone con toda tranquilidad un centenar de fusilamientos para restablecer la disciplina.

Casi todos odian el uniforme. Muchos no lo tuvieron nunca. Llevan el águila dorada en una solapa ó en el enorme sombrero de fieltro, y eso es todo.

Tienen otro distintivo: el revólver.

Yo recuerdo haber visto de joven en España, en Francia y en otros países europeos cómo los generales, cuando iban vestidos de paisano, llevaban debajo del chaleco un fajín rojo, distintivo de su grado, y les bastaba levantar las puntas de dicha prenda para hacerse reconocer.

El general mejicano también ostenta fajín, pero es de cuero: un cinturón-canana con medio centenar de cartuchos y detrás el revólver. Cuando se tropieza en las calles de Méjico con un señor que lleva desabrochados los últimos botones del chaleco para que se vean bien el cinturón y los cartuchos, no cabe duda alguna: es un general ó un coronel de la revolución que saca á paseo su pistola.

¡Y qué armas!... Quien no ha visto los revólveres de los guerreros mejicanos no ha visto nada. Todo lo que ha podido discurrir la imaginación en pleno delirio de un armero alemán se encuentra en Méjico: pistolas-ametralladoras, pistolas cuya funda de metal sirve de culata y pueden convertirse en carabina instantáneamente, pistolas con calibre de artillería y proyectiles ex-

plosivos. Yo me fuí sin ver pistolas que dijesen «papá» y «mamá» como los bebés de las tiendas de juguetes ó que tocasen una pieza de música mientras disparaban; pero algunos me aseguraron seriamente que las había en el país.

A veces el general es un joven nervioso, enjuto y de pequeña estatura—condiciones del soldado durable—, y no parece realmente un hombre como los demás. Es más bien una pistola enorme que anda sola llevando colgado de ella á un ser humano.

Otras veces se sienta uno en el tren y da un salto de sorpresa. Es que un general acaba de desaparecer por la puertecita que dice en su parte de arriba «Hombres», aligerándose antes del cinturón y todo su parque de artillería para dejarlo sobre la banqueta.

Las disputas entre estas gentes armadas á todas horas resultan peligrosas para ellas y para el público. A lo mejor, un general mata á otro á las doce de la mañana en una confitería de la avenida principal de la ciudad y nadie lo castiga. Otras veces empiezan á tirotearse en mitad de un paseo y la fiesta no termina hasta que ambos agotan sin resultado sus municiones: ¡asunto de media hora!... De tarde en tarde los tales encuentros tienen consecuencias. Muere alguien; pero casi siempre es un transeunte que no ha

huído á tiempo al ver que dos generales se miraban de reojo.

La imparcialidad me obliga á decir que no son los generales los únicos que llevan revólver por las calles de Méjico. Casi todos consideran este adorno como un acompañamiento indispensable. Hay que pensar que la ciudad, desde que se inició la revolución, vive una vida de novela folletinesca. Los confeccionadores de *films* no tienen que calentarse mucho la cabeza; les basta con leer todos los días los periódicos: robos, asesinatos, violaciones, partidas de enmascarados. Es la ciudad de la célebre «banda del automóvil gris», una banda de ladrones que el público mejicano ha supuesto siempre dirigida por generales, y cuyo capitán fué, según el vulgo, uno de los actuales candidatos á la presidencia de la República. La única diferencia entre militares y civiles es que los unos llevan el revólver á la vista y los otros medio oculto nada más.

El revólver sirve para todo. Cada vez que en Méjico fuí á una excursión campestre, los amigos sacaban á luz su pistola cuando había que abrir una botella.

—Es de lo más sencillo.

Y así fuese militar ó civil, le daba á la chapa metálica que cierra la botella con el gatillo del revólver cargado, hasta hacerla saltar.

¡Simpático país! La cortesía mejicana, muy afable y vehemente, hace que los amigos, mientras os dan una mano, pasen el otro brazo sobre vuestra espalda. Yo seguí esta costumbre, sólo que el brazo pasado por la espalda lo iba bajando curiosamente hacia la cintura. Nunca llegué hasta ella. En sus inmediaciones me detenía siempre una especie de cornisa metálica: el revólver con su funda y sus cartuchos, pues en Méjico los revólveres son de combate largo y necesitan una gran provisión de municiones.

Varias veces quise saber si el rector de la Universidad también usaba revólver; pero era un viejo malicioso que se escurría, evitando mis abrazos. Su misma precaución me hace sospechar que no iba yo equivocado.

—¡Mi querido amigo! ¡Qué placer el verle!...

Así fuí abrazando á todos, para encontrar al final el inevitable revólver. Todos lo llevaban: ministros, subsecretarios, periodistas, diputados y senadores. (Éstos con más razón, pues muchas veces las discusiones parlamentarias terminan á balazos, fuera del local.)

¡Qué más!... Hasta Carranza, el presidente de la República, llevaba bajo su *chaquet* negro, de corte severo, un pistolón y su repuesto de cartuchos.

¡Pobre don Venustiano! Conocía bien su época

y su gente. Sabía que estaba rodeado de personas de las que «se dan la vuelta» y alguna vez tendría que defender su existencia.

Lo que él no sospechó nunca es que los encargados de guardarle le despertarían una noche al grito de «¡Viva Obregón!», disparándole los fusiles á quemarropa y pretendiendo hacer creer después que se había suicidado.

¡Suicidarse Carranza, el hombre más tenaz que ha existido, y cuya testarudez la comparaban sus adversarios con la de una mula!...

Para los que le conocimos, esta suposición del suicidio es la cosa más absurda y más desvergonzada que ha podido inventarse.

* * *

Esta turba de generales agresivos, bullangueros y que dominan al país, teniéndolo bajo sus imposiciones, adora por el momento á Obregón.

Obregón es uno de su clase; es el general mejicano por excelencia y los suyos lo idolatran, viendo en él su propia imagen triunfante.

Todos ellos se indignan si los acusan de militarismo. No; ellos son simples revolucionarios, no quieren ser mas que ciudadanos; pero forman una casta que vive aparte del resto de la nación; se apoyan, se protegen, y para elevar á uno de los suyos, vuelven á los cuarteles ó se van á las

montañas y sublevan las tropas existentes ó improvisan tropas nuevas, llevando á cabo la revolución número sesenta y cuatro en solo un siglo.

Carranza, con todos sus defectos, tuvo en los últimos momentos de su vida una visión exacta de lo que necesitaba el país. Quiso crear un gobierno de civiles; quiso entregar la presidencia á un hombre civil, para que acabase por siempre el imperio de los generales y del militarismo. Como director de una larga revolución, sabía mejor que nadie lo que es y lo que cuesta el militarismo mejicano existente.

Pero escogió mal su candidato, confió demasiado en sus fuerzas, olvidó que la traición es la característica de la política nacional, y el resultado de su noble tentativa fué su derrota y su asesinato.

Ahora está más triunfante que nunca el militarismo en Méjico.

El civil Adolfo de la Huerta, presidente provisional, joven sincero y digno de respeto, no representa mas que un paréntesis. Si pretendiese imponer su voluntad y tener ideas propias, caería inmediatamente.

El militarismo manda en Méjico, y el militarismo está con Obregón.

—¿Y el resto del país?—preguntarán algunos.

¡Oh! El resto del país no existe hace años

para las combinaciones políticas, ni quiere existir. Únicamente tienen la palabra los que triunfan, ó sea los militares y los civiles que van con ellos en espera de ciertos puestos que sólo puede desempeñar un civil.

Inútilmente dirá Obregón que hay libertad y que todos pueden hablar. Si fuese un hombre nuevo, tal vez habría incautos que le creyesen; ¡pero Obregón! ¡un tipo tan conocido!... Nadie se ha olvidado de los fusilamientos que ordenó en otro tiempo por boca ajena; de los comerciantes que sacó á barrer las calles; de los prisioneros respetables encerrados en vagones de animales. Es una especie de procónsul romano de la decadencia, de los que acompañaban sus órdenes de suplicio con bromas y chistes. A nadie engañarán sus promesas. Todos guardan silencio, que es lo más prudente.

—¿Y el militarismo estará siempre con Obregón?—preguntarán otros.

No. Puede afirmarse lógicamente que no. Carranza tenía más prestigio que él: era el maestro, el jefe; pero como no podía contentar á todos, fué asesinado. Cuando Obregón no pueda cumplir sus promesas y las ilusiones que ha hecho concebir, cuando no encuentre colocación para tanta gente, los descontentos se sumarán á otros descontentos, y gritarán juntos: «¡Muera Obre-

gón!», «¡Viva Fulano!» (el que sea), y Méjico tendrá una revolución más.

Gente para la revolución no faltará, como lo demostraré en mi próximo artículo *El ejército mejicano*.

—Pero ¿qué se propone usted—me han preguntado algunos amigos—al atacar con tan duras verdades al militarismo de Méjico?

Pues simplemente contribuir en lo que pueda á su destrucción. Es la principal causa del atraso y del estado anárquico en que vive el país. Mientras éste no suprima á sus generales que aspiran á gobernarlo eternamente, mientras no esté regido por hombres civiles, pacíficos y de mentalidad moderna, será una triste excepción y un motivo de escándalo y de pena entre los pueblos civilizados.

En Méjico, las clases acomodadas huyeron del país y vagan por el mundo. La clase media y los elementos intelectuales permanecen allá, pero haciendo una vida deplorable, sin atreverse á hablar, ó bajando la voz para decir verdades. ¡Qué pueden hacer, si la fuerza la tiene el militarismo! ¡En quién apoyarse, si la parte más valerosa del pueblo, mantenida en la ignorancia —por los conservadores en otro tiempo y ahora por los generales que se llaman revolucionarios—, sigue á éstos ciegamente cuando le dan

una carabina y le prometen dos pesos diarios y manos libres!...

Yo tengo en mi podêr numerosas cartas que recibí antes de ir á Méjico y estando allá. Son lamentaciones de esclavos que denuncian los crímenes de sus opresores y dudan de que algún día pueda triunfar la verdad. Muchas de estas cartas resultan insultantes para mí, y por eso las guardaré siempre, para recrearme en su injusticia. Como me vieron allá rodeado por gentes del gobierno, me llaman en sus cartas «vendido á los opresores del verdadero Méjico», suponiendo que iba á entonar himnos de elogio en honor de Carranza y de este militarismo que tanto daño ha causado al país y que ha acabado por volverse contra su jefe. Necesitaban un vengador que denunciase á sus opresores, y yo iba á ser un elogiador más de éstos.

Y bien; ya se habrán convencido de que se equivocaron. Yo necesitaba estar arriba, entre los dominadores, para ver las cosas mejor; ahora las he visto, y sigo mi obra.

—¿Y qué obra es esta?...

Decir la verdad y atacar al militarismo triunfante.

Si lograse destruirlo, ¡qué gran día para Méjico!...

Un escritor es poca cosa para ello. Pero así

como hablo en los Estados Unidos, hablaré en Europa, hablaré en todas partes, y ¡quién sabe!...

Más fuerte y menos grotesco era el militarismo alemán, y sin embargo influyó poderosamente en su derrota el movimiento de opinión que fué levantándose contra él en todo el mundo.

Yo trabajaré para aislar á ese militarismo mejicano, para que no lo apoyen, por error, en el extranjero. Á ver si así se debilita y muere solo; á ver si los hombres civiles, oprimidos y humillados siempre en Méjico, dejan de ser servidores de cualquier «machetero» y gobiernan finalmente como en los pueblos modernos.

Y en esta conducta persistiré, si es que al militarismo no se le ocurre hacer que yo me suicide... lo mismo que Carranza.

VIII

El ejército mejicano

Méjico tuvo en otro tiempo un ejército regular y bien organizado, igual á los de los otros países. Pero la revolución iniciada por Madero lo quebrantó, y después la revolución acaudillada por Carranza lo destruyó completamente. El ejército llamado federal, por ser obra de don Porfirio, fué anulado como una institución nociva, y hasta las escuelas de oficiales quedaron cerradas. Haber sido oficial federal fué considerado como un estigma entre los revolucionarios triunfantes.

El ejército hoy existente son las antiguas bandas revolucionarias, que han tomado poco á poco apariencia de regimientos, y tienen á su frente los guerrilleros de ayer convertidos en coroneles. En la capital y las principales ciudades se ven algunos de esos regimientos medianamente uniformados, aunque nunca se llega entre

sus individuos á una completa unanimidad de aspecto. Además, los oficiales, en días de gala, se cubren de bandas y dorados más que ningún otro militar de la tierra. Y estos esplendores bélicos contrastan muchas veces de un modo grotesco con el color aceitunado del rostro y las barbas mal cuidadas.

Pero en el resto de la República, los soldados son unos simples campesinos con gran sombrero, dos cananas cruzadas sobre el pecho llenas de cartuchos y un fusil. La bayoneta no existe en el ejército mejicano. Los batallones de las ciudades la tienen como un complemento de su uniforme, pero no saben qué hacer de ella. ¿Para qué puede servir?... En Méjico, las batallas son largos tiroteos, que después cada general interesado interpreta á su gusto, convirtiéndolos en sublimes inspiraciones estratégicas é iniciativas tácticas á lo Napoleón. El caudillo que tiene más cartuchos y puede hacer fuego más tiempo, ese es el que se calza la victoria.

Obregón fué contra Villa un Joffre, un Foch, cuando tuvo á sus espaldas el puerto de Veracruz. Por allí llegaban los convoyes de municiones enviados de los Estados Unidos, cuyo gobierno tenía empeño en hacer triunfar á Carranza, olvidadizo é ingrato después.

Y como Villa ya no contaba con la protección

de los norteamericanos ni recibía municiones, tuvo que huir derrotado por Obregón, el gran estratega de una sola mano.

* * *

El ejército de allá es de ambos sexos, y no se sabe quién vale más, si los hombres ó las mujeres.

El mejicano va á todas partes con su mujer. Es sentimental, enamoradizo, pronto á engañar á la esposa legítima con otra; pero la esposa es la compañera de desgracias y alegrías, la socia en la vida dura, y necesita su apoyo y su consejo.

Cuando viajéis en un tren mejicano, tened la seguridad de que, medio ocultas en algún vagón, van la mujer del maquinista y la del fogonero, así como las de los empleados que revisan los billetes y cuidan de los frenos. Que le pase alguna desgracia á «su hombre», que alguien lo insulte, é inmediatamente veréis surgir á una mujer que llora desesperada ó ataca con uñas y dientes al enemigo. El mejicano no sabe ir á ninguna parte sin «la vieja», apodo cariñoso que da á la mujer, aunque ésta tenga veinte años.

Lo mismo ocurre en el ejército. Cada soldado representa una mujer que sigue al regimiento, y las más de las veces varios chicos.

En tiempo de paz, si estáis en la capital, ve-

réis algún destacamento fusil al hombro que va á cambiar una guardia ó se dirige á las afueras. Fijaos bien. Por la acera inmediata avanza, marcando el mismo paso que el grupo de soldados, otro grupo de mujeres arrebujadas en sus mantos negros, de tez cobriza y extremadamente delgadas, como si la agitación de una vida sin descanso no les permitiera criar grasa. Todas llevan una cesta al brazo y en torno de ellas trota un enjambre de pequeñuelos descalzos y con la panza cobriza al aire. Estos niños sonríen á los soldados y miran con respeto al oficial, especie de dios temible que les impide ir á agarrarse de la mano del padre.

En torno de los cuarteles, á ciertas horas del día, los umbrales de las puertas y los filos de las aceras se cubren de hembras que se sientan apretadas y en correcta fila. Con sus mantos negros y sus vestidos blancos, recuerdan á los pingüinos cuando se alinean al borde de los acantilados del Océano glacial. Todas estas mujeres, apodadas «soldaderas», tienen una cesta junto á los pies que contiene la comida para «su hombre». Y en plena calle, en las estaciones de ferrocarril ó en el campo, el soldado, sentado en el suelo con la mujer y los hijos, come con una lentitud majestuosa.

Las mujeres van sucias y muchas veces vis-

ten andrajos—su pobre existencia no se presta á muchos cuidados personales—, pero siempre es maravillosa la limpieza y hasta el arte ingenuo que ofrecen las comidas preparadas por ellas. En la cesta viene un mantel bordado de colores y con flecos para extenderlo sobre el suelo. Los pucheros y platos son de barro, con grecas pintadas que recuerdan la alfarería de los aztecas. Luego que el soldado ha comido, se levanta, aprieta sus correajes y toma su fusil. Los pequeños se limpian con el revés de una mano lo que les cuelga de las narices y besan con devoción la diestra del papá, que los bendice.

—¡Con Dios!—dice al despedirse, si los tiempos son de revolución—. A ver si vuelvo.

Los niños no le entienden, pero la mujer seca y cobriza, envuelta en su manto negro, mueve la cabeza con una resignación fatalista. ¡La muerte! ¡Es tan fácil morir en un país de continuas revueltas!... Así se fué el otro hombre que tuvo antes de éste, y no volvió más; así desapareció otro anterior que fué el primero.

Porque las «soldaderas», llamadas también por otro apodo «galletas», son de una fidelidad inquebrantable para su hombre, pero pasan sin vacilación alguna á unirse con otro cuando el anterior ha muerto ó vive y las repudia. ¿Qué puede hacer en el mundo la pobre «soldadera»

sin un soldado? Ni el amor ni la belleza influyen en estas uniones. Lo que se aprecia en la mujer es su habilidad para encontrar la comida y presentarla; su aguante para el trabajo y la fatiga. Los muertos legan sus compañeras á los que quedan vivos. Como el ejército mejicano está compuesto de las más disparatadas edades, se encuentran soldados de quince años unidos con «galletas» que pueden ser sus madres y hasta sus abuelas. También se ven soldados viejos, con la cara erizada de púas blancas, recibiendo la comida de una adolescente que puede ser su nieta, y que le dejó en herencia un compañero de armas muerto en un combate.

Pero es en la guerra, en pleno campo, donde la «soldadera» da pruebas de todo el poder de resistencia y abnegación que hay en su organismo. Muchos jefes mejicanos han querido suprimirla, pero al fin tuvieron que transigir con ella y buscar su apoyo. ¿Qué hacer en un ejército que carece de administración y de sanidad, confiándose al acaso la manutención y la curación del soldado?... La «soldadera» se encarga de suplir estas deficiencias. No sólo cuida de su compañero, sino que socorre al jefe muchas veces.

—¿Tienes algo que comer?—pregunta el capitán á cualquiera de sus hombres al hacer alto en la marcha.

La situación del oficial es peor que la del soldado. El oficial no tiene «galleta».

—No, mi capitán. Pero ahora vendrá «la india», y de seguro traerá algo.

«La india» es otro apodo cariñoso para cuando el soldado se cansa de decir «mi vieja».

Durante las marchas, las «soldaderas» van á vanguardia, adelantándose varios kilómetros á las tropas, para que «el hombre», al llegar, encuentre encendido el fuego y lista la comida. Pueblos y aldeas temen más á las mujeres de los soldados que á los mismos soldados, á pesar de que éstos no tienen mas que vagas nociones sobre el respeto de la vida y de la propiedad. Las «soldaderas» caminan días enteros con un niño de cada mano, otro invisible que espera el momento de aparecer y va delante, meciéndose al compás de la marcha maternal, dentro de su prisión esférica, un lío de mantas y colchonetas sobre la cabeza y muchas veces como remate un loro. Y esta mujer que parece tan ocupada con su impedimenta es temible. Por donde ella pasa, no queda árbol con fruta, campo con verdura, corral con gallina, ni establo con cerdo. Todo se lo lleva por delante; la tierra la deja á sus espaldas seca y yerma como si fuese una nube de langosta.

En los países estériles, donde otros morirían de hambre, ella encuentra que comer. En los pue-

blos que han sido saqueados siete veces en una semana ella realiza el octavo saqueo, y siempre da con lo que necesita.

Á veces, al marchar varios kilómetros delante de sus hombres, se encuentran con las «soldaderas» del enemigo que avanza al encuentro de aquéllos para exterminarlos.

Si ambos grupos no tienen hambre, si un saqueo reciente ha satisfecho sus necesidades, entonces sienten el noble odio patriótico y político, y mujeres y chiquillos se pelean á pedradas y palos, mientras llega la hora de que los hombres combatan á tiros.

Pero casi siempre las «soldaderas» de uno y otro bando carecen de algo, y se establece entre los dos grupos un fraternal intercambio. ¡Hay que vivir! ¡No siempre se debe pelear entre cristianos!... Las que no tienen víveres dan dinero á las que los poseen.

Á veces, el dinero pierde todo valor. Lo que quieren unas á cambio de sus comestibles es que les den cartuchos. Sus hombres andan escasos de municiones, y los que defienden al gobierno las tienen en abundancia.

Y la «soldadera» desanda varios kilómetros de camino para ir en busca de su hombre.

—No quieren plata. Dicen que sólo darán comida á cambio de cartuchos.

Él no se sorprende. Haría lo mismo, en la situación de los otros.

—Toma.

Y entrega á la mujer un puñado de cartuchos, algunos de los cuales puede matarle una hora después.

Lo primero es comer. Esto es lo cierto. Lo otro, lo de la muerte, resulta problemático.

Esta indiferencia no significa realmente valor. Valor es el empuje del que, viviendo en la comodidad, no teme sacrificarse y desafía al destino. Esto es simplemente desprecio de la vida, fatalismo, falta de miedo ante la muerte, que por horrible que sea no resultará peor que la existencia presente.

* * *

El pueblo mejicano es un pueblo cantor, que ama por instinto los versos y la música. En todas las tropas, los hombres más respetados son los que saben tocar la guitarra y cantan por las noches antes de la hora de dormir. Los compañeros les protegen y se desviven por servirles. Ven en ellos á la santa poesía. Se preocupan de que no les alcance un balazo, ni á ellos ni á la guitarra. ¿Qué harían sin el cantor?...

Otra particularidad es que todos los cantos revolucionarios tienen un nombre de mujer. *La*

Adelita, La Valentina, etc. Algunas veces es un nombre de animal, por ejemplo *La cucaracha,* canción favorita de los de Villa.

La Valentina es la *Marsellesa* de los mejicanos del presente. Cuando empiezan á cantarla las gentes del campo, es que se prepara alguna revolución. Y sin embargo, sus versos no son belicosos. Es el lamento de un vagabundo aficionado al vino que le canta á Valentina.

Pero la estrofa final basta por sí sola para justificar la gran popularidad de este canto:

> Valentina, Valentina,
> rendido estoy á tus pies;
> *si me han de matar mañana,*
> *que me maten de una vez.*

Toda la psicología del pueblo mejicano, su resignación fatalista, su desprecio á la muerte, su conformidad con la desgracia en que vive, su impotencia para levantarse, están encerrados en estos dos versos. Por eso ama tanto la canción. Resume toda su filosofía.

> Si me han de matar mañana,
> que me maten de una vez.

* * *

No hay miedo de que una revolución fracase en Méjico por falta de hombres. Podrá fracasar

por falta de armas, por escasez de dinero, por mala inteligencia entre los directores; pero hombres los encuentra siempre.

Apenas se susurra que puede haber revolución, empiezan á marcharse los peones de las haciendas. Son muchos los que prefieren sufrir hambre y sed en los desiertos, pero con una carabina y pudiendo imponer sus caprichos cuando bajan á poblado.

Además, hay la gran masa de los pasivos, de los resignados, que no temen á la muerte y constituyen la mayoría del pueblo mejicano. Éstos no van á la revolución; los llevan.

—Estaba tranquilo en mi rancho—dicen muchos guerreros viejos—, me quitaron mi vaca, me quitaron mi caballo, y yo les dije á aquellos hombres: «Ya que se llevan todo lo mío, denme un rifle y me iré con ustedes.» Mi vieja fué de la misma opinión. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?...

Y la guerra civil adquiere de este modo un nuevo combatiente y una nueva «soldadera».

La inconsciencia de estos soldados es asombrosa. Se baten y mueren sin saber por qué, mientras los periodistas á sueldo de los generales hablan pomposamente de «las entusiastas tropas revolucionarias», de «los sacrosantos principios que defienden», etc.

Hubo un momento en el segundo período de la revolución, cuando Villa iba por un lado, Carranza por otro y el gobierno surgido de la Convención de Aguas Calientes por otro, en que muchas tropas no supieron al batirse por quién lo hacían ni para qué. Antes de empezar el combate, los soldados dudaban al dar el mismo viva del día anterior, temiendo que las cosas hubiesen cambiado en pocas horas y los del grupo inmediato los tomasen por enemigos.

—Y ahora, ¿qué somos?—preguntaba un combatiente á otro al hacer sus primeros disparos de fusil.

—No lo sé—contestaba el compañero—. Se lo preguntaré á nuestro capitán.

—Y yo—me dijo el capitán al contarme esto—sabía lo mismo que ellos.

* * *

Cuando el mejicano no se deja convertir en soldado, por su irresistible afición á las armas ó por su apatía fatalista, se le obliga indirectamente.

Conozco á un general que goza fama entre sus entusiastas de gran improvisador de tropas.

—Se lanza al campo—me dijeron—con solo su asistente y unas cuantas carabinas, y al mes vuelve con quinientos hombres, á los dos meses

tiene cinco mil, y así continúa, hasta reunir un verdadero ejército.

Una noche, comiendo con el tal general, me reveló algunos de sus secretos de organizador. Recuerdo uno de sus éxitos. Llegó á un distrito minero para levantar tropas. Se ganaban allí buenos jornales; se trabajaba mucho; nadie quería ser soldado. Pero el general mandó destruir las entradas de las minas, con el pretexto de que sus dueños eran enemigos del pueblo, y al día siguiente tuvo trescientos voluntarios y á la semana más de mil.

Esta hazaña me la contó con verdadero orgullo.

A veces, estos soldados improvisados muestran una simplicidad conmovedora.

En un combate, uno de ellos, con la rodilla en tierra, fué disparando su fusil. Tenía cien cartuchos. De vez en cuando miraba su canana. «Aún me quedan sesenta.» «Aún me quedan cincuenta y cinco.»

Tiraba al vacío, sin apuntar, con la regularidad mecánica del que realiza su trabajo honradamente. Al disparar el último cartucho se levantó, yendo á retaguardia al encuentro de su capitán.

—Aquí tiene, patrón.

Y le entregó el fusil.

El capitán hizo un gesto de extrañeza. ¿Qué significaba esto?

—Ya terminé; ya he quemado los cien. Ahora que trabajen otros. ¡La igualdad, patroncito!...

Y se fué en busca de «su vieja».

Es original este modo de entender la guerra, pero hay que añadir que los que tal hacen mueren ó matan con una indiferencia absoluta.

Las «soldaderas», pobres bestias de carga, productoras de soldados y de «soldaderas» para el porvenir, son también en ciertos momentos de un valor heroico. Ellas curan á los hombres como pueden cuando les ven caer heridos; ellas toman el fusil del muerto y siguen disparando.

En algunas ocasiones inventan estratagemas simples, dignas de las campañas de la antigüedad. Me han contado de una operación en la que las tropas avanzaron por un camino, y por otro camino paralelo avanzaron las «soldaderas» con todos sus chicuelos, arrastrando grandes ramas de árbol que levantaban una polvareda densa. Esta nube cegadora desconcertó los cálculos del general enemigo.

—Traen caballería... Traen artillería.

Y ordenó la retirada á los suyos.

Los generales de la revolución también se sienten acompañados en la guerra por los mismos afectos familiares que hacen que el soldado no

pueda marchar sin su «galleta». Necesitan que la generala les siga en sus campañas, para no pasar solos las noches en el vivac.

Los guerrilleros mejicanos son así. En mi novela *El águila y la serpiente* tendré más extensión para explicar las contradicciones de su psicología. Los hay que se muestran á la vez sentimentales y crueles, que se enternecen y fusilan, que aman la familia y el hogar, y sólo están contentos cuando andan vagabundos por montes y llanos defendiendo una revolución. Además, las tradiciones ejercen todavía una gran influencia en los que proceden del campo.

Villa es el tipo perfecto de estos últimos. No fuma, no bebe, su debilidad es la mujer, y la presencia de una buena hembra produce en él tan hondo efecto, que inmediatamente se le cae por su propio peso la enorme mandíbula inferior que abulta su rostro y un hilo de baba empieza á chorrearle... la baba de la emoción.

Un hombre así podría llevarse á una mujer á viva fuerza. Peores cosas tiene en su historia. Pero él es un individuo de principios:

—Hay que hacer las cosas como Dios manda y la Santa Madre Iglesia.

Y siempre que le gusta de veras una hembra, se casa con ella con la mayor solemnidad posible. Una vez, hasta hizo obispo á un curita indio,

compadre suyo, para que lo casase puesto de mitra con una dactilógrafa mejicana.

El empleado del registro civil acudía siempre con su libro á estos matrimonios, y Villa, que sólo sabe firmar, garrapateaba su firma al pie del acta matrimonial. Luego se llevaba á la nueva esposa al vagón-salón en que vivía á todas horas, como los antiguos jefes de banda vivían bajo la tienda de campaña.

Al despertar al día siguiente, lo primero que se le ocurría era llamar al empleado del registro civil, el cual se presentaba temblando, con la sospecha de ser fusilado.

—¿Trae usted el libro?... ¿Cuál es la hoja?

Se hacía explicar dónde estaba el acta, al fin la reconocía por su firma, y agarrando la hoja, la rasgaba tranquilamente para guardársela en un bolsillo.

Así quedaba todo en regla.

Él era un hombre serio, fiel á su primera mujer, la verdadera, y no quería dejar rastro de una simple broma.

IX

El silencio de Méjico

La capital de Méjico es una ciudad triste.

De día, bajo el sol esplendoroso y el cielo azul, ofrece un aspecto animado. Además, circulan por sus calles hermosas mujeres de piel dorada y grandes ojos. Pero al cerrar la noche recobra su aspecto de ruina melancólica.

Este ambiente de tristeza y soledad se agranda con una espléndida iluminación. La tristeza de algunas ciudades antiguas parece disimularse en la penumbra romántica que las envuelve apenas declina el sol. En cambio, Méjico es una de las ciudades mejor iluminadas de la tierra. Nueva York, fuera de los sitios en que abundan los anuncios luminosos, es un lugar de tinieblas comparado con las calles de la capital mejicana.

La electricidad es muy barata. La produce un salto de agua que representa una fuerza enor-

mísima. Esta energía hidráulica da luz á todas las ciudades de la meseta mejicana y mueve las máquinas de fábricas y minas.

Por esto la iluminación es espléndida hasta la prodigalidad. Cada ocho pasos hay una columna de hierro con cinco grandes faroles. Las principales calles están envueltas en un resplandor de incendio; los reverberos parecen tocarse á pocos metros del paseante, formando dos apretadas murallas de luz.

Y bajo este resplandor casi diurno, la soledad, la nada, que aún parecen hacerse más visibles al pasar de tarde en tarde un transeunte. El problema, después de la comida, en esta ciudad luminosa y sin gente, es angustioso para el que no quiere meterse en un teatro. «¿Qué haré? ¿Adónde puedo ir?...»

Yo vagaba todas las noches por la avenida principal de Méjico, parpadeando ante el exceso de luz. Al poco tiempo conocía á todos mis compañeros habituales de paseo, como se conocen sin saludarse los que comen en el mismo *restaurant* ó se sientan en el mismo *hall* de hotel. De tarde en tarde pasaba un perro. Y yo lo saludaba mentalmente: «Adiós, amigo.» El mismo perro de todas las noches. Minutos después pasaba un marido llevando del brazo á su esposa, excelente señora en estado interesante, que salía

á tomar el aire con las ropas flojas y balanceándose á causa de su amplitud esférica. También la saludaba con el pensamiento, como si la conociese toda mi vida. Ni una sola noche dejábamos de vernos. Y así iban desfilando los otros parroquianos de esta gran avenida regiamente iluminada y tan solitaria como una calle de pueblecito: familias que volvían lentamente de las tertulias, parejas de enamorados de tardo paso, atropelladores automóviles de alquiler.

De tarde en tarde, un pequeño grupo de gente inmóvil. Era la puerta de un teatro ó un cinematógrafo. Algunos pasos más allá, otra vez el silencio, la soledad, la nada luminosa, el resonar de los pasos en una calma casi lúgubre.

Decididamente, Méjico está triste. Los que vivieron siempre en él afirman que en otros tiempos no fué así. Esta ciudad, llamada por un viajero ilustre de la época de la dominación española «ciudad de los palacios», tenía hace algunos años, cuando aún gobernaba Díaz, una vida nocturna elegante y divertida, lo mismo que todas las grandes capitales del mundo.

No lo dudo. Como entonces había paz y riqueza, aunque la libertad fuese poca, la gente paseaba de noche y vivía falta de preocupaciones graves. Pero ahora, después de diez años de continuas revueltas, de vida insegura y nego-

cios desastrosos para todos aquellos que no han seguido la profesión de revolucionario, ¿qué aspecto puede ofrecer esta capital que no sea de tristeza y desaliento?...

Además, todos los antiguos ricos que sostenían las diversiones son ahora pobres ó andan fugitivos lejos de Méjico. Y los nuevos ricos no quieren hacer alarde de su bienestar y fingen una existencia modesta, para que nadie les pregunte cuál es el secreto que les ha permitido reunir millones en pocos años.

Lo peor es que esta situación no ofrece término ni remedio. La gente ya se había acostumbrado á vivir bajo Carranza, como el que se familiariza con una enfermedad. Era malo, pero peor iba á resultar una nueva revolución. Muchos optimistas se imaginaban que ya no habría otra. Y la revolución vino; y puede afirmarse, sin miedo á error, que no será la última; pues esta revolución, hecha por varios hombres para obtener una presidencia que es única, significa nuevas revoluciones dentro de plazos más ó menos breves.

* * *

Yo me imagino lo que han visto y han sufrido los vecinos fieles de Méjico que no abandonaron nunca sus viviendas tradicionales, y

me explico, después de esto, que permanezcan de noche retraídos en sus casas, no saliendo de ellas mas que cuando hay algún acontecimiento muy sonado.

No quiero recordar los primeros tiempos de la revolución triunfante, con sus saqueos de casas ricas y las destrucciones de bibliotecas y obras de arte. Muchas revoluciones, en sus primeros momentos, han tenido hechos tan tristes como éstos. Además, el pobre indígena, á quien nadie—ni conservadores ni liberales—ha enseñado el camino de la escuela y al que se le aconsejaba únicamente la violencia, se creyó con perfecto derecho á desgarrar los libros, ó á quemarlos ó venderlos. Estima en más su carabina. Mira en torno de él, y su malicia de campesino le enseña que en Méjico no es leyendo libros como los hombres se hacen poderosos y gobiernan á los otros, sino montando en un jaco, con un manojo de cuerda en el arzón de la silla, el rifle á un costado y el machete colgando del puño.

Pero después de las violencias preliminares y espontáneas, vinieron las violencias reglamentadas y ordenadas como un programa de teatro, las violencias frías, semejantes á las que dispuso en Europa el militarismo alemán para inspirar terror. ¡Qué no han visto las personas

tranquilas y pacíficas que se quedaron en Méjico!... ¡Qué no han sabido las familias fugitivas que viven en Nueva York, en Los Ángeles, en París, Londres ó Madrid!...

Cada general triunfador se fué á vivir en la casa que mejor le pareció. De este modo, los instintos de hombre de familia, que se confunden en el guerrillero mejicano con sus condiciones de dureza y crueldad, pudieron darse libre curso. «Este automóvil para la vieja.» «Esta sillería le gustará mucho á mi india.» Lo mismo que hicieron los militares alemanes en las ciudades de Francia, ¡excelentes padres y esposos á la hora de robar!...

Existen en la actualidad pocas casas pertenecientes á los revolucionarios victoriosos donde las visitas, al marcharse, no se digan con misterio: «¿Se ha fijado usted? Esos muebles eran de la casa de don Fulano.» Algunas revolucionarias consortes ostentan, sin miedo alguno—seguras de que nadie osará reclamar—, joyas que fueron de otras mujeres antes de la revolución y que les han regalado sus triunfadores maridos.

Las que son prudentes proceden de otro modo. Una actriz muy popular en Méjico, cuya misión fué en los últimos años recibir de los generales jóvenes de Carranza juramentos de amor y alhajas del revolucionario botín, tiene un joyero á

sus órdenes que no hace mas que cambiar piedras y adornos, convirtiendo los pendientes en sortijas, las sortijas en adornos de pecho, etcétera... Después de esto, que busque la primitiva dueña...

Además, hubo el robo de iniciativa particular y aparato misterioso, semejante á los dramas policíacos de la cinematografía: hubo la famosa «banda del automóvil gris».

Las familias acomodadas que se atrevían á salir de sus casas por la noche, encontraban al regreso las puertas abiertas, todos los muebles forzados, con los cajones vacíos y la servidumbre atada y amordazada. Sobre una mesa veían un papel. «Es peligroso quejarse. Silencio absoluto.—*Los del automóvil gris.*»

Y la gente sólo se atrevía á comentar el hecho en voz baja con los amigos más íntimos.

Otras veces eran robadas las casas de los ricos que habían huído. Esta operación podían realizarla con toda impunidad, pues los transeuntes, al reconocer el terrible automóvil gris parado ante la puerta del edificio, procuraban huir lo antes posible.

Había razón para temer al tal vehículo. Sus tripulantes, aunque bandidos vulgares, resultaban todopoderosos. Su jefe, según la murmuración pública, era un general joven, de mala

cabeza y peores costumbres, que regalaba á las actrices las mejores joyas de su rapiña. El alto protector de esta empresa de robo novelesco —aquí entra lo enorme, lo inverosímil—era el general don Pablo González, candidato ahora á la presidencia de la República y en aquel momento gobernador dictatorial de la ciudad de Méjico y su distrito.

Repito que la cosa es difícil de tragar, y yo no la creo; pero para mucha gente, don Pablo es el del «automóvil gris». Tanto es así, que durante la última campaña electoral los enemigos de su candidatura hicieron un *film* policíaco, «La banda del automóvil gris», que se proyectó en todos los cinemas de la República, y no había quien no comprendiese la intención de sus autores. Querían refrescar la memoria del público.

La verdad es que todo resultó muy misterioso en este asunto. Cuando don Pablo no mandaba ya, Carranza, para dar satisfacción al público, consiguió prender á todos los del «automóvil gris». Pero prendió á los simples ejecutantes nada más, á los vulgares ladrones que realizaban los robos.

«Ellos hablarán; ellos denunciarán á sus jefes», decía la gente, en espera de revelaciones sensacionales.

Pero los ladrones fueron muriendo en la cár-

cel, siempre en vísperas del día en que iban á ser juzgados. Unas veces los mataba en riña algún preso; otras morían de una enfermedad fulminante y misteriosa.

Y ninguno habló.

* * *

El peligro de la vida ha sido durante años más amenazante para los vecinos de Méjico que el peligro de la propiedad.

Los zapatistas son los más malfamados de todos los numerosos grupos políticos de Méjico. En realidad, aparecen como los únicos revolucionarios sinceros. Más que partido fueron una secta, y Zapata un profeta al que seguían con fanatismo. «Tierra para todos» era su lema. Fueron bárbaros: una especie de hunos, que caían sobre la ciudad de Méjico como las invasiones de bárbaros sobre Roma; pero eran honrados. Yo no sé que Zapata ni ninguno de los suyos se enriqueciese. Lo rompían todo, pero no se les ocurría llevarse en el bolsillo los fragmentos de las riquezas destruídas.

Junto con estos bárbaros desinteresados de la revolución llegaba Villa, y la gente culta tenía que ir á rendirle homenaje ó á implorar el perdón de su existencia en aquel coche-salón perpetuo domicilio suyo, que fué para la historia contem-

poránea de Méjico lo que la tienda de Atila para los albores medioevales.

Pues bien; zapatistas y villistas, que desde hace tiempo son designados como «bandidos» por los mismos que se sirvieron de ellos en los primeros tiempos de la revolución, inspiraban menos miedo á los vecinos pacíficos y honorables de Méjico que la proximidad de las fuerzas gubernamentales.

—¡Que vienen los carrancistas!—anunciaba la gente al retirarse los de Zapata ó los de Villa.

Y todos se echaban á temblar.

Los carrancistas eran don Pablo González y Alvaro Obregón. El viejo Carranza venía detrás, desde Veracruz, con todo el personal administrativo, y los dos generales citados eran los que representaban la vanguardia del carrancismo triunfador.

¡Qué interesantes y amenos estos dos compadres, que ahora, después de la caída y el asesinato de Carranza, pretenden que el mundo los acepte como dos personajes nuevos, como dos virginidades políticas!...

Don Pablo, siempre atento en apariencia con las personas y respetuoso con la ley, llamaba á un grupo de oficiales suyos.

—Formen un Consejo de guerra; juzguen á Fulano y fusílenlo. Necesito que desaparezca.

Se reunía el Consejo de guerra, daba explicaciones el acusado, demostrando su completa inocencia, hablaba con indignación el defensor, y al final era tan visible la injusticia de la acusación, que los jueces no podían menos que dar un fallo absolutorio, dejando en libertad al reo.

No por esto se inmutaba don Pablo. Rasgaba la sentencia y decía á un ayudante: «Vaya usted á buscar á Fulano.» Fulano estaba en su casa, contentísimo, rodeado de su familia, felicitándose todos del terrible peligro de que acababa de librarse, cuando venían á llevárselo de nuevo.

—Será algún trámite que queda por cumplir —decía el infeliz—. Alguna firma que falta.

Y minutos después lo fusilaban.

Estas bromas sombrías de don Pablo se repitieron varias veces.

Obregón es más alegre, más expansivo, más teatral. Recuerda algo á Guillermo II. Por esto sin duda el kaiser mostró tanto interés en conocer el libro escrito por Obregón, según éste cuenta. La semejanza no es únicamente porque el uno tiene un brazo inútil y el otro lo tiene ausente; estriba también en el carácter de ambos desequilibrados, predispuestos á los discursos sensacionales, á los golpes escénicos, á las ostentosas revistas de tropas.

Al entrar en Méjico el vencedor de Villa,

aprovechó una reunión pública para insultar al vecindario. Dijo que todos los mejicanos de la ciudad eran unos afeminados, dignos de llevar enaguas.

—Aquí no hay más hombre que esta ciudadana; y en prueba de estimación, le regalo mi pistola.

Y entregó su pistola á una ciudadana maestra de escuela que llevaba adornado el pecho con dos cananas de cartuchos y había figurado entre los carrancistas.

Los de Méjico merecían tales insultos del elocuente general por no haber querido mezclarse en la revolución lo mismo que los vecinos de Guadalajara y de Puebla, ciudades igualmente importantes.

El llamado «héroe de Celaya» abofeteó á comerciantes, les hizo barrer las calles, y como la mayoría de estos comerciantes eran españoles, añadió insultos á España, para mostrar así un mejicanismo burdo que se cree más superior cuanto más denigra al extranjero.

Además, fusiló y fusiló; sólo que esto lo sabe hacer de otro modo que don Pablo.

¡Ah, gracioso Obregón! Hay que oirle contar las distinguidas hazañas del general Hill.

—Y entonces, Hill, que es muy bromista, le puso la pistola en la frente al tendero. Luego

lo hizo arrodillarse para ser fusilado, y el pobre hombre se murió poco después del susto.

—...Y entonces, Hill los mandó pasar por las armas. Él es así.

—...Y entonces, Hill agarró á los curas, los metió en unos vagones de ganado y los envió á Veracruz sin comida, recomendando que el viaje durase muchos días. ¡Es un demonio que no cree en nada!

—...Y entonces, Hill les dijo á los gachupines (apodo de los españoles) que, ó soltaban cien mil pesos, ó los fusilaba. Y los gachupines los soltaron.

Escucha uno asombrado las barrabasadas de Hill, que el general manco subraya con una sonrisa de excusa. ¿Quién será este Hill? ¿Algún superior cuyas órdenes puede Obregón comentar, pero no impedir?...

No; el general Hill fué simplemente el jefe del Estado Mayor de Obregón; su segundo, que no hacía nada sin su permiso.

Es el caso más cruel que conozco de hipocresía regocijada.

* * *

El silencio de Méjico no se nota únicamente en la ciudad, se ha extendido á las personas. Cuanto más alto se halla un hombre intelectual-

mente, cuanto mayor es su distinción espiritual, más reservado se muestra. Las gentes sólo se atreven á hablar en lugar cerrado y cuando el oyente les inspira confianza. ¡Han visto cosas tan horribles! ¡Hay tantos motivos para sentir miedo!...

Algunos que tienen interés en desfigurar lo que yo digo—ya que no pueden contradecir la verdad—afirman que pinto un Méjico en el que sólo existen tipos grotescos y ladrones.

Es cierto: yo pinto esos tipos; pero digo á continuación que son los hombres que gobiernan ó pretenden gobernar, y añado que detrás de ellos, modestamente, en la sombra, para no verse sacrificado ó errante por el resto de la tierra, está el verdadero Méjico, el que yo respeto y deseo ver triunfante.

Méjico posee hombres eminentes, hombres civiles y civilizados, que no han sido nunca generales, pero hicieron ilustres sus nombres en las artes de la paz. ¿Dónde están?... Unos pocos, por amor á la tierra natal, se mantienen en Méjico, aunque procuran pasar inadvertidos y que la política no se acuerde de ellos. Los demás huyeron de este ambiente mortal, y viven en los Estados Unidos, en Cuba ó en Europa. Jamás hablaré contra ellos. Precisamente son la única esperanza de salvación y regeneración que le queda al

pobre Méjico para cuando se sienta cansado de bailar la danza frenética de la anarquía militarista y caiga extenuado en el suelo. Pero ¿qué tienen que ver los antiguos ministros que esbozaron la prosperidad del país, los escritores, historiadores, médicos y abogados ilustres nacidos allá, con el tortuoso don Pablo, el desequilibrado Obregón, el antiguo cuatrero Villa y toda su turba de generales de pistola?... ¿En virtud de qué principio, criticar los crímenes de éstos y burlarse de sus ridiculeces significa que Méjico no tiene otros hombres para ser gobernado con desinterés y espíritu progresivo?...

La causa de que yo respete á esos mejicanos huídos de su país y tenga confianza en ellos—á pesar de que á la mayor parte no los conozco de cerca—es precisamente porque viven en el extranjero, porque han viajado y poseen un espíritu amplio é internacional, cuya carencia se nota en Méjico.

Dicen que en tiempo de Porfirio Díaz se respetaba allá al extranjero, se le buscaba, se le hacía venir, comprendiendo que con él llegaba el adelanto. Ahora no es así. No he visto ningún pueblo en toda la tierra más refractario al extranjero, más pronto al salvajismo en las relaciones internacionales.

Tratando á sus gobernantes se comprende

esta situación. Casi ninguno de ellos ha salido del país. Carranza, que tenía cierto talento natural, barbarizaba del modo más lamentable al hablar de los Estados Unidos y de Europa. Luego, al explicarle yo la verdad, ponía ojos de asombro, como si le contase un cuento de hadas. Algunos de sus ministros aseguraban conocer los defectos de los Estados Unidos por haber estado unos días en San Antonio de Texas. Luis Cabrera, el sabio de la compañía, el que había viajado más, al hablar de los Estados Unidos, de varias naciones de Europa visitadas por él y de la Argentina y Chile, sólo recordaba lo que había leído de malo contra ellas en los periodiquitos más insignificantes de la oposición, desconociendo sus grandezas, para que de este modo resultasen inferiores á Méjico.

Los victoriosos de ahora no son mejores. Algunos revolucionarios jóvenes conocen los teatros del Broadway y las piernas color de rosa de los escenarios llamados «burlescos»; don Pablo González creo que una vez se alargó hasta París (no estoy seguro); lo que sí sé con certeza es que Obregón no ha estado nunca en Europa y una sola vez en los Estados Unidos, durante la reciente guerra, cuando había acaparado todos los garbanzos de Méjico y el asesinado don Venustiano le dió un permiso para que sólo él pudiera

exportarlos, privilegio que representaba un hermoso negocio.

Los revolucionarios de abajo aún conocen menos al extranjero. ¿Quién puede enseñarles á respetarlo? Yo he oído en Méjico á diputados y senadores decir con suficiencia:

—No necesitamos extranjeros. Sólo vienen á explotarnos.

Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, etc., gastan sumas importantes en propaganda para atraer al extranjero. Saben que el explotado en último término es éste, pues deja en el país sus capitales ó su trabajo y casi siempre su sangre. El extranjero se queda unido á la tierra como un elemento de orden y de trabajo, y además da sus hijos. En cambio, el pobre Méjico paga salvajes para que sean diputados y digan: «No queremos extranjeros...» Así le va á esta tierra infortunada. Los pocos adelantos materiales y modernos que existen en ella los realizaron los extranjeros atraídos por don Porfirio. La industria que todavía se sostiene, ellos la sostienen. Lo malo es que los extranjeros disminuyen, y cada vez llegarán menos si no hay paz y seguridad.

En las demás repúblicas hispanoamericanas ocurrieron grandes revoluciones en otro tiempo, y en algunas todavía surgen actualmente. Pero los del país se pegan entre ellos y dejan á un lado

al extranjero. En Méjico no es así. El populacho rural, al que han enseñado los llamados «revolucionarios» el odio al extranjero, lo primero que hace cuando va á sublevarse es atacar á los comerciantes. «¡Mueran los españoles!» Lanza este grito, no sólo por antipatía histórica, sino porque los españoles forman la mayoría del comercio. Esto no impide que ataquen también al norteamericano, al francés ó al italiano que existan en el pueblo. Lo importante es que el enemigo tenga mostrador y cajón con dinero. Y luego de matar á los españoles y limpiarles la caja, salen al campo á defender los sacrosantos principios de la revolución.

Yo he estado en Méjico y he escuchado las confesiones y lamentos de muchos compatriotas.

—Tres veces he perdido la fortuna, señor, y voy á ver si la rehago otra vez. Las revoluciones llegan á tiempo para hacerme perder lo que gané penosamente.

Y siguen en el país, como el jugador arruinado sigue en la casa de juego. Además, vinieron á él de adolescentes, le han tomado cariño, no conocen otro, y los años han pasado. ¿Adónde ir?...

Cuando las naciones de Europa presenten su cuenta de reclamaciones á Méjico, el gobierno español, que ama á este país como á todos los

países americanos de lengua española, presentará también la suya, aunque sólo sea para que los mejicanos aprecien su paciencia y su silencio. Lo de los robos es lo de menos. Entonces se verá cuántos centenares de españoles fueron asesinados por los regeneradores del pueblo mejicano, lo mismo del lado de Villa que del lado de Obregón.

—Se metían en política; eran partidarios de Porfirio Díaz.

Los que dicen esto son los mismos que ordenaron el fusilamiento, ofreciendo al mundo el raro espectáculo de un juez sentenciador que al mismo tiempo ejerce de testigo.

Esto no impide á los fusiladores de españoles tener á sus órdenes algún periodista español vagabundo de las letras, que se ríe del caudillo en el fondo de su pensamiento, pero por unos cuantos pesos lo inciensa y escribe su apología.

* * *

Confieso que he modificado mis opiniones sobre Méjico, después de haber estado en él y visto las cosas de cerca.

Á muchos extrañará que un hombre que fué revolucionario en su país trate mal á los revolucionarios mejicanos.

¡Ay! Si todas las revoluciones del mundo tu-

vieran que ser como la de Méjico, es posible que yo me hiciese conservador. Por lo mismo que soy revolucionario, no puedo transigir con la mentira revolucionaria.

He pasado gran parte de mi vida batallando inútilmente por derribar la monarquía en mi país é implantar la República. He ido no sé cuántas veces á la cárcel por escritos atrevidos en los periódicos y por tentativas de revolución armada. Fuí condenado por un Consejo de guerra á presidio, y en él pasé año y medio, por haberme opuesto á la guerra de España con los Estados Unidos y por ser partidario de la independencia de Cuba. He vivido en una pobreza ascética mientras fuí político. No escribía libros; dedicaba todo mi tiempo á la causa revolucionaria, no podía ganar dinero. Jamás disfruté empleo alguno. No he tenido otro cargo que el de diputado; y fuí diputado siete veces en un país donde esta función es gratuita y no se recibe un solo céntimo por sentarse en la Cámara. Soy ahora un vencido, lo reconozco; pero ¿cómo puedo transigir con esa falsa revolución mejicana, en la que todos los jefes se han hecho ricos, y los que todavía no han podido serlo se incorporan á las nuevas revueltas con la esperanza de que les llegue el turno?...

Á mí no me asustan las revoluciones porque

destruyan, siempre que después sepan reconstruir. ¡Pero esa revolución que ha consistido simplemente en romperlo todo, en desbaratarlo todo, en llevarse cada uno á su casa los escombros que ha podido pillar, sin ocuparse de hacer algo nuevo para sustituir á lo antiguo!...

La revolución rusa podrá parecer á muchos obra de locos. Pero los locos que la dirigen son puros y desinteresados; son visionarios ascéticos capaces de vivir á pan y agua. Habrá habido allá ladrones, como en todas las revueltas, pero de baja clase, de las últimas filas. Lenine y sus íntimos no se han hecho ricos en unos cuantos años. ¿Qué jefe bolchevique de Méjico puede decir lo mismo?...

Como antimilitarista y verdadero revolucionario, me es imposible transigir con el militarismo mejicano. Yo estoy donde debo estar; soy el de siempre. Combatí el militarismo alemán—que tenía una tradición gloriosa para él y un carácter científico—por creerlo una amenaza mundial. ¿Por qué he de transigir ahora con ese militarismo zafio y casi salvaje que sume á Méjico en el descrédito y nos pone indirectamente en ridículo á todos los que hablamos la misma lengua que sus tristes héroes, unas veces grotescos y otras fatídicos?...

Como español, detesto á los hombres que ex-

citan la dormida barbarie de los pobres indígenas, y al predicarles el odio al extranjero prepararon muchas matanzas de españoles inocentes, así como han sido la causa inicial de numerosos asesinatos de empleados norteamericanos en las minas y las explotaciones petroleras de Méjico.

Como amante de la América que habla español—ó si se quiere de la mal llamada América latina—, siento aversión, no contra Méjico, pueblo que bastantes desgracias sobrelleva, sino contra el Méjico creado á su gusto por los falsos revolucionarios, que es el único que ven desde lejos los que no pueden visitarlo interiormente.

Méjico, por estar junto á los Estados Unidos, es á modo del escaparate de la América latina: es lo primero que se ve cuando desde aquí se vuelve la vista hacia el Sur. Inútil hablar de cómo son, en punto á progreso, las grandes naciones de la América meridional. Ciento diez millones de norteamericanos lo único que ven es el Méjico del presente: un escaparate lleno de horrores, donde con frecuencia se reemplazan los lienzos, ensangrentados por el asesinato.

Y gracias á este triste favor que nos viene haciendo desde hace diez años la infructuosa revolución mejicana, vivimos en creciente descré-

dito los españoles y los ciudadanos de las demás repúblicas hispanoamericanas.

Todos somos iguales para los norteamericanos. Á todos nos juzgan lo mismo.

Pero de esto hablaré extensamente en el artículo próximo.

X

Méjico y las dos Américas

Los políticos de la revolución mejicana, como por regla general no han salido nunca de su país, ignoran el verdadero carácter de los Estados Unidos y de las principales naciones de Europa, pero aún muestran una ignorancia más estupenda en lo que se refiere á las repúblicas de la llamada América latina.

Carranza soñó con la constitución de una Liga de todas las naciones latinoamericanas, estableciendo gracias á ella una especie de contrapeso al poder de los Estados Unidos. De este modo, Méjico tendría á sus espaldas quien la apoyase y defendiese, pudiendo hacer frente al gobierno de Wáshington.

Por dos veces me expuso este proyecto, que no pasaba de ser un proyecto, pues en realidad Carranza no estaba, que yo sepa, en relaciones

amistosas con ningún grande hombre de la América del Sur.

Inútil es decir que, en esta Liga futura, Méjico debía desempeñar el primer papel y don Venustiano iba á ser el director de todo.

Esta seguridad del propio valer es una característica de los actuales políticos mejicanos, y sólo puede compararse con su ignorancia absoluta para todo lo que ocurre más allá de sus fronteras.

Los cálculos que hacen no pueden ser más lógicos á su modo. Méjico tiene quince millones de habitantes. Ninguna nación americana de habla española posee tantos; luego Méjico es el primero de los pueblos latinoamericanos, y los demás deben seguirle.

Recuerdo cómo se escandalizaron al ver mi gesto de asombro y de espanto un día que quisieron saber qué ciudad era más grande y hermosa, Méjico ó Buenos Aires, y si podía compararse la República Argentina en alguno de sus aspectos con la gran República mejicana.

—Pero queridos amigos—exclamé—, ustedes están locos. Buenos Aires es la primera ciudad de toda América después de las grandes urbes de los Estados Unidos. Es la segunda ciudad latina del mundo; viene después de París. Es más grande que Roma ó que Madrid. En cuanto á la

nación Argentina, es la segunda productora del mundo en cereales (sólo la aventajan los Estados Unidos) y la primera productora de carne.

—Pero sólo tiene siete millones de habitantes —me contestaron con orgullo—y nosotros somos quince.

—Exacto, si los pueblos se contasen por el número y no por la aptitud de sus individuos. Esos siete millones de argentinos producen diez veces más que ustedes, gastan doble que ustedes, lo que hace prosperar su comercio, exportan para toda la tierra, son ricos... Además, todos son blancos (no lo olviden), no piensan en revoluciones y atraen á los extranjeros para que compartan con ellos la fortuna, seguros de que cuantos más sean, mayor resultará el progreso del país.

Luego hablé de Chile, con menos habitantes aún que la Argentina, pero que explota todas sus riquezas del suelo y del subsuelo. Gran minera, gran agricultora, ha conseguido crear una industria nacional y deja un profundo recuerdo en todo extranjero que pasa por ella, á causa de la afabilidad con que se ve recibido. Es un país que en todo un siglo sólo ha tenido una verdadera revolución. Y hablé también del Uruguay, revuelto en otros tiempos, pero que ahora goza de una fructífera paz y desarrolla sus riquezas

naturales, hasta el punto de que su moneda sea la que alcanza en el mundo la más alta valorización.

—No olviden que todas estas repúblicas son de blancos. En cuanto al Brasil, su prosperidad en los últimos años resulta asombrosa.

—Pero esa República tiene muchos negros —me interrumpieron—. Forman la mayor parte de sus habitantes.

—No importa que la mayoría de la población sea de una raza ó de otra. Lo interesante es la raza y la cultura de los que la dirigen. Y el Brasil ha sido gobernado siempre por una minoría de personas inteligentísimas y de mentalidad internacional. Tuvo un barón de Río-Branco, especie de Porfirio Díaz de la diplomacia, que se mantuvo sin interrupción más de veinte años en el Ministerio de Relaciones Exteriores. La política brasileña es la más hábil del nuevo mundo. Hay que ver lo que le lleva sacado á los Estados Unidos y lo que les sacará.

—Pero entre las repúblicas hispanoamericanas las hay que andan tan revueltas como Méjico y que hacen revoluciones con frecuencia.

—Exacto, queridos amigos; pero los estrépitos suenan según el lugar en que ocurre el estallido; no es lo mismo un tiro en una cumbre que en el fondo de un valle. Los actos humanos varían se-

gún el ambiente que los rodea. Ustedes podrán hacer cosas que parecen naturales en la soledad de un bosque, pero no se atreverán á repetirlas en mitad de la Quinta Avenida de Nueva York. Una revolución en una república del interior de la América del Sur sólo molesta á sus habitantes. Hasta tienen los revolucionarios de aquellas tierras la atención de no asesinar á los extranjeros. Una de esas revoluciones representa media docena de líneas en los grandes periódicos del mundo, y al día siguiente no se acuerda de ella el lector.

»Pero Méjico, por su fortuna ó su desgracia, está en el lugar más visible y más sonoro del continente americano. Es la cabeza de nuestro mundo hispano-parlante, porque está en lo más alto, en contacto forzoso con los Estados Unidos. Es el escaparate ante el cual desfilan ciento diez millones de transeuntes (los ciento diez millones de norteamericanos), y ese escaparate no ofrece desde hace algunos años mas que horrores y vergüenzas. Por si no fuera suficiente la triste exhibición, ustedes todavía atraen la curiosidad del público mundial con la longitud de sus revoluciones, que duran años y años, y con las matanzas de extranjeros, que no ocurren en ningún otro país.

»A nadie consultan cuando quieren cometer

una de sus barrabasadas revolucionarias; á nadie piden consejo. Está bien; se hallan ustedes en su casa y pueden hacer lo que quieran. Pero no tienen ustedes ningún derecho á exigirnos después que tapemos sus fechorías ó que intentemos justificarlas con un amor fraternal, sólo por el hecho de que hablamos el mismo idioma.

¡El daño que nos causan desde hace diez años las cosas de Méjico á los latinoamericanos y á los españoles! La humanidad no tiene obligación de conocer la geografía política de toda la tierra. En realidad, nadie la conoce bien, ni aun los más ilustrados. Sabemos de los otros pueblos lo que podemos saber, y esto una minoría nada más. La gran masa es lo mismo en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en todas partes, y apenas oye unas cuantas palabras de nuestra lengua, dice con suficiencia:

—¡Ah, los españoles!... ¡Ah, los sudamericanos!... ¡Méjico!... ¡Villa!

No dice más, tal vez no sabe más, pero ya ha dicho bastante. Sus palabras las completa con un gesto despectivo, como si hablase de una humanidad inferior.

Son ignorantes, lo sé. La prueba es que en los mismos Estados Unidos hay muchos hombres que suponen á Méjico en la América del Sur, y quedan en suspenso cuando se les dice que está

en la América del Norte, lo mismo que ellos. Pero esto no justifica la conducta del Méjico revolucionario, ni nos libra del descrédito con que nos abochorna á todos.

Ya que hemos comparado á Méjico con un escaparate, insistamos en la imagen. La América latina es á modo de un establecimiento y los Estados Unidos son la calle. Sólo los que han entrado dentro del establecimiento saben que en sus anaqueles hay géneros finos y modernos. Sólo ellos conocen las naciones latinoamericanas tranquilas y progresivas: Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y otras.

Pero la inmensa mayoría que transita por la acera, é influye poderosamente en la opinión del resto del mundo, ignora lo que hay dentro del establecimiento. Sólo ve el escaparate con cabezas cortadas—en el Méjico revolucionario todavía cortan cabezas y las exhiben—, machetes llenos de sangre, extranjeros asesinados, presidentes fusilados por sus mismos defensores, amigos que se dan la mano y con la otra clavan el puñal, intelectuales caídos en la abyección que sirven de consejeros á un bandido cualquiera elevado al generalato, etc.

Hora es ya que se cambie el aspecto de ese escaparate. Méjico, el verdadero Méjico, guarda ocultas cosas más nobles para exhibirlas en él.

Todo consiste en que sean otros hombres los encargados de su arreglo: hombres familiarizados con los libros y no con la pistola-ametralladora. Y mientras este cambio no se verifique, habrá que protestar, habrá que insistir en la censura, para honra de la América que habla español.

—Ustedes no son quince millones—les decía—. Tal vez lo sean en el porvenir, cuando haya en Méjico verdaderas escuelas y les paguen á los maestros. Por ahora son ustedes dos millones escasos nada más, los dos millones mal contados de blancos que existen en el país. Hay cinco ó seis millones de indios puros. No es que yo crea al indio un elemento despreciable; pero ¿qué han hecho ustedes por él? Ha sido robado y maltratado en cien años de independencia tal vez más que en los tres siglos de rutinaria administración española. Las leyes liberales le quitaron sus tierras; los revolucionarios lo exterminaron en grandes masas al llevarlo á pelear por cosas que no entiende, y ningún partido le hizo conocer el camino de la escuela. Tal vez sean algo esos indios cuando la nación se vea próspera; pero ahora no pasan de ser eternos comparsas de todos los engaños políticos... Y queda la gran masa de la población mejicana, el detritus procedente del encuentro y la amalgamación de dos razas, los siete ú ocho millones de mes-

tizos, blancos con cobre ó indios blanqueados, entre los cuales hay buena gente (¿dónde no la hay?), pero que en su mayoría son bullangueros, parlanchines, declamadores, poco amigos del trabajo, predispuestos siempre á la vagancia, adversarios de toda fortuna que deba formarse poco á poco, afectos á los golpes teatrales, á las improvisaciones revolucionarias, que hacen á un hombre rico de la noche á la mañana, y por lo mismo dedicados en cuerpo y alma á la política, no de ideas, sino de personas.

»Ustedes no son quince millones. Son dos, ó cuando más, son cinco, agregando bondadosamente tres millones de mestizos «aprovechables». En lo futuro, cuando estén gobernados por «hombres», en la más noble acepción de la palabra, y no por generales; cuando Méjico, verdaderamente civilizado por la paz, sea la segunda nación del continente americano, tendrán ustedes quince millones y tal vez muchos más, pues sus enormes riquezas naturales y la ausencia del peligro atraerán al extranjero. Pero por el momento, entre las otras naciones hispanoamericanas, el pobre Méjico, á causa de sus falsos revolucionarios, sólo ocupa un lugar de tercer orden.

¡Las desorientaciones de los prohombres mejicanos al ocuparse de la América del Sur, que desean asociar á sus intereses!...

Cabrera, el ministro de Hacienda, era el único que conocía aquellos países. Había estado durante la guerra europea en Argentina y Chile unos meses, para organizar un Congreso de países neutrales, que en realidad era para favorecer al Imperio alemán. ¡Lo que había visto en este tiempo! Advierto al lector que yo he vivido seis años en América del Sur y creo conocerla un poquito más que Cabrera. Éste había visto todo lo malo de Buenos Aires y de Santiago de Chile, manteniéndose miope para todo lo grande. Casi compadecía á argentinos y chilenos, incapaces de compararse con la grandeza del Méjico revolucionario. Y yo admiraba, oyéndole, la fuerza de ilusión que posee el hombre para cambiar la realidad á su gusto, halagando su propio orgullo.

Don Venustiano, astuto y temible en las marañas de la política, resultaba bonachón y crédulo cuando se trataba de asuntos puramente intelectuales.

De pronto, necesitó dar nombre á la Liga que proyectaba de todas las naciones americanas de lengua española.

Podía llamarla Confederación hispanoamericana, ó iberoamericana, ó latinoamericana. Pero todo esto le pareció sin duda muy gastado y falto de originalidad. Tal vez consultó á la Madame

Stael de su revolución, á la antigua dactilógrafa ó telegrafista que había inventado la «doctrina Carranza».

Y sea ella ó quien fuese, encontró el título: «Confederación indioamericana».

El bueno de don Venustiano se imaginó indudablemente á todos los gobernantes de las repúblicas sudamericanas como unos mulatos ó indios mestizos, vestidos con exagerada elegancia, pero con la cara obscura lo mismo que muchos de los ministros y generales que le rodeaban á él.

Y yo, al escuchar lo de la Confederación indioamericana, tuve que contener mi risa pensando en la sorpresa que mostrarían ante tal título los políticos argentinos, de antiguas familias coloniales, refinados, pulidos de maneras, educados en París; los políticos chilenos, que á su grave y caballeresca figura de guerreros de la Conquista unen una perfecta educación inglesa; los uruguayos, cultos, de un ingenio europeo, y que conservan la tradición de su origen español.

¡¡Indioamericanos!!...

Es como si alguien entrase en la Casa Blanca de Wáshington, y alegando que los Estados Unidos están en América, le quitase á Wilson los lentes, pintándole en torno de los ojos dos círcu-

los negros, y sustituyese su eterno sombrero de copa con una corona de plumas.

* * *

Hablemos un poco de las relaciones entre Méjico y los Estados Unidos en los últimos años.

Debo decir francamente que la gran República de la Unión lo ha hecho muy mal. No es que su política resulte censurable; es que en realidad no ha tenido política alguna. En todo lo de Méjico, han sido los Estados Unidos como un barco guiado por un timonel borracho. Tan pronto ponía la proa á un lado como á otro. Nadie pudo adivinar jamás su verdadero rumbo.

Yo admiro á Wilson en los asuntos de Europa durante la guerra. Pero declaro, de acuerdo con sus mayores enemigos, que en todos los asuntos de Méjico procedió con incoherencia. Ha estado con Huerta y contra Huerta, con Carranza y contra Carranza; hasta ha estado con el bandido Villa. (Recuerdo haber visto hace años un gran periódico americano, que no quiero nombrar, con el retrato de Villa y un artículo en que se le llamaba «el Napoleón mejicano».)

Reconozco que todo lo ha hecho Wilson con la mejor buena fe, con el deseo de arreglar las cosas lo mejor posible, y acepto también que el embrollo mejicano tuvo momentos en que fué

asunto para volver loca á la cabeza más sólida. De todos modos, hay que afirmar que esta conducta indecisa y variante ha resultado fatal. Más preferible hubiese sido una conducta fija y rectilínea... Pero no hablemos de esto. Son muchos los que han escrito sobre Wilson y la cuestión mejicana, y yo no tengo por qué insistir en lo que otros demostraron claramente.

En cambio, Carranza, una vez bien afirmado en el poder, siguió en sus relaciones con los Estados Unidos una conducta firme é invariable, siempre la misma.

En Méjico, gracias á él, hay un nuevo medio de gobernar. De los gobiernos anteriores quedaron recetas poderosas para el dominio sobre los individuos y los grupos. La cárcel y el fusilamiento son medios eficaces para imponer respeto á los enemigos. Pero á veces es una parte considerable de la nación la que hay que asustar, y como no es posible un fusilamiento de medio millón de hombres, se emplea la amenaza de «la perfidia yanqui», del «peligro americano», de «la posible intervención».

En los últimos días de mi permanencia en Méjico, husmeé que las cosas andaban mal. Los periódicos, que no hacían nada sin que Barragán lo indicase por orden de don Venustiano, empezaron á hablar del «peligro yanqui» y de «la

intervención» como una cosa inmediata. Según los tales periódicos, la revuelta iniciada por Obregón iba á servir para que los norteamericanos invadiesen á Méjico. No parecía sino que estaban aguardando al otro lado de la frontera, como un cómico aguarda detrás de la decoración, para presentarse en el momento dramático. Estas amenazas tenían por objeto impedir que se pasasen á los sublevados muchos que simpatizaban con ellos.

Algunos periódicos espeluznaban al lector con sus terribles profecías.

«Y si la revolución triunfa una vez más —decían—, si no se mantiene el orden establecido bajo el gobierno benéfico del presidente Carranza, el americano invadirá nuestro territorio, nos pondrá sobre el cuello su bota férrea, y caeremos tan abajo, nuestra situación será tan triste, tan vil, nos veremos esclavizados de un modo tan vergonzoso, que sólo podremos compararnos... con Cuba.»

Experimenté al leer esto el mismo asombro que al oir los comentarios del ministro Cabrera sobre Argentina y Chile. ¡El que no se consuela es porque no quiere!...

—Pero, querido amigo—le dije al autor del artículo algunos días después—, yo creo que si busca usted en toda Cuba, no encontrará nin-

guna bota férrea. Todo lo más que podrá ver usted, como calzado americano, serán los inseguros zapatos de algunos *gentlemen* de Nueva York que huyen de la «prohibición» para ir á emborracharse en los hoteles de la Habana... La propiedad ha cuadruplicado allá su valor en los últimos años; hay peste de riqueza, todos están podridos de dinero... Además, no hay revoluciones. Al que intenta hacer una revolución le envían á tomar el aire en Broadway.

El periodista me miró entre asombrado é incrédulo.

Lo mismo me miró días después una generala mejicana—de las de última formación—cuando yo me reí escuchándola. La pobre señora deseaba pasar unas semanas en la Habana; pero no se atrevía por no saber el inglés.

* * *

El «peligro americano» es, como he dicho, uno de los secretos de gobernar en Méjico. Los generales lo emplean con frecuencia. Sin este peligro, la gente podría sentirse inclinada á los hombres civiles. Pero como existe el peligro de «la intervención», resulta justificado que manden los generales, aunque estos generales—dejando aparte su valor personal—saben tanto de las ciencias de la guerra como yo.

Don Venustiano, por su parte, sólo parecía contento de sí mismo y satisfecho de su papel sobre la tierra cuando tenía una cuestión diplomática con los Estados Unidos.

Yo he conocido en Wáshington varios diplomáticos europeos que por interés profesional seguían los asuntos entre Méjico y la República de la Unión. Uno de estos diplomáticos, hombre de cualidades literarias, encontró la frase exacta.

—Ese Carranza se goza en cultivar el incidente.

«Cultivar el incidente» fué el gran placer, la habilidad suprema de don Venustiano. Cuando los Estados Unidos le enviaban una nota de protesta, sonreía tal vez como un maestro de esgrima que ve la ocasión de emplear sus golpes favoritos. Ya tenía su «incidente» y no iba á soltarlo con facilidad. Los diarios del mundo entero hablarían de él durante meses.

Los procedimientos diplomáticos tienen sus plazos, lo mismo que los procedimientos judiciales. Yo no sé su duración; pero supongamos que hay diez días de tiempo para contestar á una reclamación diplomática. Don Venustiano pensaba la respuesta, la consultaba con Cabrera, que era su Mefistófeles, reunía un concilio de «licenciados», leguleyos picapleitos, avezados á encontrar la excusa inverosímil, el argumento

fantásticamente absurdo, á partir un pelo en cuatro. Esperaba á entregar la respuesta el último día, á la última hora y en el último minuto del plazo. Y la tal respuesta era siempre así: «También los Estados Unidos, hace cincuenta años, ó hace un siglo, realizaron una cosa semejante, y...» En Wáshington se impacientaban, y sin pérdida de tiempo respondían: «Déjese de historias viejas y conteste concretamente al caso presente.» Sonrisa de don Venustiano, nueva reunión de leguleyos, espera hasta la última hora y el último minuto de plazo para entregar la contrarrespuesta, que era así: «También sobre esto los Estados Unidos, en 1827, hicieron una cosa parecida...»

Mientras tanto, transcurrían semanas y semanas de expectación nerviosa. Lo que dos hombres de buena fe hubiesen arreglado en cinco minutos, tomaba las proporciones de un conflicto mundial. Los periódicos hablaban y hablaban; en los Estados Unidos se hacían suposiciones sobre una guerra posible; en Méjico se daba por segura la intervención, como algo que iba á ocurrir al día siguiente... Y don Venustiano, gozoso, parpadeaba detrás de sus gafas azules rascándose la barba.

Al fin, cuando la tensión pública se hacía alarmante, cuando el juego podía resultar peli-

groso, Carranza cedía. Daba sencillamente lo que se le había pedido desde el principio, pero en Méjico se creía de buena fe que le habían pedido mucho más, y gracias á su energía y su habilidad, el americano invasor se retiraba de las mismas puertas, contentándose con muy poco.

El «viejo» sabía bien lo que hacía. Era conocedor de su gente. Yo he oído á sus más encarnizados enemigos:

—Ese Carranza es un tal (aquí los peores insultos y las más atroces calumnias), pero no se puede negar su mérito como gran patriota y que nos ha salvado muchas veces. Las cuestiones internacionales las lleva como nadie.

Y sus entusiastas se imaginaban con la mayor buena fe que, en Wáshington, presidente, ministros, senadores y diputados veían con terror en sus ensueños la nariz roja, las barbas blancas de Carranza y su sonrisa de buen ogro. La mayoría de los mejicanos son así. Siempre están prontos á consolarse de la cruel realidad que les rodea con la ilusión de que son los primeros en algo. Así se explican los juicios compasivos de Cabrera sobre Argentina y Chile, la bota férrea sobre el cuello de Cuba, los vecinos de la Habana obligados á hablar inglés y Carranza asustando á todos los políticos norteamericanos.

Lo malo es que don Venustiano ha hecho es-

cuela. Todos los que le sucedan están enterados de que hay que «cultivar el incidente». Conviene tener de vez en cuando un conflicto con los Estados Unidos, y prolongarlo todo lo que sea posible para darse aire de salvador de la patria.

Y si algún presidente-general es tan desgraciado que no le surge el precioso «incidente», será capaz de provocarlo.

* * *

Yo sé bien que durante algunos meses nadie pensará en «cultivar el incidente». Carranza tampoco pensó en eso mientras estuvo en Veracruz, con el porvenir inseguro y necesitado del apoyo norteamericano. Este *sport* fué después, cuando se consideraba ya fuerte en la capital de Méjico.

Ahora, Obregón y los suyos serán muy atentos, muy serviciales, hasta muy humildes, si es preciso, con los Estados Unidos. Su situación no se ha solidificado todavía; las naciones no han reconocido al nuevo gobierno; hay un cadáver de por medio, el de Carranza, como en tiempos de Huerta había el cadáver de Madero.

Además—y esto es lo más importante—existe en Méjico una cuestión que domina á todas las otras y es de carácter urgentísimo.

Este país, que podía ser el más rico de la

tierra después de los Estados Unidos, se halla en una situación precaria. Los impuestos sobre los petroleros y los mineros—en su mayor parte norteamericanos—y las contribuciones que pesan sobre el pueblo no dan mas que para los gastos urgentes del Estado. La revolución ha destruído mucho, sin reemplazar nada. Se nota la falta de lo que se ha robado y se ha derrochado sin utilidad para nadie... Total, que el gobierno de Méjico, para seguir viviendo á su gusto, necesita un empréstito de centenares de millones de dólares.

Carranza hace tiempo que tenía este proyecto, pero no se atrevió nunca á plantearlo públicamente. Conocía su mala reputación. Todos los financieros de la tierra le dirían que no, recordando las hazañas de sus hacendistas contra los Bancos y las empresas extranjeras. Además, él cuidaba su fama ante el vulgo y le placía abandonar la presidencia sin haber hecho el empréstito. Esta misión la reservaba para Bonillas. Su sucesor, al que suponía con poderosas amistades financieras por haber vivido en Wáshington y ser, en opinión de muchos, más americano que mejicano, se encargaría de buscar los millones.

Ahora es indudable que, dentro de semanas ó dentro de meses, los nuevos gobernantes de Méjico se soltarán pidiendo el empréstito. Antes

se podía acudir á varios sitios con estas demandas. Eran muchos los prestamistas de dinero: ingleses, franceses, alemanes, etc. Pero ahora todos han hecho quiebra con motivo de la guerra europea, el dinero lo necesitan para ellos, y no hay más tienda abierta que la de los Estados Unidos.

Aquí han de venir forzosamente los que deseen dinero.

Los señores del Wall Street no necesitan consejos. Saben de todos los países lo que les conviene saber, y tienen un juicio hecho sobre el pobre Méjico, que no paga los intereses de su deuda hace muchos años y por culpa de sus falsos revolucionarios se ha deshonrado ante los acreedores, perdiendo por completo el prestigio que le quedaba de los tiempos felices en que era solvente y poseía un buen crédito.

Pero si yo conociera á los señores poderosos del Wall Street, á pesar de todo, les diría esto:

—No den dinero de ninguna manera. Sería fomentar el militarismo, agravar los males actuales, hacer interminable el vergonzoso presente. Ayuden á Méjico á salir de su mala situación, préstenle millones, pero cuando tenga un gobierno de hombres civiles, de los que han viajado, de los que saben cómo se engrandece un pueblo, de los que no creen que los extranjeros

son un peligro para un país, de los que tienen mentalidad de blanco. Á los generales, nada. El medio de acabar con ese militarismo mejicano tan falsamente revolucionario, tan inmoral y tan alemán como el de los «jóvenes turcos», es no darle un solo céntimo.

¡Podría decir tanto sobre esto!...

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Al lector	7
I.—La caída de Carranza	43
II.—Las desventuras de «Flor de Té»	59
III.—El ciudadano Obregón	85
IV.—Más héroes de la revolución	104
V.—Los familiares de Carranza	124
VI.—La situación de Méjico	148
VII.—Los generales	172
VIII.—El ejército mejicano	190
IX.—El silencio de Méjico	206
X.—Méjico y las dos Américas	229

Obras de V. Blasco Ibáñez, Director literario de esta Editorial.—*Novelas:* Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la Cortesana. Cañas y Barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Los argonautas. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. 5 ptas. vol.—*Cuentos:* La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—*Viajes:* En el país del arte. Oriente. 5 ptas. vol.

El militarismo mejicano. 4 ptas.

Historia de la Guerra Europea de 1914, por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados y láminas. Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y ve de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez puede hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, el heroísmo, la guerra en el mar y en los aires, descripciones que figuran en este libro. Sólo un novelista de la realidad puede trazar retratos literarios como los de los principales personajes de esta gran tragedia que figuran en la presente obra. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que ha sido la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

Novísima Historia Universal, dirigida por Lavisse & Rambaud. Traducción de V. Blasco Ibáñez.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por Ernesto Lavisse, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Más de 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios, monumentos y reconstrucciones. Historia

gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al X. En prensa el XI.—Precio de cada tomo, 6 pesetas en rústica.

Historia de la Revolución francesa, por MICHELET. Admirable evocación de la epopeya de Francia. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Tres grandes volúmenes, 30 pesetas.

Historia Social, desde la Revolución francesa hasta el siglo XX, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, 40 pesetas. Por cuadernos, 50 céntimos cada uno.

Novísima Geografía Universal, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.°, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—Precio de cada tomo, 6 pesetas en rústica.

Libros célebres españoles y extranjeros. —ILIADA, de HOMERO (2 tomos).—ODISEA, de HOMERO (2 tomos).—TRAGEDIAS, de ESQUILO (1 tomo).—EURIPIDES, OBRAS COMPLETAS (4 tomos).—Traducciones nuevas del griego por el gran poeta francés LECONTE DE LISLE.—COMEDIAS, de ARISTÓFANES (3 tomos).—LA VIDA Y DOCTRINAS DE SOCRATES, por JENOFONTE (1 tomo).—OBRAS COMPLETAS, de SHAKESPEARE (12 tomos).—Todas estas obras están editadas con ilustraciones de arte griego y cubierta en colores.—2 pesetas volumen.

El libro de las mil noches y una noche. Traducción directa y literal del árabe por el DR. MARDRUS. Versión española de V. BLASCO IBÁÑEZ. Prólogo de E. GÓMEZ CARRILLO.—La gran obra imaginativa de los árabes con todas sus fantasías, sus audacias y su portentosa originalidad, literal y completa, sin ninguna de las modificaciones de otros traductores que suprimiendo y cambiando sistemáticamente alteraron de tal modo el original, que casi lo dejaron desconocido. Esta edición consta de veintitrés tomos primorosamente editados con viñetas orientales y cubierta en colores. 2 ptas. volumen.

Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART.—Es la obra más famosa y más competente en cuestiones de sociología. Un libro que enseña mucho y al que necesariamente tendrán que acudir los que quieran cimentar bien sus estudios sobre estas cuestiones tan importantes. Volumen tamaño grande, esmeradamente impreso, con cubierta en colores, 4 pesetas.

Biblioteca de las mejores obras.—Los libros de los grandes pensadores y de los grandes prestigios literarios forman el núcleo principal de esta Biblioteca. *Filosofía:* Obras de Diderot, Voltaire, Rousseau, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer, etc. *Ciencias:* Darwin, Büchner, Reclús, etc. *Literatura:* Victor Hugo, Zola, Daudet, France, Maupassant, Sudermann, Gorki, etc. *Teatro:* Bjoernson, Ibsen, etc. *Bellas Artes:* Ruskin, Taine, etc. *Política:* Chamfort, Dide, Holbach, etcétera. *Sociología:* Proudhon, Kropotkine, Tolstoi, George, Hamon, Malato, Sorel, Engels, etc.—1'50 pesetas volumen.

La ciencia para todos: *Historia de Europa; Agricultura científica; El mundo de los microbios; El Polo Artico y sus misterios; La vida íntima de los griegos y los romanos.*—Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné. 1'50 ptas. vol.

Biblioteca científica.—Hæckel, Historia de la creación. 2 tomos.—Lanfrey, Historia política de los Papas.—Renda, El destino de las dinastías.—Strauss, Nueva vida de Jesús. 2 tomos.—Fola Igúrbide, Revelaciones científicas.—Proudhon, De la creación del orden en la humanidad.—Ingegnieros, Histeria y Sugestión.—Simulación de la locura.—Büchner, La vida psíquica de las bestias.—A. Dide, El fin de las religiones.—R. Altamira, España en América.—Volúmenes en 4.° á 4 pesetas.

Biblioteca de la mujer y del hogar.—Abarca los conocimientos más indispensables, más útiles y más prácticos para la mujer en la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, viajes, correspondencia, higiene, modas, etcétera.—Consta de los siguientes volúmenes: La mujer en el hogar.—Vademécum femenino.—Las artes de la mujer.—Arte de saber vivir.—Modelos de cartas.—La cocina moderna.—Arte de la elegancia.—Salud y belleza.—El tocador práctico.—El arte de ser amada.—La mujer jardinero.—1'50 pesetas volumen.

Aventuras de Sherlock Holmes, por Arturo Conan-Doyle.—Esta serie de novelas, las más interesantes de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño.—La marca de los cuatro.—El perro de Baskeville.—Policía fina.—Triunfos de Sherlock Holmes.—El problema final.—La resurrección de Sherlock Holmes.—Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—1'50 pesetas volumen.

Lo que cantan los niños.—Canciones de cuna, de corro, coplillas, adivinanzas, relaciones, juegos y otras cosas infantiles, anotadas y recopiladas por Fernando Llorca.—Ilustrado y encuadernado en cartoné con tapa á todo color. Precio, 2 pesetas.

University of
Connecticut
Libraries

BOUND BY
HNM